



/ / /

LOS TEMAS QUE NOS HAN HECHO CRECER

I - I

EL CREDO



INTRODUCCIÓN

10/2008: EL Credo. Ésta es nuestra fe

11/2008: CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA

12/2008: CREO EN JESUCRISTO, SU ÚNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR

01/2009: FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO Y NACIÓ DE SANTA MARÍA VIRGEN

02/2009: PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO

03/2009: DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS, AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS, SUBIÓ AL CIELO Y ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DE DIOS PADRE TODOPODEROSO

04/2009: CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

05/2009: CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA, LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS Y EL PERDÓN DE LOS PECADOS

06/2009: DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A VIVOS Y A MUERTOS. CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y EN LA VIDA ETERNA. AMÉN



El Credo es el núcleo de nuestra fe, símbolo que intenta mostrar la cara visible del Misterio de Dios. Confesamos el Credo, lo repetimos en cada Eucaristía, y como creyentes y como Comunidad debemos interiorizarlo, repensarlo y hacerlo vital para nuestra vida. A pesar de la dificultad teológica, confiamos en que la oración nos acerque desde la experiencia personal a las verdades de fe que contiene nuestro Credo.

Credo de Resurrección

Porque Cristo resucitó y es el Hijo,
creemos en el Padre y en nuestros hermanos.

Porque Cristo resucitó y es la Vida,
creemos en la vida y no en la muerte.

Porque Cristo resucitó y es la Verdad,
creemos en la verdad y no en la mentira.

Porque Cristo resucitó y es Palabra,
creemos en el diálogo y no en el monólogo.

Porque Cristo resucitó y está en el camino,
creemos en el futuro y no en el miedo.

Porque Cristo resucitó y está en la mesa,
creemos en la amistad y no en el rechazo.

Porque Cristo resucitó y está en el Pan,
creemos en la siembra y no en el hambre.

Porque Cristo resucitó y está en los que sufren,
creemos en la justicia y no en la opresión.

Porque Cristo resucitó y está en la comunidad,
creemos en la Iglesia que no excluye a nadie.

Porque Cristo resucitó y es la Paz,
creemos en la paz y no en la guerra.

Porque Cristo resucitó y está llagado,
creemos en el amor y no en el odio.

Porque Cristo resucitó y está en la orilla,
creemos en el que espera y no abandona.

Porque Cristo resucitó y está en los pobres,
creemos en los débiles y no en los poderosos.

Porque Cristo resucitó y es Perdón,
creemos en los que salvan y no condenan.

Porque Cristo resucitó y nos da su Espíritu
creemos que somos hijos amados para siempre.



/ I / LOS TEMAS QUE NOS HAN HECHO CRECER I-I / CREDO

La primera iglesia recogió las formulaciones esenciales de su fe en resúmenes articulados destinados, sobre todo, a los candidatos al bautismo. La primera síntesis, conocida como “*Símbolo de los Apóstoles*” resumía las creencias de estos y corresponde a la oración del Credo que hemos rezado hasta hace pocos años. Más tarde, se amplió esta primera síntesis y se formuló el llamado Credo de Nicea-Constantinopla, que es el que rezamos actualmente y el que ecuménicamente rezan las iglesias protestantes y ortodoxas.

Símbolo de los Apóstoles

Creo en Dios,
 Padre Todopoderoso,
 Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo,
 Nuestro Señor,

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
 nació de Santa María Virgen,

padeció bajo el poder
 de Poncio Pilato
 fue crucificado,
 muerto y sepultado,

descendió a los infiernos,
 al tercer día resucitó de entre los muertos,

subió a los cielos
 y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.

Desde allí ha de venir a
 juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo

La santa Iglesia católica,
 la comunión de los santos,

el perdón de los pecados,
 la resurrección de la carne
 y la vida eterna.
 Amén.

Credo de Nicea-Constantinopla

Creo en un solo Dios,
 Padre Todopoderoso,
 Creador del cielo y de la tierra,
 de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo,
 Hijo único de Dios,
 nacido del Padre antes de todos los
 siglos: Dios de Dios, Luz de Luz,
 Dios verdadero de Dios verdadero,
 engendrado, no creado,
 de la misma naturaleza del Padre,
 por quien todo fue hecho;
 que por nosotros, los hombres, y
 por nuestra salvación bajó del cielo,

y por obra del Espíritu Santo
 se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre;

y por nuestra causa fue crucificado
 en tiempos de Poncio Pilato;
 padeció
 y fue sepultado,

y resucitó al tercer día, según las
 Escrituras,

y subió al cielo,
 y está sentado a la derecha del Padre;

y de nuevo vendrá con gloria para
 juzgar a vivos y muertos,
 y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo,
 Señor y dador de vida,
 que procede del Padre y del Hijo,
 que con el Padre y el Hijo recibe
 una misma adoración y gloria,
 y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una,
 santa, católica y apostólica.

Confieso que hay un solo Bautismo
 para el perdón de los pecados.
 Espero la resurrección de los muertos
 y la vida del mundo futuro.
 Amén.





Comunidad Cristiana Ntra. Sra. del Recuerdo

Octubre 2008, 1ª reunión

EL CREDO – ÉSTA ES NUESTRA FE

LA ORACIÓN

Vagar por el bosque. Empezar a inquietarse o a cansarse.

Tener tocado el ánimo y también los pies y las razones. Acelerar el ritmo.

Sentir que se echa encima la noche, la niebla, el frío, los silencios y los ruidos, y afloran los temores. **Aceptar que estoy perdido.**

Y, de pronto, encontrarme a alguien con quien puedo comunicarme y contarle lo que me sucede.

Pedirle que me ayude...y descubrir que sólo podemos apoyarnos compartiendo los senderos que hemos probado inútilmente, los caminos falsos, y las zonas exploradas que no nos sirven. Seguir buscando la salida – la verdad, el horizonte, tu presencia – perdidos pero serenos y alumbrándonos, eso es practicar la fe. **Eso es creer como Tú quieres**

Petición (*Propia de todo el mes*)

Vengo ante ti, Señor, con mi fe vacilante. Con mis dudas, mis incertidumbres, mis vaguedades. Creo en Ti, pero a veces me siento perdido y necesito tu ayuda. Creo, Señor, pero aumenta mi fe.

Puntos para la oración

Credo

Símbolo de los Apóstoles, expresión de nuestra fe, que proclamamos cada domingo en la Eucaristía, símbolo que intenta mostrar la cara visible del Misterio de Dios. Es uno de los textos más antiguos en los que las primitivas iglesias plasmaron su "fe apostólica": su fe en la buena noticia de Jesús y su conciencia de enviados a anunciarla a todo el mundo. A los cristianos de hoy nos conviene volver al Credo, repasar y profundizar sus artículos, puesto que son el contenido de nuestra fe, y como tal es importante dar el salto hacia una profundización de la doctrina que anuncia, y una formación de la conciencia en fidelidad a ella. No es lo mismo recitar el Credo que rezar el Credo aunque sean importantes y necesarias ambas cosas. El Credo es el conjunto de verdades que fundamentan la fe de los que creen en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre por el Espíritu Santo, cuyo Espíritu volvió al Padre al morir en la cruz ("Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu") y fue derramado sobre todos los hombres desde su costado abierto como "ríos de agua viva".

¿Nos interesa hoy el tradicional símbolo de la fe que es el Credo? ¿Qué tiene de actualidad su contenido? ¿Es comprensible para el hombre de hoy el lenguaje con el que se expresa? ¿Considero que esta es mi fe? ¿Es importante para mí recitar el Credo en comunidad? ¿Me da sensación de seguridad y pertenencia?



Yo creo

Quizá sea la primera pregunta que tenemos que formularnos ¿Yo creo? Y la respuesta es siempre en singular “Yo creo”, pero sabiendo que lo dicen también otros muchos creyentes con fe única y diversa y que comparten con nosotros la misma experiencia. Es una respuesta personal a una llamada personal. Hemos recibido la fe a través de nuestros padres, del ambiente y de la cultura. Estamos en un país de raíces cristianas, aunque políticamente no sea confesional, pero lo cierto es que todas las fiestas populares y grandes celebraciones, están todavía íntimamente unidas al cristianismo: sin embargo decir “yo creo” desde el fondo de mí ser, hecho de fe y de duda, expresa algo más personal y constitutivo de mi vida.

Al recitar el Credo damos por sentado que conocemos las verdades fundamentales de nuestra fe; el paso siguiente es íntimamente personal, es rezar el Credo, es confesar que “yo creo” en esas verdades: y creo en ellas no porque sean demostrables, sino porque mi vida tiene sentido de principio a fin adhiriéndome a ellas. ¿Sería igual mi vida si no creyera? ¿Qué sentido tiene, para mí, la vida sin creer en Dios? ¿Podría imaginar mi vida basada sólo en lo tangible y demostrable? ¿Me resulta fácil hablar de ese interior que da sentido a mi vida?

Sigue siendo necesario dar sentido a la existencia, pero muchas personas no se plantean el tema de Dios, pueden plantearse reglas éticas, pero no el tema religioso, la sociedad en la que vivimos no ayuda a ello. Hay también cristianos “cansados de creer”, que en su día fueron practicantes y que por diversas razones se descolgaron de su fe. Jóvenes desencantados que no encuentran en la Iglesia y en la fe su sentido vital. Se preguntan por la verdad, por Jesús, por su persona, a la que la fe cristiana proclama el Cristo – Hijo de Dios, pero no encuentran razones para su seguimiento. ¿No será que nuestra fe no contagia? ¿Nos preguntamos por qué? ¿Cómo explico mi “yo creo”? Como creyentes deberíamos vivir de tal forma, que nuestra vida pudiera ser para otros, motivo de interpelación. Necesitamos reapropiarnos del sentido y contenido de nuestra fe y actualizarla para poder ser testigos creíbles de ella. ¿Qué resuena en mi interior cuando rezo el Credo?

¿Qué es creer?

Es ante todo un acto de libertad personal, no es lo mismo que creencias. Creer es decir “yo creo”, en primera persona del singular, desde lo más hondo y profundo de mí ser, más allá de lo que veo, pienso, poseo y digo. Creer es decir amén a Dios.

El contenido de la fe no puede ser demostrado como el de las ciencias. Pero la realidad de Dios tampoco es visible ni comprobable empíricamente. Su dimensión es infinita, y la aceptación de Él parte de un acto de confianza. Fe es confianza, sentirse seguro apoyado en alguien, no es una experiencia racional pero si es una experiencia vital. No es una simple aceptación de verdades, sino un compromiso del hombre con la realidad misma de Dios. Es creer en alguien que da respuesta a los interrogantes de mí ser, ¿quién soy? ¿A dónde voy? Si yo no he decidido nacer ¿quién me ha dado la vida? ¿Qué sentido tiene y cuál es mi misión en ella? ¿Qué respuestas tengo ante el mal, el dolor, el sufrimiento, la injusticia y la muerte? No es lo mismo la fe **con** la que creemos que la fe **en** la que creemos. Creemos en el Dios de Jesús, muerto y resucitado por nosotros, y que nos llama a seguirle, y expresamos nuestra fe en contenidos y normas para nuestra vida. Sto. Tomás dice que: “si creemos en



algo es porque antes hemos creído en alguien". La fe la expresamos en creencias. Confesar la fe es decir algo sobre Jesús. ¿Qué significado tiene para mí creer? ¿En qué cambia mi forma de plantear la vida?

De quién me he fiado

Fiarse en Dios es tener fe en Él, y nadie puede tener esa experiencia por mí. No me puedo dejar llevar porque en mi entorno lo normal sea tener fe o pasar de esas cosas. Si me declaro creyente debo dar razón de porqué creo, de cuál es mi experiencia de encuentro con Dios, no creer por lo que me han contado sino por lo que yo mismo he visto y oído. ¿Podría formular alguna experiencia de Dios? Si yo he oído hablar de Dios a otros ¿no tengo yo que darlo a conocer también?

Pero la fe en Dios muchas veces ha sido y es, autoritaria, tiránica y reaccionaria. Puede producir miedo, estrechez de miras...puede llegar a inspirar abusos sociales, guerras...Pero la verdadera fe en Dios es liberadora, humanitaria, orientada al futuro, da confianza en la vida, madurez, tolerancia, solidaridad, puede fomentar la renovación espiritual. Todo depende de la imagen de Dios que tengamos.

Mi Dios es un Dios fiel, todo el Antiguo Testamento está lleno de imágenes de un Dios que siempre acompaña a su pueblo, "aunque una madre se olvide de sus hijos, yo no te olvido"... (Is 49,15). "Tu serás mi pueblo y yo seré tu Dios"... Es un Dios que es a la vez padre y madre, que se compadece y que siempre permanece a la escucha. Sólo en Él se puede confiar plenamente. Dar razón de mi fe no es soltar una retahíla de enunciados sobre Dios sino hablar de mi experiencia de creyente, de mi relación con Dios ¿Quién es para mí Dios? ¿Cuál es mi historia y como está Dios presente en ella? ¿Cómo me encuentro con Dios? ¿Cómo le hablo y cómo le escucho? ¿Cómo intento cada día que Dios sea el centro de mi vida?

El Dios que nos muestra Jesús es misericordia, compasión, cercanía. Es un Dios que forma parte de nuestra humanidad y que comparte con nosotros lo débil y pequeño de nuestra condición, que nos acompaña siempre. S. Pablo lo expresa maravillosamente cuando dice "**sé de quién me he fiado**" (2Tm 1,12) ¿Soy capaz de confiar a pesar de las dificultades? ¿Me siento seguro cuando pongo mi confianza en Dios?

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

Hemos sido bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y en su nombre somos enviados a proclamar el mensaje de Jesús. Es la Trinidad, el Dios Amor que se desborda en la humanidad y que pide nuestra colaboración para hacer un mundo más humano y más justo. Al recitar el Credo, estamos repitiendo y grabando en nuestro corazón esta invocación como una oración que nos transforma y nos hace salir de nosotros mismos para participar en los mismos sentimientos de Dios.

Es la confesión de que el Dios de los cristianos es UNO y TRINO, es comunidad, es unidad y pluralidad a la vez. En cada una de las personas están las tres. Es un misterio de fe revelado por Jesucristo; el hombre nunca hubiera llegado a este conocimiento si el mismo Dios no se lo hubiera hecho saber. ¿Qué importancia tiene saber que Dios es Trinitario? ¿Qué significa para mí sentir a un Dios Padre que se relaciona con sus hijos, quiere mi felicidad, que tenga vida y vida en abundancia, que me ha dado la existencia por Amor y en ese Amor es donde soy, me muevo y existo? ¿Es importante sentir a un Dios



Hijo, hecho hombre como yo, hermano mío que me enseña a llamar a Dios Padre, que me dice la alegría del Padre cuando vuelvo de mis caminos torcidos, que es un Padre que abraza a su hijo, lo cubre de besos y jamás le retira la dignidad de hijo? ¿Es fundamental para mí sentir a Dios Espíritu Santo, el que abre mi mente para aceptar, aún sin comprender, las verdades reveladas; el que me permite llamar a Dios Padre; el que es el mismo Amor de Dios derramado en nuestros corazones?

Paradojas de la fe

El lenguaje de la fe es paradójico, lo que no quiere decir que sea contradictorio. Estamos hablando de fe, no de certezas. La fe no es demostrable. Podemos hablar de Dios pero nuestro lenguaje se queda siempre corto, Dios es siempre más. La paradoja es el único modo de atisbar algo de Dios. Por la fe nos sentimos seguros y apoyados firmemente en alguien. Pero al mismo tiempo nos percibimos profundamente inconsistentes, inestables, inconstantes, inseguros. Nuestro ánimo es cambiante y nos volvemos continuamente “un gran enigma para nosotros mismos” (S. Agustín). La contradicción forma parte de nuestra confesión del Credo. No hay ningún “creo” puro. Los interrogantes persisten, y la ambigüedad y la contradicción forman parte de la vida del creyente. Por eso podemos tener dificultades con nuestras ideas de Dios, con nuestras creencias, dudas que nos pueden llevar a “La noche oscura” que han experimentado los místicos y entonces esa fe será la capacidad para soportar esas dudas, que nadie estaremos libres de ellas, e incluso parece que cuanto más santos más dura es la prueba, según los testimonios de S. Juan de la Cruz, Sta. Teresa del Niño Jesús, Teresa de Calcuta, etc. Pero Dios nos acompaña también en nuestras ambigüedades y contradicciones, y desde ellas decimos “Creo”

El ser humano es inquietud permanente, nostalgia y anhelo de lo “totalmente otro”. El creyente es el que tiene dónde descansar su inquietud, dónde hacer pie, a dónde dirigir su mirada. Y dice “Creo”. Pero también la fe del creyente es radicalmente inacabada y abierta, comparte las dificultades del no creyente y, con todo, mantiene su corazón abierto a la confianza y dice: Creo, Señor, pero ayúdame a tener más fe.

La fe del carbonero

La fe, por su misma naturaleza, es oscura, nos remite al Misterio y exige riesgo, opción, apuesta. Buscamos seguridades en ella y sin embargo, en muchas ocasiones sentimos sensación de vacío, de crisis. ¿Cómo respondemos a esas crisis? La verdadera fe se interroga, y busca un criterio de razón en ella, aunque a veces nos cueste armonizarla.

Pero puede ocurrir que nuestra fe se haya quedado en lo que se conoce como “la fe del carbonero”, fe sencilla que no se pregunta, que le basta con lo recibido y acepta normas y principios sin más. No se cuestiona nada, se traga las verdades como píldoras y da como razón de su fe un sencillo “porque sí”. Esto hoy no es suficiente. Ya Sto. Tomás habla de una fe que busca entender: “*si resolvemos los caminos de fe sólo por el camino de la autoridad, poseemos ciertamente la verdad, pero en una cabeza vacía*”. La fe busca comprender porque la fe es razonable. Entre razón y fe hay una ayuda mutua. “La fe no puede ir contra la razón” es el leit motiv de nuestro actual Papa Benedicto XVI. El cristiano debe dar razón de su esperanza en una sociedad que ha dejado de ser mayoritariamente católica, y como cristianos adultos



tenemos la obligación de formarnos y actualizarnos también en esta parcela tan importante de la vida y poder dialogar con la cultura y con la ciencia desde nuestra posición de creyentes. ¿Puedo dar razón de mi fe y de mi esperanza ante mí mismo y ante los demás? ¿Estoy dispuesto a dar razón con “dulzura y respeto” como nos pide S. Pedro en su carta (1Pe 3, 15-16), es decir, hablar de mi experiencia sin ánimo de imponer nada a nadie y con la apertura de escuchar a los demás para juntos seguir en búsqueda? ¿Creo que buscar a Dios es una tarea para toda la vida? A pesar de la fe personal ¿creo que es necesaria la comunidad para encontrarla, para vivirla y celebrarla?

Camino hacia Dios

La vida de fe es emprender un camino. Nos situamos en él cuando descubrimos la importancia de Dios en nuestra vida y tomamos la opción de seguirle. Es un proceso que no acaba nunca, dura mientras vivimos, con sus avances y retrocesos, con sus miedos y sus dudas. Salvar obstáculos y dificultades, asumir las dudas y seguir firmes buscando ¿creo que es el único camino para encontrar? ¿Cómo modifica mi vida el cambio de imagen de Dios? ¿Debo cambiarla o no tengo duda de estar en la imagen correcta? ¿Es mejor abandonarme en la increencia? ¿Se puede vivir tranquilo “perfectamente instalado en la finitud”?

Pero el creyente sabe que a pesar de las dificultades no está solo, que ese camino lo emprende acompañado por otras personas que comparten con él su experiencia de fe y que además cuenta con la presencia de Jesús, que como a los discípulos de Emaús, recorre con nosotros el camino, nos instruye y nos invita a compartir el Pan. Es un camino que nos llevará a la plenitud en Dios. Ese es nuestro destino y nuestra esperanza.

Comunidad de creyentes

La fe sólo podemos vivirla en grupo, en comunidad, es decir en la Iglesia, comunidad de creyentes que han descubierto a Jesús como Camino, Verdad y Vida. La fe nos ha sido transmitida, la hemos recibido como una herencia. Más tarde la hemos personalizado y hecho propia, pero de alguna manera alguien nos ha tenido que hablar de Dios para poder aproximarnos a Él. Formo comunidad con los que creen, han creído y creerán las mismas verdades de fe. Cada generación, cada persona, nos adherimos a ellas de forma libre y personal porque expresa algo “vivido con sentido”. Es en la Iglesia dónde encontramos ese sentir interno de los fieles que pertenece a la fe, y es el Espíritu el que alimenta la fe del creyente. Ella es la depositaria de la salvación de Dios que se muestra en su Palabra.

El Credo es *“una experiencia compartida en una comunidad de creyentes”* (J.R. Busto). El Papa comenzaba la homilía pronunciada durante la Santa Misa celebrada en Ratisbona el 12 de septiembre de 2006 diciendo: *“quien cree nunca está solo (...) La fe nos reúne y nos dona una fiesta. Nos dona el gozo en Dios, el gozo por la creación y por estar juntos”*

Por el Bautismo entramos a formar parte de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo. Jesucristo nos adopta como hermanos y nos acerca entre nosotros: ¡somos hijos de Dios! Todos los bautizados formamos una gran familia en la comunidad universal que es la Iglesia. Los Hechos de los Apóstoles ponen de manifiesto la vida de las primeras comunidades cristianas, quizá de una forma idealizada pero sin duda de una sociedad de contraste en la que se muestra al mundo que “donde hay un cristiano hay una nueva humanidad; pasó lo viejo,



todo es nuevo" (2Cr 5,17). *"Pero la realidad es que la Iglesia es a la vez santa y pecadora. Está compuesta por hombres y desde el Papa hasta el último cristiano, estará siempre presente la tensión entre la debilidad humana y la fuerza de Dios". (Luis González- Carvajal "Esta es nuestra Fe")* ¿Es tan importante vivir la fe en comunidad? ¿Por qué Jesús vivió su misión en comunidad con los Apóstoles? ¿Me ayuda ver cómo creen los demás y cómo manifiestan su fe en sus obras? ¿Me escandaliza cuando los creyentes, los ministros y jerarquía o la misma Iglesia, predica una cosa y actúa de manera contraria? ¿Confío en la palabra de Jesús que estará con nosotros hasta el final de los tiempos pues sólo con su ayuda podremos enderezar nuestros caminos torcidos y aumentar nuestra fe? ¿CREO QUE SÓLO CRISTO ES EL CENTRO DE LA COMUNIDAD CRISTIANA? ¿Es quizá urgente volver a "cristianizar" nuestra Iglesia, nuestra comunidad, es decir, que Jesús vuelva a ser el centro?

Para orar

Es bueno darte gracias, Señor, y cantarte de gozo cada día. Es bueno abrir el corazón de par en par y dejar que tu luz inunde de tu paz toda la vida.

LA REUNIÓN

Oración inicial. *"Me creaste porque me amaste"*

A. Invocación inicial

Lector: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Todos: Dios Padre nuestro, entre los muchos dones que he recibido en mi vida el primero y más grande es haber recibido el de creer en Ti, don que da sentido a mi vida, la fundamenta sobre Roca y hace posible la plenitud de mi persona.

En segundo lugar quiero agradecerte el regalo de Jesús, tu hijo, que se hizo hombre para revelarnos y enseñarnos que Tú eres un Padre Misericordioso, que nos amas profundamente como criaturas tuyas que somos.

Y finalmente, quiero también agradecerte el Espíritu, vuestro espíritu de amor recíproco que constituye la gran Comunidad de amor.

Ahora podemos preguntarnos a nosotros mismos:

¿Quién, o qué, es mi Dios? ¿busco con afán cada día conocerte más y cumplir tus designios sobre mi para felicidad mía y de mis hermanos?; como Cristo, ¿confío en Ti Padre y por eso no vivo más que para agradarte en mi propio bien?; cuando rezo el Credo ¿recito o proclamo, repito o expreso una convicción que me lleva a conformar mi vida con el Modelo que nos diste en tu hijo Jesús?; mi fe ¿es de ritos y "prácticas piadosas" pero inoperantes o es de fe vivida en mi vida de cada día?; ¿quiero a los que me encuentro con amor sin condiciones, paciente, gratuito y lleno de misericordia, como Tú, Padre, nos amas?

Quiero pedirte, Dios mío, creer que soy creatura supeditada a su Creador, creado por amor para alabarte, darte gracias y servirte, cumpliendo en todo tu voluntad; quiero creer que todas las demás cosas (cualidades, bienes, seguridades, logros) son creadas para mi y que debo usar de ellas tanto cuanto me ayudan para ese fin para el que he sido creado, y no constituir las en dioses de barro a los que entregar mis búsquedas, mis afanes, mis tiempos.

En suma, quiero pedirte reconocer, amar y dejarte a Ti, Padre, ser auténticamente mi Dios, de quien venimos y hacia quien volvemos. (Breve pausa)



B. Lectura del Evangelio según Marcos (Mc 12,28-31)

"Un letrado se acercó a Jesús y le preguntó: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante? Respondió Jesús: El más importante es: Escucha; Israel, el Señor nuestro Dios es uno solo. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con todo el alma, con toda la mente, con todas tus fuerzas. El segundo es: Amarás al prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que éstos."

C. Espacio de oración personal

Tiempo de silencio para interiorizar la Palabra y, en su caso, libremente, oración en voz alta de los miembros que lo deseen.

D. Rezo sobre el Salmo 103 (102)

Lector: Bendice, alma mía, al Señor y no olvides ninguno de sus beneficios.
Todos: *Bendice, alma mía, al Señor y no olvides ninguno de sus beneficios.*
Lector: El perdona todas tus culpas, sana todas tus dolencias.
Todos: *Bendice, alma mía, al Señor y no olvides ninguno de sus beneficios.*
Lector: El rescata tu vida de la fosa, y te rodea con su bondad y compasión.
Todos: *Bendice, alma mía, al Señor y no olvides ninguno de sus beneficios.*
Lector: Pues como se eleva el cielo sobre la tierra, así vence su misericordia a sus fieles.
Todos: *Bendice, alma mía, al Señor y no olvides ninguno de sus beneficios.*
Lector: Como un padre se enternece con sus hijos, así el Señor con sus fieles.
Todos: *Bendice, alma mía, al Señor y no olvides ninguno de sus beneficios.*

E. Oración final (del Evangelio de Mateo, Mt 25,31-46)

Todos: Danos, Señor, la gracia de creer profundamente, que *"el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"* y que, al final de nuestra vida terrena, Aquél en quien creímos de verdad, *"cuando llegue con majestad, se sentará en su trono de gloria y compareceremos ante él todos."*

Separará a unos de otros, colocará a unos a su derecha y otros a su izquierda y dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre a heredar el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo.

Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era emigrante y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis, estaba enfermo y me visitasteis, estaba encarcelado y me visitasteis acudisteis".

Santa María, ayúdanos a creer y confiar como tú, desde el momento de la Encarnación, en la mañana del Sábado Santo y hasta tu encuentro definitivo con nuestro Padre.

Presentación del tema

La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de los apóstoles y de más de quinientas personas que fueron testigos de la Resurrección de Cristo (Hch. 1, 22). Más tarde, esta pequeña comunidad se reunió, ilusionada por el Espíritu Santo, concretando y afirmando las experiencias de su fe en Jesucristo.

La primera iglesia recogió las formulaciones esenciales de su fe en resúmenes articulados destinados, sobre todo, a los candidatos al bautismo. La primera síntesis, conocida como *"símbolo de los Apóstoles"* resumía las creencias de éstos y corresponde a la oración del Credo que hemos rezado hasta hace pocos años. Más tarde, se amplió esta primera síntesis y se formuló el llamado Credo de Nicea-Constantinopla, que es el que rezamos actualmente y el que ecuménicamente rezan las iglesias protestantes y ortodoxas.

Cuando una Comunidad cristiana tiene problemas o crisis (que no es el caso de la nuestra) o quiere madurar en su fe, es bueno volver a sus orígenes. Este es



el motivo fundamental por el que hemos decidido tratar durante este año “el Credo” como tema de estudio, de formación y de experiencia de fe. Unirnos en la fe apostólica debe ser uno de los objetivos de nuestra Comunidad.

Creemos que puede ser una buena experiencia orar con el credo y al mismo tiempo reflexionar sobre el sentido de su contenido. En definitiva que nuestro caminar como comunidad de creyentes de origen a una experiencia compartida sobre “**el fundamento de nuestra fe**”. Es un objetivo complicado que intenta responder a la cuestión **¿Por qué creemos en lo que creemos?**

Para la primera reunión os enviamos unas fotocopias, elaboradas por el grupo de temas, con el fin de enfatizar los conceptos fundamentales que la formulación del credo nos descubre. En ellas figuran una síntesis de la conferencia que oímos a José Ramón Busto, sobre fe y teología, y otra del teólogo Evangelista Vilanova, sobre los conceptos fundamentales del credo cristiano. Finalmente os proponemos las cuestiones para la reunión del grupo a partir del controvertido documento del papa Benedicto XVI conocido como la Homilía de Ratisbona (Año 2004) Todas ellas creemos que ayudarán a profundizar en el tema, permitiendo al mismo tiempo seleccionar de lo expuesto aquello que nos pueda resultar más asequible, pues somos muy conscientes de que el tema es complejo, e incluso puede resultar árido para algunos, aunque, desde nuestro punto de vista, un esfuerzo de profundización siempre merece la pena.

CONSIDERACIONES SOBRE EL FUNDAMENTO DE NUESTRA FE

Antes de abordar los contenidos propios del “Credo”, nos ha parecido oportuno partir de algunas de las “consideraciones que José Ramón Busto nos dirigía en la primera conferencia de su Ciclo doctrinal del año 2004”. Allí nos decía:

*“En primer lugar **distinguir entre fe y teología** porque no es lo mismo. La fe es en principio una experiencia; los escolásticos distinguían entre **la fe con la que creemos** y **la fe qué creemos**. Evidentemente **la fe qué creemos es el Credo**, todos los domingos en la Misa decimos “esta es la profesión de mi fe”. Eso es lo que creemos. ¿Qué forma parte del núcleo esencial de la fe? La respuesta es el Credo de la misa. Además en esto estamos unidos todos: católicos, protestantes, ortodoxos, porque el Credo es el de Nicea-Constantinopla antes de las divisiones. Pero **antes de la fe que creemos, está la fe con la que creemos**. O sea, esa apertura del corazón, esa experiencia, eso que me pasa a mí por dentro y que supone mi relación personal e intransferible con Dios. Eso es la fe con la que creemos.*

La Teología hace dos cosas:

1º *Formula con palabras esa fe con la que creemos y esa fe que creemos.*

2º *Trata de mostrar la razonabilidad de la fe que creemos, incluso de la fe con la que creemos”.*

*“La fe es, antes que otra cosa, **una experiencia**, un encuentro con lo trascendente que configura mi vida en una apertura, estoy dispuesto a abrirme a algo que me supera y que es distinto de lo habitual.*

Y esa experiencia es tan totalizante que configura el conjunto de mi vida y mi vida ya no se entiende sin la fe. Porque es el elemento nuclear de la experiencia religiosa evidentemente, que es la apertura a lo absoluto, la apertura totalmente al otro, al misterio (lo llamen como quieran); y en esa apertura queda cogido el hombre por dentro.



*Sin embargo, **la Teología** tiene la pobreza de que es incapaz de expresar la riqueza de la vivencia interior. Tiene la pobreza de que son formulaciones lingüísticas, y por tanto razonables y críticas. No llegan a lo que es la fe, pero tiene la riqueza de que mientras la fe no la expresamos lingüísticamente y por tanto razonablemente, no tenemos una fe verdaderamente humana, porque el ser humano es un ser racional. No vale decir esto que me pasa no lo puedo explicar, hay que hacer el esfuerzo de explicar, como dice la I Carta de Pedro, hay que dar razón de la esperanza, dar razón de esa vivencia interior que es la esperanza en Dios.*

Evidentemente la fe es una fe como experiencia, que está mediada por la comunidad cultural, religiosa e histórica. Eso nos pasa en todas las experiencias. No siente lo mismo al enamorarse una persona en España en el siglo XX, que una persona en el siglo XVI y en África. La cultura configura la experiencia. No digamos ya cuando tratamos de expresar esa experiencia; esa experiencia se expresa con palabras en distintas lenguas, culturas, en distintos momentos históricos. Por tanto, puede haber muchas teologías válidas que digan cosas aparentemente contrarias o contradictorias, si están tratando de reflejar una experiencia semejante que nunca es igual. Sin embargo, lo que nos ocurre con frecuencia, y es lo que ocurre en este país, es que el país ha cambiado culturalmente mucho, han cambiado las cosas, en el fondo la cultura no es el tocar el piano, saber de ópera o ballet, ir mucho al cine, eso es una "especie" de cultura.

La cultura es el sistema de significaciones del ser humano. Freud tiene una definición clara: "cultura es lo que diferencia al hombre de las bestias". Eso es cultura. Es cómo vivimos los seres humanos; y evidentemente hoy no vivimos como hace 20 años, 50 años, ni como en el siglo XVI. Nuestras formulaciones religiosas están mediadas por nuestra cultura, o deberían estarlo. Lo que ocurre es que con frecuencia seguimos teniendo las mismas formulaciones de hace 20, 30 años, de cuando éramos niños, tenemos las mismas formulaciones... Pero la experiencia ya es distinta y esas formulaciones en nuestro mundo actual son percibidas significando otras cosas. Por eso hay que hacer un esfuerzo de reformulación. ¿Cómo vamos a pensar que el Credo de la misa significa para nosotros lo mismo que para los hombres que lo formularon en el siglo IV? Hay que formular las cosas."

Valgan las palabras textuales de José Ramón Busto como referencia para reflexionar sobre dos cuestiones fundamentales: **¿Por qué creo en lo que creo? ¿Y cual es el núcleo de nuestra fe como experiencia compartida en nuestra comunidad?**

Para abordar estas cuestiones es importante tratar de descubrir en el Credo, en sus distintas formulaciones, lo esencial de nuestras creencias en esa dinámica de la fe, que partiendo de una experiencia originaria, que se nos da como gracia, necesita ser explicitada como acto de fe personal (afirmación de **la fe con la que creemos**), y con unos contenidos teológicamente formulados, en los que identificamos la fe común que compartimos (**la fe que creemos**).

Esa es la experiencia que nos gustaría compartir con todos vosotros. Y para ello nada mejor que apoyarse en algunos otros textos que nos ayuden a descubrir el Credo "en" nosotros.



Consideraciones para una profundización del “credo”

Para la elaboración de estas consideraciones se ha utilizado fundamentalmente el texto escrito por el teólogo Evangelista Vilanova que bajo el título de “CREDO” se encuentra publicado en “Conceptos fundamentales del cristianismo” (1993). Edit. C. Floristán y J.J. Tamayo, Trotta, y que presentamos a modo de esquema.

I. El término “credo”

- 1) Las dos acepciones del término “Credo”:
 - i) como verbo afirmativo, “yo creo”
 - i) como contenidos de fe profesados, “lo que yo creo”
- 2) Profesar el credo convierte al sujeto que lo recita en creyente (una nueva identidad), y lo inserta a la vez en una tradición y en una comunidad.
- 3) Hay dos caracteres inherentes a la profesión del credo: la repetición y la innovación

II. Historia del credo cristiano

- 1) Hay un fundamento eclesiológico en la aparición de lo que llamamos credos.
- 2) Son expresión de algo *vivido con sentido*. Está siempre precedida de una vivencia de fe que requiere expresarse y que puede ser compartida. Se trata más de una fe formulada que de una fórmula de fe.
- 3) Están estrechamente emparentados con la celebración litúrgica; los encontramos desde el principio en el bautismo.

1. De la génesis a la estructuración del credo

- 1) Las fórmulas de fe bautismales, que estuvieron en la génesis de los primeros credos, adoptaron la estructura trinitaria, sugerida por la orden del Señor Mt 28,19
- 2) El texto se ha denominado “símbolo apostólico” desde el s. IV resultado de dos confesiones: una trinitaria y otra cristológica. Su formulación es profesión de fe austera y de gran simplicidad.
- 3) El intento de dialogar con los herejes suscita una utilización inédita del símbolo: concilio de Nicea (325) y lo elevó a la categoría de *regla de fe*; *test de ortodoxia* más que confesión de fe bautismal.
- 4) El niceno-constantinopolitano (promulgado por el I concilio de Constantinopla y recitado hoy en las celebraciones eucarísticas) representa el término de una evolución más teológica que litúrgica.

2. El significado teológico del credo

- 1) El credo se compone de tres artículos principales:
 - 1) Creer en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.
 - 2) Creer en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro.
 - 3) Creer en el Espíritu Santo presente en la santa Iglesia católica.
- 2) “Creemos en un solo Dios” abre paso a la significación de la palabra *Dios*. El credo cristiano supone, ante todo, una opción por un camino concreto hacia Dios: el que se realiza por Cristo en el Espíritu, presente en la Iglesia. Entre otros posibles caminos de aproximación a Dios, aceptamos el que pasa por Jesucristo, con todas las consecuencias que derivan de ello.
- 3) La fe cristiana no es directamente adhesión a unas proposiciones que enuncian unas creencias. La fe es, en primer lugar, dinamismo de

nuestro espíritu hacia Dios Padre, abandono a él, compromiso personal con él. Los enunciados son expresión de ese dinamismo; no son proposiciones, son aposiciones que precisan la identidad de Dios Padre, hacia el que lleva el movimiento de la fe. La semántica gramatical, y el aspecto doctrinal del credo está subordinado al dinamismo teológico, es decir al dinamismo de la fe. Es, en fin, reconocer en un acto de abandono incondicional, al Padre como absoluto, infinitamente distinto del mundo y de nosotros mismos.

- 4) Si el nombre de Dios situado en el término del "yo creo", tiene un sentido es que hay una presencia de él. "Creo en Dios" no anuncia de una manera temática **la afirmación de la existencia de Dios**. Hemos de concluir que la supone admitida. Quien recita el credo se integra en una comunidad que afirma la existencia de Dios y de Dios tal y como es presentado en la tradición judeocristiana. Dios no se presenta al creyente como un objeto, sino como existente por encima de los demás. Al creer en Dios, mi vida se sitúa en el camino que, a través de Jesucristo, me impulsa hacia su encuentro, y le espero a él como al último horizonte de mi existencia (K. Rahner). Creo hacia Dios con todos aquellos hombres que se han sentido y se sientan impulsados a caminar hacia delante en la historia, siguiendo el camino inaugurado por Jesucristo. De esta manera, me uno a esta marcha de los hombres creyentes que percibieron que no estaban solos, sino que el amor de Dios les envolvía.

III. El contenido del credo

- 1) La **estructura ternaria** del credo, tres veces repetida, de la proposición *in* (en) *Dios, Jesucristo, y Espíritu Santo*, permite designar al *creyente con tres adjetivos*:

- i) *Creo en un solo Dios*: el creyente es un sujeto *religioso*. Quien afirma *creo en un solo Dios* se encuentra situado en lo que, en nuestra cultura, denominamos *religión*. El creyente religioso cree en una realidad mayor que él, que se le manifiesta como un poder que se le impone, y al que responde fiándose; lo acepta agradecido, como un *don*, al que los cristianos denominamos *gracia*. Se trata de una experiencia primaria en la que Dios aparece a una cierta distancia: no coincide conmigo ni con el mundo, pero con el que puedo relacionarme hasta el punto de poder llegar a asignar a Dios una paternidad omnipotente.
- ii) *Creo en Jesucristo*: el creyente es un sujeto *cristiano*. La paternidad omnipotente que caracteriza a Dios queda precisada; termina exclusivamente en Jesucristo, que es único. Conectado con Dios, Jesús pertenece al campo de la religión y participa de la condición divina del Padre. Aprendemos, por, ello, que el hecho de ser Dios no implica soledad: la condición divina también está marcada por la alteridad.

Gracias a afirmar que es Hijo de Dios, Jesucristo se convierte en poder distinto, no obstante de la omnipotencia del Padre. Es un poder social, y no ejerce su poder en una sociedad cualquiera, sino en aquella sociedad que le nombra "nuestro Señor". No sería Señor sin un reconocimiento; y, recíprocamente, sin este reconocimiento esta sociedad no existiría en su particularidad de *cristiandad*.

La vida de Jesús se presenta como un trascender el orden humano. Este trascender afecta el inicio y el fin de su vida. Entre el concebido por obra del Espíritu Santo y el descendió a los infiernos se desarrolla una vida caracterizada por acontecimientos concretos: padecimiento, crucifixión, muerte, y finalmente el acontecimiento capital de la resurrección, incomprensible si se desconecta del Espíritu Santo, el cual constituye el tercer artículo del credo.

- iii) *Creo en el Espíritu Santo*: el creyente es un sujeto *espiritual*. El Espíritu Santo mueve el sujeto espiritual para que crea en la resurrección de la carne, misterio ininteligible al margen de la gracia. La última expresión del credo, la vida eterna, afirma un proceso sin fin. Ningún término, ningún cansancio es posible en el momento de entrar en el dinamismo expresado por el credo.

2) Conclusión sobre el contenido del credo:

- i) La dimensión religiosa, cristiana y espiritual del credo dan razón de su contenido. Es religioso, porque se refiere a Dios; cristiano, porque se refiere a Jesucristo; espiritual, porque se refiere al Espíritu Santo.
- ii) Estas tres determinaciones iluminan cada una de las aposiciones que siguen a los términos Dios, Jesucristo, Espíritu Santo. Cada uno de los términos capitales no se comprende de un modo aislado; se debe situar en un movimiento que lo transforma. No es posible hablar de Dios sin hablar del cielo y la tierra, creados por él. No es posible Hablar de Jesucristo, sin introducir en el discurso la dimensión de la comunidad que inauguró con su historia singular. Y esta historia singular no podría narrarse sin recurrir a la dimensión del cuerpo. Así, al tratar del Espíritu Santo, vemos que éste está presente en el mundo, en la comunidad, en un cuerpo.

Problemática actual en torno al credo

1) El credo "contestado"

Fechado por una generación muy alejada ya de nosotros, concebido con un lenguaje de una época concreta, condicionado por las circunstancias que lo hicieron necesario, el credo, en tanto que formulación humana, sufre la erosión del tiempo.

Esta postura no es nueva, se puede decir que la crítica del credo es una especie de estado endémico, sobre todo en el protestantismo.

2) Hacia una reformulación del credo

Surge la necesidad de presentar el resumen de lo que creemos de una forma concisa y significativa.

En esta línea se movía en fechas no muy lejanas la reflexión del Papa Benedicto XVI cuando se dirigía a los católicos congregados en Ratisbona

3) Las exigencias del nuevo credo

Una interesante observación, sugerida por la doctrina del Vaticano II, que habla de una "jerarquía de verdades". Según este principio, las verdades de fe, más que contabilizadas, deberían ser sopesadas y valoradas. En efecto, el credo ha de conceder más importancia a lo que está más estrechamente ligado al núcleo del mensaje evangélico. De ahí el interés actual en hablar de *concentración* del mensaje. Concentración no significa reducción y, menos, eliminación de algunas verdades periféricas. Más bien se trata de hacer transparente la única fe, en los múltiples artículos de la misma, y



comprender de nuevo qué hay de secundario ante lo que es esencial. Un ejemplo de lo dicho sería, como decíamos antes, la famosa homilía del papa Benedicto XVI en Ratisbona que nos servirá para identificar las cuestiones fundamentales para la Reunión de los Grupos

Las dos formulaciones del Credo

Símbolo de los Apóstoles

Creo en Dios,
Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo,
Nuestro Señor,

que fue concebido por obra y
gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,
padeció bajo el poder de Poncio
Pilato
fue crucificado,
muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre
los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha
de Dios, Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir a
juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo

La santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,

el perdón de los pecados,

Credo de Nicea-Constantinopla

Creo en un solo Dios,
Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre antes de todos los
siglos: Dios de Dios, Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros, los hombres, y
por nuestra salvación bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo se
encarnó de María, la Virgen, y se
hizo hombre;
y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato;
padeció
y fue sepultado,
y resucitó al tercer día, según las
Escrituras,

y subió al cielo,
y está sentado a la derecha del Padre;

y de nuevo vendrá con gloria para
juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo recibe
una misma adoración y gloria,
y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una,
santa, católica y apostólica.

Confieso que hay un solo Bautismo
para el perdón de los pecados.



la resurrección de la carne
y la vida eterna.
Amén.

Espero la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro.
Amén.

Cuestiones para el grupo

En septiembre de 2006 el Papa Benedicto XVI pronunció la homilía de la Misa en la explanada del Islinger Feld de Ratisbona, en la que llamó a los católicos a recordar el significado del Credo de los Apóstoles. En dicho documento, cuya publicación adjuntamos, se sugieren preguntas que bien pueden servir para compartir en la reunión del grupo:

1. **"Nos hemos reunido en una celebración de fe. Ahora, sin embargo, surge la pregunta: ¿Pero en qué creemos realmente? ¿Qué significa creer? ¿Puede tal cosa existir aún en el mundo moderno?"**
2. **"Nosotros creemos en Dios. Esta es una opción fundamental. ¿Es aún hoy posible? ¿Es una cosa razonable?"**
3. **"Nosotros creemos en Dios. Pero ahora surge inmediatamente la pregunta. ¿En qué Dios? ¿Es para nosotros algo *vivido con sentido*?"**

Lectura recomendada para todos

El texto que aparece en la presentación del tema, que incorpora también una síntesis del texto de Evangelista Vilanova que se ha entregado.

Para profundizar

José Ramón Busto. Ciclo Conferencias del año 2004

Evangelista Vilanova "Credo". En "Conceptos fundamentales del cristianismo". Edit. C. Floristán y J.J. Tamayo. Trotta.

Papa Benedicto XVI. Septiembre de 2006, homilía de la Misa en la explanada del Islinger Feld de Ratisbona.

Catecismo de la Iglesia Católica, páginas 50-53

Notas metodológicas

- *A nivel personal*: Convertir el texto con los puntos para la oración en motivo de reflexión y oración permanente, buscando cada día algún momento de silencio para ir conociendo y amando más a Jesús y buscando lo que él quiere de mí.
- *Diálogo matrimonial*: que nos ayude a compartir la fe e ir consiguiendo un clima de oración conjunto.
- Reflexionar individualmente sobre las preguntas antes de leer el texto, para poder profundizar y compartir a la hora de las reuniones de grupo.
- Después de la oración inicial, el Coordinador invita a hablar a los que desean contestar a las *Cuestiones* antes indicadas. Después, modera un *diálogo abierto* sobre el tema y su aplicación cristiana para nuestra vida.



Textos complementarios

Homilía pronunciada por Benedicto XVI durante la Santa Misa en la explanada del Islinger Feld de Ratisbona (Alemania), 12 de septiembre de 2006.

¡Queridos hermanos y hermanas!

“Quien cree nunca está solo” es el lema de estos días. Lo vemos aquí realizado. La fe nos reúne y nos dona una fiesta. Nos dona el gozo en Dios, el gozo por la creación y por estar juntos. Sé que esta fiesta ha requerido mucha fatiga y mucho trabajo previo. A través de los informes de los periódicos he podido darme de cuenta un poco de cuántas personas han comprometido su tiempo y sus fuerzas para preparar esta explanada en un modo así de digno; gracias a ellos está la Cruz aquí sobre la colina como signo de Dios para la paz del mundo; los caminos de acceso y de partida están libres; la seguridad y el orden están garantizados; se prepararon alojamientos, etc.

No podía imaginar –e incluso ahora lo se solo sucintamente- cuánto trabajo, hasta los mínimos detalles, ha sido necesario para que podamos reunirnos. Por todo ello non puedo más que decir simplemente “¡Gracias de corazón!”. El Señor os recompense por todo, y el gozo que ahora podemos experimentar gracias a vuestra preparación, ¡les sea devuelto multiplicado por cien a cada uno de vosotros! Me he conmovido, cuando he escuchado cuántas personas, en particular de las escuelas profesionales de Leiden y Amberg, así como compañías y personas, hombres y mujeres, han colaborado para embellecer mi casa y mi jardín. Estoy un tanto desconcertado ante tanta bondad, y puedo en este caso también decir solamente un humilde “¡Gracias!” por este esfuerzo. No habéis hecho todo esto solamente por un hombre, por mi pobre persona; lo habéis hecho en la solidaridad de la fe, dejándoos guiar por el amor por el Señor y por la Iglesia. Todo esto es un signo de verdadera humanidad, que nace de haber sido tocados por Jesucristo.

Nos hemos reunido en una celebración de la fe. Ahora, sin embargo, surge la pregunta: ¿Pero en qué creemos realmente? ¿Qué significa: creer? ¿Puede tal cosa existir aún en el mundo moderno? Viendo las grandes “Sumas” de teología redactadas en el Medioevo o pensando en la cantidad de libros escritos cada día a favor o contra la fe, podemos desalentarnos y pensar que todo esto es demasiado complicado. Últimamente, al ver los árboles individualmente, no se ve más el bosque. Es verdad: la visión de la fe comprende cielo y tierra; el pasado, el presente, el futuro, la eternidad –y por ello no es agotable jamás. Y aún así, en su núcleo es mucho más sencilla.

El Señor, de hecho, habla sobre ello con el Padre diciendo: “Has querido revelarlo a los sencillos –a aquellos que son capaces de ver con el corazón”. La Iglesia, por su parte, nos ofrece una pequeña “Suma”, en la cual se expresa todo lo esencial: es el así llamado “Credo de los Apóstoles”. Este viene normalmente dividido en doce artículos –según el número de los Apóstoles- y habla de Dios, Creador y Principio de todas las cosas, de Cristo y de la obra de la salvación, hasta la resurrección de los muertos y la vida eterna. Pero en su concepción de fondo, el Credo está compuesto solo por tres partes principales, y según su historia no es otra cosa que una amplificación de la fórmula bautismal, que el Señor resucitado entregó a los discípulos por todos los tiempos cuando les dijo: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

En esta visión se demuestran dos cosas: la fe es simple. Creemos en Dios –en Dios, principio y fin de la vida humana. En aquel Dios que entra en relación con nosotros seres humanos, que es para nosotros origen y futuro. Así, la fe, contemporáneamente, es también siempre esperanza, es la certeza de que tenemos un futuro y no caeremos en el vacío. Y la fe es amor, porque el amor de Dios quiere “contagiarnos”.

Como segundo punto podemos constatar: el Credo no es un conjunto de sentencias, no es una teoría. Está, justamente, anclado en el evento del Bautismo –a un evento de encuentro entre Dios y el



hombre. Dios, en el misterio del Bautismo, se inclina hacia el hombre; sale a nuestro encuentro y así también nos acerca entre nosotros. Porque el Bautismo significa que Jesucristo, por así decirlo, nos adopta como a sus hermanos y hermanas, acogiéndonos como hijos en la familia de Dios mismo. De este modo hace por lo tanto de todos nosotros una gran familia en la comunidad universal de la Iglesia. Sí, quien cree nunca está solo. Dios nos sale al encuentro. ¡Encaminémonos también nosotros hacia Dios y vamos así los unos al encuentro de los otros! ¡No dejemos solo, en cuanto lo consientan nuestras fuerzas, a ninguno de los hijos de Dios!

Nosotros creemos en Dios. Ésta es una opción fundamental. ¿Pero es hoy aún posible? ¿Es una cosa razonable? Desde la Ilustración, al menos una parte de la ciencia se ha dedicado a buscar una explicación al mundo en la que Dios sería innecesario. Y si eso fuera así, Dios se haría innecesario en nuestras vidas. Pero cada vez que parecía que este intento había logrado éxito –inevitablemente surgía lo evidente: ¡algo falta en la ecuación! Cuando se resta a Dios, algo no suma para el hombre, el mundo y todo el vasto universo. Así terminamos con dos alternativas: ¿Qué existió primero? La Razón creadora, el Espíritu que obra todo y suscita el desarrollo, o la Irracionalidad que, privada de toda razón, extrañamente produce un cosmos ordenado en modo matemático así como el hombre y su razón. Esta última, sin embargo, sería entonces solo un resultado casual de la evolución y por lo tanto, al final, igualmente irrazonable.

Como cristianos decimos: “Creo en Dios Padre, Creador del cielo y de la tierra” –creo en el Espíritu Creador. Nosotros creemos que en el origen está el Verbo eterno, la Razón y no la Irracionalidad. Con esta fe no tenemos necesidad de escondernos, no debemos temer encontrarnos con ella en un ángulo ciego. ¡Estamos contentos de poder conocer a Dios! ¡Y tratamos de hacer ver a otros la racionalidad de la fe, como San Pedro nos exhorta a hacer en su *Primera Carta* !

Nosotros creemos en Dios. Lo afirman las partes principales del Credo y lo destaca sobre todo su primera parte. Pero ahora surge inmediatamente la segunda pregunta: ¿En qué Dios? Pues bien, creemos en aquel Dios que es Espíritu Creador, Razón creadora, del que proviene todo y del que provenimos también nosotros. La segunda parte del Credo nos dice más. Esta Razón creadora es Bondad. Es Amor. Este posee un rostro. Dios no nos deja andar a tientas en la oscuridad. Se ha mostrado como hombre. Él es tan grande que se puede permitir hacerse pequeñísimo. “Quien ha visto al Padre”, dijo Jesús. Dios ha asumido un rostro humano.

Nos ama hasta el punto de dejarse clavar por nosotros en la Cruz, para llevar los sufrimientos de la humanidad hasta el corazón de Dios. Hoy, que hemos aprendido a reconocer las patologías y las enfermedades mortales asociadas con la religión y de la razón, y los modos en que la imagen de Dios puede ser destruida a causa del odio y el fanatismo, es importante decir con claridad en qué Dios creemos y profesar con confianza que este Dios tiene rostro humano. Solo esto nos libera de tener miedo a Dios –que está últimamente en la raíz del ateísmo moderno. Solo este Dios nos salva del miedo del mundo y de la ansiedad ansia ante el vacío de la vida. Solo mirando a Jesucristo, nuestro gozo en Dios alcanza su plenitud, se hace gozo redimido. ¡Dirijamos durante esta celebración solemne de la Eucaristía nuestra mirada al Señor y pidámosle el gran gozo que Él ha prometido a sus discípulos! (cf. Jn 16:24)

La segunda parte del Credo termina hablando del Juicio Final y la tercera parte hablando de la resurrección de los muertos. Juicio, ¿acaso esta palabra no nos hace tener miedo también? Por otro lado, ¿no deseamos tal vez todos que un día se haga justicia a todos los condenados injustamente, a cuantos han sufrido a lo largo de la vida y después de una vida llena de dolor han sido tragados por la muerte? ¿No queremos acaso que el exceso de injusticia y sufrimiento que vemos en la historia, al final se disuelva; que todos en definitiva puedan estar alegres, que todo adquiera un sentido? Este triunfo de la justicia, esta conjunción de tantos fragmentos de historia que parecen privados de sentido e integrarlos en un todo en el que dominen la verdad y el amor: es esto lo que significa el concepto del Juicio universal.



La fe no está para dar miedo; en cambio –con certeza- nos llama a la responsabilidad. No debemos desperdiciar nuestra vida, ni abusar de ella; tampoco debemos guardarla para nosotros mismos; frente a la injusticia no debemos permanecer indiferentes, haciéndonos colaboradores silenciosos o incluso cómplices. Debemos percibir nuestra misión en la historia y buscar corresponder. Lo que se necesita no es miedo sino responsabilidad –responsabilidad y preocupación por nuestra salvación, y por la salvación de todo el mundo. Pero cuando la responsabilidad y preocupación tienden a volverse miedo, deberíamos recordar las palabras de San Juan: “Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis; Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo” (1 Jn 2:1). “En caso de que nos condene nuestra conciencia –Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo” (ibid., 3:20).

Celebramos hoy la fiesta del “Santísimo Nombre del María”. A cuantas llevan este nombre –mi mamá y hermana lo llevaban- quisiera expresar mis más cordiales felicitaciones por su onomástico. María, la Madre del Señor, del pueblo fiel ha recibido el título de *Ad vocata*, siendo ella nuestra abogada ante Dios. Así la conocemos desde las bodas de Cana: como la mujer benigna, llena de solicitud materna y de amor, la mujer que advierte las necesidades ajenas y, para ayudar, las lleva ante del Señor. Hoy hemos escuchado en el Evangelio, cómo el Señor la dona como Madre al discípulo predilecto y, en él, a todos nosotros. En toda época, los cristianos han acogido con gratitud este testamento de Jesús, y junto a la Madre han encontrado siempre de nuevo aquella seguridad y confiada esperanza, que nos dan gozo en Dios. ¡Acojamos también nosotros a María como la estrella de nuestra vida, que nos introduce en la gran familia de Dios! Sí, quien cree nunca está solo. ¡Amén!

Fuente: Sala de Prensa de la Santa Sede



Comunidad Cristiana Ntra. Sra. del Recuerdo

Noviembre 2008, 2ª reunión

CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA

LA ORACIÓN

Decir "Dios es Padre" significa que el hombre se hace humano en la comunión con los otros, constituyendo un nosotros indivisible, una sola familia; que toda la humanidad es un pueblo. ***Se trata de Dios y le llamo Dios.***

Decir "Dios es creador" significa que el mundo y su historia no están acabados, sino continuamente en trance de nacer; que el hombre se hace plenamente humano participando en la creación, haciendo surgir lo nuevo. Creador a través de mí, por mí, en mí. ***Se trata de Dios y le llamo Dios.***

Dios es el Amor que se entrega, que nos invita a salir de nosotros mismos, a sobrepasar nuestras fuerzas, a dar al otro eso que hay en nosotros que ni siquiera conocemos. El amor que, igual que la oración, está siempre despierto, preparado para la ofrenda y dispuesto para recibirla. ***Se trata de Dios y le llamo Dios.*** (Los otros salmos. J. Suárez Bautista)

Petición (propia de todo el mes)

Señor, Tu eres mi Dios, mi refugio, mi fortaleza. Conoces hasta lo más hondo de mi ser. Te alabo y te bendigo en todas tus criaturas. Ayúdame a buscarte, a descubrirte, a reconocerte, a vivir por Ti y para Ti en todos mis hermanos.

Puntos para la oración

Creo en Dios

Creer en Dios no es demostrar su existencia con razonamientos teológicos o afectivos. Cuando yo digo "creo en Dios" es que he puesto mi vida en sus manos porque me fío de Él, he edificado sobre roca, Él da sentido a mi existencia. ¿Qué significa para mí decir creo en Dios? ¿De qué Dios estoy hablando? Dios puede ser una idea, el dios de los filósofos, una realidad lejana a la que acudimos en momentos de necesidad, una búsqueda de sentido. Podemos definirlo desde distintos puntos de vista. Pero el Dios del que nos habla la Biblia es otra cosa. Es un Dios que se manifiesta a través de la historia y que con su acción libera y salva al hombre. Se manifestó en los tiempos antiguos al pueblo de Israel, y en la plenitud de los tiempos se nos ha manifestado por medio de su Hijo, Jesús. Es un Dios personal y cercano que quiere liberarnos de nuestros miedos. Pero mi fe en Dios es frágil e insegura. Soy creyente pero amenazado por la incredulidad: también el que no cree está amenazado por la duda de fe y se pregunta ¿será verdad? Creer y dudar pertenece a la condición humana.

A veces lo sentimos ausente, en silencio, pero ¿de verdad Dios está ausente? ¿No será más bien que tenemos una imagen distorsionada de Él? ¿Lo buscamos? ¿Dónde? Dios calla ¿no es más bien que Él no se encierra en nuestras palabras? La crisis de fe en Dios es, en primer lugar, la crisis de nuestra manera de hablar de Dios, de nuestras representaciones de Dios. La crisis cultural de Dios es una oportunidad para volvernos a su Misterio, a su infinitud insondable y su infinita cercanía e interioridad. La crisis no es un



fracaso sino un reto que nos invita a la reflexión, a la creatividad, profundización y nueva formulación de nuestra fe: es la oportunidad de redescubrir al Dios digno de fe, que cura las heridas del mundo. El Credo nos invita a descansar en Dios, misterio infinito de misericordia y consuelo. Cree en Dios que siempre cree en ti. Vuelve a Dios que siempre está contigo. Redescubre al Dios digno de fe, al Dios cuya fe cura tus heridas y las heridas del mundo.

Siempre he recitado el Credo y he confesado creer en Dios. Hoy, en la madurez de mi vida, me pregunto ¿Cómo es mi fe? ¿Qué entiendo por Dios? ¿Es mi Dios el mismo que confiesan otras religiones? ¿Es mi Dios el mismo que confesaba en mi niñez? ¿Soy diferente a los que no creen? ¿Quizá mi fe insegura me une al increyente que duda porque en el fondo ambos buscamos a Dios?

Padre

Repetir la primera frase del Credo nos ayuda a no olvidar nuestro origen: de Dios recibimos el regalo de la vida, y de Él también el renacimiento y el perdón. Llamar a Dios Padre es el mejor modo de dirigirnos a Dios. Padre cercano, Padre-Madre en el que predominan sentimientos de ternura, compasión y fidelidad. No sólo es el Dios fuerte del Antiguo Testamento, sino el de "entrañas de misericordia". Creer en Dios Padre es vivir en la confianza: "hemos recibido espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar Abba, Padre" (Rm 8,15). El hijo se encuentra en su casa cuando está en la casa del Padre. Todas las "parábolas del padre" nos hablan de confianza: acoge al hijo pródigo, da cosas buenas a sus hijos... ¿Cómo es mi Dios? ¿Cómo me relaciono con Él? ¿Qué resuena en mi interior cuando le llamo Padre?

Sabernos hijos de Dios transforma nuestra vida. Mi Dios es Padre porque así nos lo ha revelado su Hijo Jesucristo. Es un Padre/Madre tierno que invita a refugiarse en Él, a acudir a Él, a agradecerle la desmesura de su Amor, a vivir orientados hacia Él, atentos a conocer sus designios sobre nosotros para cumplir su voluntad. Jesús se relacionaba así con su Padre Abba, y nos enseñó a hacerlo como él, a rezar el Padrenuestro, a reconocerle como Padre providente de todos, buenos y malos. A sentir a los demás como hermanos, hijos del mismo Padre, a no poder desentenderme del otro pues nada de lo que le suceda me ha de ser ajeno, incluso amar a mis enemigos. Que Dios sea Padre hace que me pueda relacionar confiada y amorosamente con Él y al mismo tiempo me hace responsable del otro, Dios me va a seguir preguntando ¿dónde está tu hermano? (Gn 4,9) y me dirá "lo que hiciste a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hiciste"

Todopoderoso

El concepto de Dios, en todas las culturas y religiones de todos los tiempos, es de un ser con poder absoluto. Imaginamos a Dios como la suma de todo lo que nos falta. Poderlo todo, tenerlo todo, no depender de nada ni de nadie, ser impasible e inmutable, eterno, sin principio ni fin. Pero cuando vemos las injusticias, la enfermedad, la carencia, en muchas personas, hasta de lo esencial para una vida digna, nos preguntamos dónde está Dios que no hace nada para solucionarlo. Y pensamos que su omnipotencia debería arreglar todas estas cosas, sin darnos cuenta que así no es nuestro Dios. El Dios de los cristianos, revelado por Jesucristo, es sólo Amor. Pero el Amor es creador, eterno, todo lo puede. *"Es paciente; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no*



se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad; todo lo excusa; todo lo cree; todo lo espera; todo lo soporta." (1Cr 13,4) ¿Qué idea tengo del poder de Dios? ¿Creemos que nos puede librar de todas nuestras dificultades? ¿El poder de Dios puede ir contra natura? ¿Son los milagros expresión de su Amor o de su poder? Las tentaciones de Jesús en el desierto ¿no iban dirigidas a que demostrara su poder y quedara oculto su Amor? ¿Es la cruz manifestación del poder de Dios? ¿Tengo experiencia de que el Amor todo lo puede?

El problema del mal nos interpela, no le encontramos explicación y nos cuesta aceptarlo ¿Cómo digo que Dios es todopoderoso si no puede erradicar el mal del mundo? El libro de Job nos habla del misterio del mal. Job se pregunta por el sentido del sufrimiento, se rebela contra él, no puede entender que Dios pueda consentirlo y no le encuentra explicación. Sin embargo, acaba comprendiendo que ha hablado de cosas que no entiende, de maravillas que le superan y que ignora y que le hacen descubrir esa presencia misteriosa de Dios en toda la realidad "Yo te conocía de oídas, pero ahora te han visto mis ojos" (Jb 42,5) ¿Puedo suscribir las palabras de Job? ¿Puedo adorar y confiar?

Dios no actúa en contra de la naturaleza, nos ha hecho libres, nos ha dado inteligencia, capacidad de trabajo, y necesita de nuestra actuación para solucionar los problemas del mundo. Pero somos limitados y buscamos en Él todo aquello que nos falta y nos gustaría que las cosas se arreglaran de una forma más sencilla, casi mágica. Pero el Dios que rezamos en el Credo es Amor, es un Dios que se hace pequeño, que comparte nuestra vida y nuestro dolor. Es ternura, compasión, cercanía, no nos quita el dolor, pero nos acompaña en él y lo comparte con nosotros.

Creador del cielo y de la tierra

Los relatos de la creación no son una crónica, expresan un sentido por medio de imágenes y de símbolos enraizados en la experiencia más corriente de la vida. En los pueblos del antiguo Oriente también se conocían relatos sobre el origen del universo y del hombre. Pero la idea bíblica de la creación, a diferencia de estos otros relatos, nos habla de un Dios personal que toma libremente la decisión de crear sin que nada le obligue a ello.

Gn 1,1 "En el principio creó Dios el cielo y la tierra"

La Biblia afirma que Dios es creador y el mundo su criatura. Cada ser es una creación absolutamente nueva y única, una criatura pensada, mirada, querida y bendecida por Dios. Somos criaturas únicas y hermanas de todas las criaturas. Dios es nuestro origen y nuestro destino final, por lo que en la distancia entre el origen y el final, Dios debe ser nuestra referencia y presencia.

Cada día es el día de la creación, pues la creación está teniendo lugar, se sigue desarrollando. No es un acontecimiento de un pasado remoto. No tuvo lugar en los "orígenes de los tiempos" como el Big-Bang de una vez para siempre, somos creadores. Todo es dinamismo y relación, todo está cargado de posibilidad de ser. En cada partícula opera la fuerza creadora de Dios. La creación es esa energía misteriosa por la que está creándose, inventándose, recibándose, haciéndose y haciendo ser. No hay contradicción entre un Dios creador y una creación dinámica en la que todo es un devenir una "cosmogénesis" (P. Teilhard). Una energía misteriosa que en su origen y en su fondo último, es divina: Espíritu, Sabiduría creadora de Dios. "En él vivimos, nos movemos y existimos" (Hch. 17). Todo es en Dios y Dios es en todo. Dios



está haciendo ser todo y todo camina hacia Dios, hasta el descanso de la creación entera en el que Dios será todo en todas las cosas (1Cr 15,28)

Este concepto de creación nos tiene que llenar de esperanza pues, el mundo y el hombre, caminamos hacia la plenitud en Dios y en Él encontraremos el sentido y la respuesta a todos nuestros interrogantes. ¿Es este el concepto de creación que he tenido siempre? ¿En qué ha cambiado? ¿Me parece que puede ser compatible con los avances de las ciencias? ¿Cómo me responsabiliza el sentirme creado y al mismo tiempo co-creador con Dios? Contemplando la belleza de la creación, ¿caigo en la cuenta de que es el entorno que Dios ha querido regalar al hombre? ¿Agradezco tanto cuidado, belleza y generosidad? Ante todo esto ¿me siento obligado a cuidar y proteger la naturaleza y la vida? ¿Cómo interpreto la frase de S. Pablo (Hch 17) “en él somos nos movemos y existimos”?

Para orar

Es bueno darte gracias, Señor, de corazón, y cantarte con gozo cada día.
Es bueno proclamar por la mañana tu lealtad y por la noche decirte de verdad que me has querido.
Es bueno decir que tus acciones, Señor, son mi alegría y esperanza.
Es bueno decirte que las obras de tus manos son júbilo y fiesta para mí.
Qué grandes son tus obras, Señor. Qué profundos son tus designios.
Qué grandes son tus proyectos para nosotros. Qué profundos son tus deseos para el que te busca.
Es bueno darte gracias, Señor, y cantarte de gozo cada día.
Es bueno abrir el corazón de par en par y dejar que tu luz inunde de paz toda la vida.

LA REUNIÓN

Oración inicial del grupo

A. Invocación inicial

Todos: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Lector Señor, Padre Creador de todas las cosas, comenzamos nuestra reunión poniéndonos de nuevo bajo tu rostro. Tu mirada, llena de Amor, nos recuerda que somos hijos tuyos amados y creados por ti. Deseas encontrarte con nosotros, en nuestro día a día del trabajo, en el trato con nuestros hijos, en el interior de nosotros mismos. Tu Espíritu nos acompaña siempre. También ahora, que comenzamos esta reunión bajo tu sagrada y silenciosa presenta. Abre nuestro corazón, para que sepamos compartir, como comunidad que te sigue y te ama, lo que significa para nosotros que seas nuestro Padre, Abba.

B. Lectura del texto bíblico (1 Pe 3,13-17)

“Y quién os hará mal si os afanáis por el Bien? Mas, aunque sufrierais a causa de la justicia, dichosos vosotros. No le tengáis ningún miedo ni os turbéis. Al contrario, dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y con respeto. Mantened una buena conciencia, para que aquello mismo que os echen en cara, sirva de confusión a quienes critiquen vuestra buena conducta en Cristo. Pues más vale padecer por obrar el bien, si esa es la voluntad de Dios, que obrar el mal.”



C. Espacio de oración personal

Tiempo de silencio para interiorizar la Palabra y, en su caso, libremente, oración en voz alta de las personas que lo deseen. Releo el texto y pienso, ¿qué me llama la atención? Me paro en ese fragmento y escucho lo que Dios quiere decirme.

D. Rezo del Salmo

Lector: Señor, ser hijos tuyos es sentirnos criaturas llamadas a una vida plena.

Todos: *Porque tú eres nuestro Padre y Creador.*

Lector: Comunicarnos contigo a través de nuestra oración y las obras que hacemos en tu nombre, nos llena de una vida nueva.

Todos: *Porque tú eres nuestro Padre y Creador.*

Lector: Nos llamas a dar la vida por nuestros hermanos. Nuestro mandato es amar a todos los que nos rodean. Somos sembradores de tu Reino.

Todos: *Porque tú eres nuestro Padre y Creador.*

Lector: La fe que profesamos como cristianos, llena de sentido nuestra vida, nos permite mirar más allá de las dificultades de la Vida y llenarnos de esperanza.

Todos: *Porque tú eres nuestro Padre y Creador.*

Lector: Esta esperanza es contagiosa. A veces, en la oscuridad de los momentos difíciles, perdemos la paciencia, nos ofuscamos por la sequedad que sentimos. Pero un día amanece, reconocemos tu Presencia y Compañía en la ilusión por seguir viviendo, aceptando la dureza de algunas circunstancias.

Todos: *Porque tú eres nuestro Padre y Creador.*

Lector: Nunca nos dejas solos.

Todos: *Porque tú eres nuestro Padre y Creador.*

Lector: Inspíranos Señor la palabra y acción adecuadas para ser testigos de tu esperanza con nuestra vida y, en especial, para aquellos que sufren.

Todos: *Porque tú eres nuestro Padre y Creador, vivimos con una ilusión renovada, de ser testigos de tu luz con nuestros pequeños actos. Queremos ser instrumentos de tu Espíritu, obreros de tu Reino de Amor, sembradores de esperanza. Gracias, Señor, por ser nuestro Padre.*

E. Oración final

Rezamos juntos el Padre Nuestro y seguimos nuestra reunión en la presencia de Dios.

Presentación del tema

Nosotros, cristianos, seguidores de *Jesús* de Nazaret, el Cristo (ungido) de Dios (Mc. 1, 24; Jn. 6, 68), hemos aprendido y seguimos aprendiendo del Maestro a vivir una vida plena, ya que él ha venido a eso, a que tengamos vida (Jn. 20, 31; 1 Jn 4, 9; 5, 11-12), vida para siempre, vida eterna (Jn. 3, 16-17; 5, 24; 6, 48-51; Rom 6, 22-23), vida plena (Jn. 10, 10).

Él, cuya vida admirable transcurrió sencillamente haciendo el bien (Hch. 10, 38), "enseñando en las sinagogas, proclamando la buena noticia del Reino

y curando todo achaque y enfermedad del pueblo" (Mt. 4, 23), vivió en constante referencia a *Dios*. De este modo nos enseñó también a nosotros a no quedar encerrados en el círculo de la pura inmanencia de una vida cotidiana sin más interés que el material ni más horizonte que el pragmático. Ayudar a los otros, comunicar la buena noticia del Reino y referir la propia vida a Dios: este parece que ha de ser el estilo de vida de quien quiere seguir a Jesús.

Él se retiraba con frecuencia a orar en soledad ("solía retirarse a despoblado para orar", Lc. 5, 16; 6, 12; Mc 1, 35; 6, 46) y nos enseñó a hacerlo nosotros mismos dirigiéndonos a Dios como *Padre* ("vosotros, cuando oréis, decid: Padre nuestro...", Mt. 6, 9, Lc. 11, 2), con la mirada puesta en las necesidades del Reino (Mt 6, 9-13; 9, 38; Lc 11, 1-4), pero pidiéndole también confiadamente ayuda en nuestras carencias (Mt 7, 7-11; Lc 11, 5-13). En todo caso, no hace falta dirigirse a Él con aspavientos ni palabrería ya que sabe lo que nos hace falta antes que se lo pidamos (Mt 6, 5-9).

Jesús, en su oración, incluso en los momentos más dramáticos, llama a Dios "Padre", "Abba" y se dirige a Él con esperanzada confianza pero también con disponibilidad: "¡Abba, Padre! Todo es posible para ti. Aparta de mí este trago, pero no se haga lo que yo quiero sino lo que quieres tú", Mc 14, 36). Y es que *el Padre no es un aliado mágico* que haga trampas a favor de Jesús. El destino humano de éste va siendo marcado progresivamente por el inexorable enfrentamiento con los poderosos a que le conduce su misión; es, pues, en cierto modo una consecuencia dolorosa incluida en el mismo plan amoroso y salvífico de Dios: "Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que tenga vida eterna y no perezca ninguno de los que creen en él... No lo mandó para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él" (Jn 3, 16). Hemos, pues, de depurar muchas de las imágenes de la *omnipotencia* divina que quizá nos hemos formado errónea e infantilmente. El Dios Padre de Jesús le deja morir en cruz sin enviar a los ángeles a librar a su Hijo (Mt. 27, 39-50). Asume así la realidad del enfrentamiento y sus consecuencias. Aunque no le abandona a las sombras de la muerte y del olvido: le resucita constituyéndole así como Hijo de Dios en plena fuerza (Rom 1, 4) y suscitando en nosotros una esperanza que trasciende el sufrimiento y la muerte (I Cor 15, 19-22). La omnipotencia divina es, pues, sobre todo un atributo escatológico: sólo al final de los tiempos "pondrá a todos sus enemigos bajo sus pies" y "Dios lo será todo para todos" (I Cor 15, 22-28). En todo caso, Dios es para Jesús (y debe serlo para los que le escuchan) el *Padre providente en quien uno puede confiar*: "¿No se venden cinco gorriones por cuatro cuartos? Y sin embargo ni de uno solo de ellos se olvida Dios. Hasta los pelos de vuestra cabeza están contados. No tengáis miedo: valéis más que todos los gorriones juntos", Lc 12, 7; "cuando os entreguen, no os preocupéis por lo que vais a decir..., será el Espíritu de vuestro Padre quien hable por vuestro medio", Mt 10, 19-20).

Por lo demás, creer en Dios, confiar en él y dirigirse a él como Padre no es un acto superfluo y marginal en nuestra vida. Ser y *saberse hijos del Padre transforma radicalmente la vida*, encaminándola en dirección a una fraternidad asombrosa: "amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos... Sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo" (Mt 5, 44-48).

El Dios de Jesús, pues, es Yahvé, el Dios de Israel, el "Padre del cielo" (Mt 16, 17), el que "creó el cielo y la tierra" (Gen 1, 1) y puso en el ser todas



las realidades del mundo complaciéndose en que eran buenas y poniendo a la especie humana por encima de todas (Gen 1, 2-31). A través de Moisés (y en general del Antiguo Testamento) se nos ha dado a conocer la Ley de Dios, pero “en Jesús el Mesías se hicieron realidad el amor y la lealtad. A Dios nadie lo ha visto jamás; es el Hijo único, que es Dios y está al lado del Padre, quien nos lo ha explicado” (Jn 1, 18).

Jesús nos descubre el verdadero rostro de Dios: el de un Padre con entrañas de misericordia, preocupado por cada uno de sus hijos, sobre todo por los que parecen más extraviados, para alegrarse con su regreso, perdonarles y acogerles (Lc 15, parábolas de la oveja perdida, de la moneda perdida, del hijo pródigo). La revelación de este rostro genuino de Dios constituye el núcleo de las enseñanzas de Jesús, luz del mundo (Jn 8, 12-19), enviado por el Padre para que sepamos que “Él nos amó primero”, porque “Dios es amor” y “si Dios nos ha amado tanto, es deber nuestro amarnos unos a otros”, “quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios con él” (Jn 4, 7-21).

Jesús, en su oración, agradece al Padre que revele esta verdad precisamente a los sencillos: “Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has *revelado a la gente sencilla*”, Mt 11, 25). No obstante, los cristianos, que han recibido la fe como una gracia y se saben “llamados a heredar una bendición” (I Pe, 3, 9), no pueden encerrarse en una proclamación incomprensible, incoherente y solipsista de su fe. Han de estar dispuestos, aun sin muchas perspectivas de ser bien comprendidos (I Pe 3, 14 y 16; Rom 1, 18 y 21-23), a “*dar razón de su esperanza* a todo el que les pida una explicación, con buenos modos y respeto y teniendo la conciencia limpia” (I Pe 3, 15-17). Para ello pueden hacer apelación a lo que tienen en común con otras tradiciones religiosas, singularmente la judía (Hch. 3, 12-26), pero también a la razón común humana, como hace Pablo ante los intelectuales de Atenas (Hch 17) y como afirma en la Carta a los Romanos. En efecto, “desde que el mundo es mundo, lo invisible de Dios, es decir, su eterno poder y su divinidad, resulta visible para el que reflexiona sobre sus obras” (Rom 1, 20).

Indagar en la infraestructura racional de la fe, y en el engarce de los enunciados de ésta con la visión del mundo que hoy podemos sostener tras los avances de la ciencia, es, por sólidas razones, una necesidad y una responsabilidad del creyente. Ante nosotros mismos, por *honestidad intelectual y madurez humana*, y ante los demás, por *atención solícita ante los que se interroguen o nos interroguen por la razonabilidad de nuestra fe*. Como cristianos cultos sentimos la necesidad (y tenemos la responsabilidad) de, mediante la reflexión, la formación y la oración, intentar compaginar lo más armoniosamente que podamos las verdades de la razón y de la ciencia y la verdad salvadora de la revelación. Es una necesidad de ahora y de siempre. Santo Tomás de Aquino, citando a Averroes, afirma ya en el siglo XIII: “aunque las palabras de la fe estén sobre la razón, sin embargo no están contra la razón, ya que la verdad [de la razón y de la ciencia] no puede ser contraria a la verdad [de la fe y de la revelación]” (Super Rom., cap. 10, lect. 1, in fine).

En su concepción del mundo, el creyente actual intelectualmente cultivado no se puede aferrar inmadura e infantilmente a maneras obsoletas y caducas, científicamente insostenibles, de entender el devenir del universo y las relaciones del mundo creado con su Creador. Más bien se alegrará de que



la ciencia (excelente producto de la inteligencia humana, pero limitada como todo lo creado) le ayude a descubrir, hasta donde ella puede, la racionalidad y proporción (y por tanto la armonía y la belleza) del Universo material y de sus procesos. La fe, ampliando el horizonte de su consideración de lo real, le ayudará a encontrar tras todo ello el amor fecundo y dadivoso del Señor, “creador del cielo y de la tierra”, causa última, fundamento y fuente de todo lo que existe y origen de la fuerza que impulsa a todo y lo dirige todo hacia su meta. Quizás en algunos momentos, y en relación a determinados procesos naturales (físico-químicos o biológicos) o sociales (psicológicos, económicos o históricos), sentirá perplejidad a la hora de casar las interpretaciones que ofrecen al respecto unos u otros científicos con las convicciones más profundas de su fe; será paciente y descansará en la confianza de que el Dios de la revelación, que le ilumina y le orienta en la vida, es el mismo Dios inescrutable que ha creado el Universo y que ha dado a los humanos una inteligencia capaz de proporcionar (no sin titubeos, zigzags y controversias) el conocimiento relativamente seguro de la Ciencia. Finalmente tendrá conciencia clara de que el valor, la consistencia y la belleza (incuestionables, pero no absolutas ni absolutizables) de cada una de las realidades mundanas, y de todas ellas en conjunto, se asientan en el hecho de que Dios las ha creado, puesto en el ser y dotado de atributos positivos (Cfr. Gen 1, 4, etc.: “y vio Dios que lo que había creado era bueno”). Reconocerá a todos y cada uno de los seres humanos, situados en la cúspide de la creación, como especialmente valiosos, imagen de Dios y responsables del buen uso de todo lo creado (Cfr. Gen 1, 26-31).

Quizá este creyente actual intelectualmente cultivado encuentre suficientemente bien expresado bastante de su fe en el Dios creador en los párrafos siguientes, tomados de un libro reciente de Hans Küng:

“La fe en el Dios creador no añade nada al *saber de disposición* que la ciencia en tan gran medida ha enriquecido; no ofrece informaciones científicas. Pero sí que regala al ser humano -justo en una época de aceleradas revoluciones científicas, económicas, culturales y políticas y, por ende, de desarraigo y desorientación- un *saber de orientación*: ayuda al ser humano a descubrir un sentido en la vida y en el proceso de la evolución y puede comunicarle incluso criterios para la acción, así como un sentimiento de seguridad última en medio de este universo tan grande y hasta inabarcable. También en la época de los viajes espaciales, el ser humano -cuando reflexiona sobre los sorprendentes resultados de la astrofísica y cuando, como viene haciendo desde tiempos inmemoriales, observa el cielo estrellado- no puede sino preguntarse: ¿Qué sentido tiene el todo? ¿De dónde procede? ¿De la nada? ¿Puede la nada explicar algo? ¿Satisface a la razón semejante respuesta?

La única alternativa sería -que la razón no puede demostrar, como muchas otras cosas, porque desborda su horizonte de experiencia, pero para la que sí tiene razones de peso; así pues, una respuesta por completo razonable- es la siguiente: el todo *no sólo procede de una gran explosión inicial, sino de una fuente originaria*: de aquel *primer fundamento creador de todos los fundamentos* al que llamamos Dios, justamente Dios creador.

Aunque no puedo demostrar lo anterior, sí que tengo fundados motivos para sostenerlo: lo hago apoyado en esa *confianza* -para mí tan razonable, contrastada e *ilustrada*- desde la que ya afirmé la existencia de Dios. Pues si el Dios que existe es verdaderamente Dios, entonces no sólo es Dios hoy, para mí aquí y ahora, sino también en el principio y eternamente. Sólo así, me

parece a mí, resulta el Universo verosímil en su existencia en cuanto cosmos: en su ser matemáticamente ordenado, sumamente complejo y profundamente dinámico. Y, a la vista de la magnitud del Universo y de la complejidad de la ciencia, no pocos científicos han manifestado sentimientos de asombro, veneración, alegría e incluso temor, dando expresión así también a la pregunta de si este universo no abarcará después de todo más de lo que salta a la vista; una pregunta que no puede ser respondida por la ciencia, pero sí por una confianza razonable que tiene sus razones y a la que llamamos *fe*.

Por consiguiente, creer hoy en el Creador del mundo no significa creer en un mito cualquiera, representarse a Dios como Creador, por ejemplo, en la guisa en que el incomparable MIGUEL ÁNGEL lo pintó en el techo de la Capilla Sixtina. Aquí, la imaginación topa con sus límites. Creer en Dios como Creador del mundo tampoco significa optar por uno de los cambiantes modelos de universo que han elaborado los grandes sabios. Y la razón de que no sea así radica en que aquí se trata del *presupuesto de todos los modelos de universo y del mundo en general*. Incluso un mundo eterno, tal y como, por ejemplo, asumía ARISTÓTELES, sería compatible con la fe en Dios, opina el mismísimo TOMÁS DE AQUINO, quien, sin embargo, se manifiesta convencido -en razón de la Biblia- de la existencia de un principio temporal del mundo. El Dios eterno precede a todos los tiempos. Lo cual hay que entenderlo no como prioridad cronológica, sino ontológica.

Hoy, en el horizonte de la cosmología científica, creer en el Creador del mundo significa afirmar desde la confianza ilustrada que el origen último del mundo y el ser humano no queda inexplicado, que el mundo y el ser humano no son arrojados absurdamente de la nada a la nada, sino que, en cuanto todo, tienen sentido y valor; que no son caos, sino cosmos, porque en Dios, que es su fundamento originario, su autor, su creador, tienen una seguridad primera y última.

Es necesario subrayarlo de nuevo: nada obliga a una persona a aceptar esta fe. ¡Puede *decidir* al respecto *con toda libertad*! Si se decide por ella, esta fe transforma su posición en el mundo, su actitud ante el mundo. Quien cree en Dios en cuanto Creador puede afirmar también de manera justificada al mundo y al ser humano como creación de Dios:

- sobre todo honrando a los *seres humanos* en cuanto prójimos (en vez de despreciarlos como seres inferiores);
- pero también respetando y cuidando la naturaleza no humana, muy especialmente a los *animales*, como nuestro entorno y como parte de nuestro mundo (en vez de verlos como enemigos naturales o como un material utilizable a discreción).

No a pesar de que somos creaturas de Dios, sino precisamente porque lo somos, mis prójimos y yo e incluso -por muy grande que sea la diferencia- los animales poseemos una dignidad que ha de ser respetada. El mandato "¡Llenad la tierra y sometedla!" que aparece en el relato de la creación (Gn 1,28) no puede entenderse como una carta blanca para la desenfrenada explotación y destrucción de la naturaleza y el medio ambiente... y mucho menos en una época de desilusión a la vista de los «límites del crecimiento». Creer en el Dios creador me permite asumir con mayor seriedad, realismo y esperanza mi responsabilidad por mis prójimos, por el medio ambiente y por las tareas que me han sido asignadas."

(Hans Küng, *El principio y fin de todas las cosas. Ciencia y religión*, Madrid, Trotta, 2007, págs. 126-128).



Cuestiones para el grupo

1. ¿Qué significa para nosotros creer en Dios Padre? ¿Ocupa esta creencia un lugar central en nuestra vida?
2. ¿Cómo podemos pensar como cristianos en la omnipotencia de Dios a la luz de los textos aludidos en el párrafo 4 de esta Introducción (especialmente Mc 14, 36; Mt 27, 39-50; I Cor 15, 19-28; Lc 12, 7, y Mt 10, 19-20)?
3. La fe en Dios como creador del universo, ¿produce en nosotros inquietud intelectual? ¿Encontramos alguna respuesta?

Lectura propuesta para todos

La presentación del tema que aparece en el documento entregado y en la que aparece una introducción clarificadora y una síntesis del texto *"El principio de todas las cosas"*

Libros recomendados

Para el tema "Padre" "todopoderoso": Hans Küng, Credo (Madrid, Trotta, 1997), pgs. 33-36 (se adjunta documento).

Para el tema "Creador del cielo y de la tierra": Id., El principio de todas las cosas. Ciencia y religión (Madrid, Trotta, 2007), pgs. 119-128

Notas metodológicas

- *A nivel personal*: Convertir el texto con los puntos para la oración en motivo de reflexión y oración permanente, buscando cada día algún momento de silencio para ir conociendo y amando más a Jesús y buscando lo que él quiere de mí.
- *Diálogo matrimonial*: que nos ayude a compartir la fe e ir consiguiendo un clima de oración conjunto.
- Reflexionar individualmente sobre las preguntas antes de leer el texto, para poder profundizar y compartir a la hora de las reuniones de grupo.
- Después de la oración inicial, el Coordinador invita a hablar a los que desean contestar a las *Cuestiones* antes indicadas. Después, modera un *diálogo abierto* sobre el tema y su aplicación cristiana para nuestra vida.



Comunidad Cristiana Ntra. Sra. del Recuerdo

Diciembre 2008, 3ª reunión

CREO EN JESUCRISTO, SU ÚNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR

LA ORACIÓN

Creo en Dios, Padre bueno, creador de un mundo no terminado en el que todos podemos participar porque es nuestra casa.

Creo en Dios, Padre fiel y misericordioso, que nos ha hecho hijos suyos y quiere que seamos libres y fraternales, iguales en nuestra diversidad, y no pobres y ricos, amos y esclavos, superiores e inferiores.

Creo en Jesucristo, que vio la situación de este mundo y tomo partido ante ella, comprometiéndose a dar la vida por nosotros y por el Reino de Dios.

Creo en Jesucristo, que resucitó para el triunfo de la vida, para que nos liberemos de los prejuicios, de la avaricia y de la presunción, del miedo y del odio; para que transformemos el mundo en signo y primicia de su Reino.

Petición (*Propia de todo el mes*)

¿Quién eres para mí, Jesús? Ayúdame a descubrirte, no me ocultes tu rostro. Te busco, Señor, y a veces me cuesta encontrarte. Pero Tú estás en lo más profundo del hombre y te haces presente cuando te buscamos con sincero corazón. ¡Ven Señor Jesús y déjame llenar por Ti!

Puntos para la oración

Creo en Jesús-Cristo

Después de la Resurrección, los apóstoles y los discípulos descubren que Jesús, su amigo, el hombre que pasó por la vida haciendo el bien, y al que habían seguido, no era un hombre más. Dios lo había resucitado de entre los muertos y está vivo. No están solos, tienen la certeza de que está a su lado.

Es un movimiento ascendente. Del hombre "Jesús de Nazarét", la fe, a la luz de su vida, su muerte y su resurrección, se atreve a proclamar que es el Hijo de Dios, el Cristo, el Ungido, el Enviado.

Hoy nosotros, cristianos del siglo XXI, confesamos también que creemos en Jesús el Cristo, cuya vida, desde el fondo de la tierra y desde Dios, sigue anunciando que ninguna criatura está nunca sola, nunca está abandonada. Dios está con nosotros como estuvo Jesús con todos, empezando por el último. Y nos invita a hacerlo presente, a ser compañía y compasión de Dios entre los más pequeños y perdidos de este mundo. ¿Qué me cuestiona la fe en Jesucristo? Jesús le pregunta a sus discípulos ¿quién decís que soy Yo? (Mt 16,15) Hoy nos lo pregunta a nosotros: ¿Quién es para mí Jesús de Nazarét? ¿Tengo alguna experiencia que me haya hecho descubrir a Jesús como el Cristo? ¿En qué puede esto cambiar mi vida?



Verdadero hombre

Empezamos por afirmar que Jesús es verdadero hombre, nacido de mujer, que murió y fue sepultado en un momento concreto de la historia (en tiempos de Poncio Pilato, hacia el año 30 de nuestra era), hombre semejante en todo a nosotros menos en el pecado.

Fue bautizado por Juan, y en ese momento Dios se manifiesta “Este es mi Hijo” y Jesús descubre su verdadera vocación. Empieza a predicar que el Reino de Dios está cerca, que la actuación de Dios en el mundo comienza ya: que el Dios del perdón y del Amor, que recogen las Escrituras y que habló por los profetas, está actuando ya. “El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva”.

Pasó por la vida haciendo el bien. Su opción: los más pequeños, los más pobres, los más necesitados de la sociedad. Se acercaba a todos, comía con pecadores, (lo que suscitaba el escándalo entre las autoridades religiosas), nos decía que no necesitan médico los sanos sino los enfermos. Era un hombre como nosotros, pero entregado a los demás hasta dar la vida. Vive en profunda intimidad con Dios, se dirige a Él llamándole Abba (palabra que expresa una relación muy íntima y cercana) y continuamente se retira a orar buscando la voluntad de Dios para su vida, y desde esa cercanía del Padre anuncia el Reino de Dios, que es Dios mismo. Pertenecer al Reino, dejar que Dios actúe sobre nosotros es aceptar el mensaje de Jesús. Pero ¿con qué autoridad predica Jesús? (Mt 21,23-27) ¿Por qué nos tenemos que fiar de su palabra? Jesús es tan desconcertante que a todos cuestiona. ¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro? (Lc 7,19). Y Jesús responde “los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia la Buena Noticia: y ¡dichoso aquél que no halle escándalo en mí! (Lc 7,22-23). Si yo hubiera conocido al Jesús histórico ¿qué pensaría de él? ¿Es comprensible la controversia que suscitaba? ¿Qué significado tiene para mí que Jesús sea verdadero hombre? ¿Lo acerca más a mi vida?

Hijo único de Dios

Creo en Jesús, el Hijo único. Y en su filiación descubrimos la filiación universal que todos hemos recibido y a la que todos estamos llamados. “*Vosotros habéis recibido un Espíritu que os hace hijos adoptivos y os hace exclamar Abba, es decir Padre*” (Rm 8,16). Él nos llama a querernos como somos y amar a los demás como son, y a reconocer en ellos la misma dignidad de hijos de Dios. ¿Qué significado tiene para mí sentirme hijo de Dios? ¿A qué me compromete?

Jesús tiene autoridad en su palabra y en sus hechos ¿sabía Jesús que era Dios? En su oración continuaba experimentaba a Dios como Padre, así lo atestigua su forma de llamarlo – Abba – y se supo plenamente amado, fundado, afirmado, enviado y sostenido por Dios en todo momento. Su intensa vida de predicación y entrega provocaba entusiasmo (“todos te buscan” Mc 1,37) y también sospecha y confrontaciones (“está fuera de sí” Mc 3,21): le querían despeñar (Lc 4,28-30). Sin embargo Jesús sólo buscaba cumplir la voluntad del Padre que no era de poder sino de servicio y entrega y empezando siempre por los más pobres y necesitados de la sociedad. Supo huir de la “vana” gloria que le ofrecían los hombres y tuvo fuerza para aceptar el rechazo total y la muerte en cruz por mantenerse fiel en hacer visible el Reino de Dios. Fue tentado en el desierto, ofreciéndole honores, pero el



verdadero proyecto de Dios es el de la entrega incondicional aunque pueda costar la vida. Y Jesús es fiel hasta el final.

Predicó las Bienaventuranzas como signo del Reino y camino de salvación. Él mismo fue "bienaventurado", pobre, con hambre y sed de justicia, sembrador de paz, limpio de corazón, que lloró amargamente por el rechazo de los hombres, pero que murió perdonando, entregando su vida al Padre que lo resucitó y lo restauró como "Hijo Único". Él supo leer la ley, inscrita en el corazón del hombre, y darle cumplimiento. Esta Ley que no es otra que el Amor de Dios que se ha derramado en nuestros corazones para a su vez ser derramada entre nosotros, pues sólo entregando el amor, se tiene en abundancia. ¿Cómo entiendo y pongo en práctica el mandato del Amor? ¿Es lo mismo que cumplir las Bienaventuranzas? ¿Es el que ama Bienaventurado? ¿Qué experiencia tengo de amor incondicional y gratuito? ¿Intento darlo? ¿Lo recibo? ¿Me siento amado, querido y buscado por Dios? ¿En qué cambia esto mi vida? En Jesús, Dios acompaña y habita de lleno a cada criatura. En Jesús, Dios se hace uno de nosotros y comparte nuestra pequeñez, para que nosotros, poco a poco, descubramos ese Dios que está en lo más profundo de nuestro corazón y lo podamos hacer visible en el mundo que nos rodea.

Verdadero Dios

Después de haber recorrido la vida y obra de Jesús, de haberlo entregado a la muerte, Dios lo resucita, lo exalta y le da el Nombre sobre todo nombre (Flp 2, 9-11). Sólo a la luz de la Resurrección los discípulos confiesan que Jesús es el Señor. Primero el Centurión, testigo presencial de su muerte lo proclama como "Hijo de Dios" (Mc 15,39). María Magdalena lo busca entre los muertos (Lc 24,5), lo encuentra vivo y lo llama Maestro "Raboni" (Jn 20,16) Juan le reconoce como "el Señor" (Jn 20,17) y Pedro salta de la barca a su encuentro. Tomás exige comprobar que el Crucificado es el Resucitado y no esta dispuesto a creerlo si no introduce su mano en su costado y sus dedos en sus manos y pies. Tomás exclama "Señor mío y Dios mío" (Jn 20,28)

Todos creen ver al Resucitado pero Jesús nos regala la última bienaventuranza dirigida a los cristianos de todos los tiempos "Dichosos los que no han visto y han creído" (Jn 20,29). Somos nosotros los dichosos porque hemos creído en el testimonio de los apóstoles. No somos testigos históricos de Jesús pero confesamos que Él está vivo, nos relacionamos hoy, aquí y ahora con Él, lo sentimos presente en nuestras vidas, en nuestro mundo y sacramentalmente en la Eucaristía. Es su presencia la que nos hace seguir su camino, y nos hace que tengamos que ser los testigos de hoy. Nosotros hemos recibido una fe y una tradición que hemos de pasar a los que nos siguen. Para ello es importante descubrir a Jesús Resucitado que se nos acerca y acompaña, sobre todo "al partir el pan". ¿Dónde busco a Jesús? ¿Tengo experiencia de haberlo encontrado alguna vez? ¿Creo que Él me puede salir al encuentro?

Jesús nos hace visible el rostro de Dios, es Dios: "quién me ve a Mí ve al Padre". La imagen de cómo es Dios sólo la podemos conocer a través de Jesús, sólo Él nos muestra que Dios es AMOR, que no hay fuerza más poderosa, y a la vez más frágil que el Amor, frágil en su nacimiento en un pesebre y frágil en su muerte en una cruz. Este Amor se hace entrañablemente cercano al dolor, la injusticia y el sufrimiento de todo hombre, por lo que el hombre es Bienaventurado.

Misterio de Dios, misterio del hombre



Todo hombre, de cualquier cultura o momento histórico, se hace preguntas acerca de la vida, el amor, la justicia, la belleza, la muerte..., y a veces no encontramos respuestas. Desde nuestra finitud y pequeñez no sabemos afrontarlas. Es, mirando a Jesús, Dios y hombre, desde donde adquieren sentido. ¿Cómo responde Jesús a esas cuestiones? ¿Cuál es el sentido de su vida? Y yo ¿cómo las respondo? ¿Puedo asumir la vida como entrega a Dios y a los hombres y la muerte como expresión máxima de entrega por amor? El Amor es el motor de la vida de Jesús, su referencia, su unión con Dios y con los hombres y su único mandato *"amaos como yo os he amado"* ¿Cómo hago realidad en mi vida este mandato?

La justicia retributiva es superada por Jesús por el perdón y la misericordia. Jesús es intransigente con el pecado pero absolutamente misericordioso con el pecador. La bondad del viñador que paga igual al trabajador de la primera hora que al de la última, la misericordia del Padre bueno que restaura y perdona al hijo pródigo, son parábolas que no acabamos de entender, y sin embargo son las que nos muestran como es realmente el corazón del Padre. La justicia de Dios no es como la nuestra, es esa mano tendida al hombre que lo rescata y lo levanta de su condición. ¿Es el corazón de Jesús el único que entendió el Amor de Dios? A pesar de la dificultad ¿intento parecerme cada vez más a ese corazón misericordioso? ¿Cómo es mi perdón?

Dios es un misterio para el hombre y el hombre es un misterio para si mismo. El deseo de infinitud y trascendencia pertenece a la condición humana y esa sed de infinito nada finito la puede saciar. Para Jesús sólo el Padre colma sus deseos absolutos de Verdad, Bien y Belleza ¿qué dios o que dioses colman mis deseos? ¿Es precisamente en ese deseo de infinitud y trascendencia donde podemos reconocer que somos imagen y semejanza de Dios?

La condición absoluta del hombre es su dignidad como persona, su libertad, su dimensión relacional. El concepto cristiano de persona es la relación. Las tres personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo son relacionales y la relación del hombre con Dios es la raíz de su ser personal. El hombre es el único ser de la creación que es más que su propia naturaleza, que su propia biología ¿La dignidad del ser humano está en su mera existencia? ¿Puedo considerar al hombre como un medio y no como un fin en si mismo? ¿Puedo concebir al hombre sin relacionarse y sin referencia a Dios? ¿Es para mí, como cristiano, una experiencia real y misteriosa mi relación personal con Dios?

Para orar.

¡Credo Domine!

Creo que estás en lo más profundo de mí ser. Habla, Señor, que tu siervo escucha. Tu siervo escucha...habla, Señor.

Habla, di la palabra creadora, la que hace lo que dice, la que creó el mundo, la que se encarnó y lo salvó.

Esa misma palabra que habita en el fondo de mi alma – tan silenciosa...porque yo no soy digno de oírla – pero que quiere hablarme.

Quiero oírte, Señor, Palabra que fuiste desde el principio, por quién fueron hechas todas las cosas.

Di esa palabra. Hazte sentir...que tu siervo escucha. Quiero oírte. ¡Habla!

(P. Arrupe)



LA REUNIÓN

Oración inicial del grupo

A. *Invocación inicial* (Contáguenos la fe sencilla de María)

Todos: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Lector: Estamos en los inicios del Adviento, tiempo de esperanza y en el seno de María crece el fermento de un mundo nuevo, el hijo del Dios vivo que llega a compartir con nosotros. Nace Emmanuel, Dios-con-nosotros, hecho niño, pobre, pequeño y necesitado. María nos enseña el camino para hacer nacer a Jesús en nuestro tiempo: confianza, entrega, fidelidad, coraje y mucha fe en el Dios de la Vida. Tiempo de espera, de atención y cuidados, de respeto y contemplación.

Señor, hay mucho dolor en nuestro tiempo; hay sufrimiento e injusticia; ayúdanos a sembrar semillas de esperanza.

Todos: Te pedimos Señor en este Adviento que descubramos la alegría de la paciente espera, activa y fecunda, comprometida por la vida de los que nos rodean. (Breve pausa)

B. *Lectura del texto bíblico* (Carta del Apóstol San Pablo a los Filipenses 1, 4-6. 8-11)

“Hermanos: Siempre que rezo por vosotros, lo hago con gran alegría. Porque habéis sido colaboradores míos en la obra del evangelio, desde el primer día hasta hoy. Esta es nuestra confianza: que el que ha inaugurado entre vosotros una empresa buena, la llevará adelante hasta el día de Cristo Jesús. Testigo me es Dios de lo entrañablemente que os quiero, en Cristo Jesús. Y ésta es mi oración: que vuestra comunidad de amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores. Así llegaréis al día de Cristo limpios e irreprochables, cargados de frutos de justicia, por medio de Cristo Jesús, a gloria y alabanza de Dios.”

C. *Espacio de oración personal.*

Tiempo de silencio para interiorizar la Palabra y, en su caso, libremente, oración en voz alta de los miembros que lo deseen

D. *Rezo del Salmo 24*

Lector: Señor, enséñame tus caminos. Instrúyeme en tus sendas, haz que camine con lealtad; enséñame, porque tú eres mi Dios y mi Salvador.

Todos: Señor, enséñame tus caminos

Lector: Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas; acuérdate de mí con misericordia, por tu bondad, Señor.

Todos: Señor, enséñame tus caminos.

Lector: El señor es bueno y recto, y enseña el camino a los pecadores; hace caminar a los humildes con rectitud, enseña su camino a los humildes.

Todos: Señor, enséñame tus caminos.

E. *Oración final*

MI ORACION A TI



Dame la fuerza que necesito para mis alegrías y mis preocupaciones.
Dame la fuerza que haga fructífero mi amor en el servicio.
Dame la fuerza de no negar nunca a los pobres.
Dame la fuerza necesaria para no doblar mi rodilla ante poderes extraños.
Dame la fuerza que necesito para elevarme sobre las trivialidades cotidianas.
Dame la fuerza que necesita mi fuerza para someterse a tu voluntad.

Rabindranath Tagore

Presentación del tema

1) **El Credo resume nuestra fe y éste es uno de sus enunciados más nucleares.**

El Símbolo de los Apóstoles formula esta **verdad de fe** diciendo:

“Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen”

El credo Niceno-Constantinopolitano la formula de este modo:

“Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quién todo fue hecho; que por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre”

Para nosotros es importante, no sólo proclamar, sino también meditar, conocer, hacer nuestras y, en la modesta medida en que podamos, explicarnos las verdades del Credo. Por la fe aceptamos esas verdades y como creyentes cristianos nos tenemos que cuestionar en qué medida, todavía hoy y en nuestro mundo, esas verdades pueden afectar a nuestra vida, pueden darle sentido y transformarla.

Jesús, su carácter humano y a la vez divino, su encarnación y su resurrección, tienen mucho que ver con nosotros. ¿En qué medida, por qué y de qué manera? ¿Qué nos revela Jesús de Dios? ¿Por qué decimos que Jesús es Dios encarnado?

En definitiva y resumidamente, confesamos que Jesucristo es

VERDADERO DIOS (CRISTO) Y VERDADERO HOMBRE (JESUS)

Se da una unidad plena entre Cristo y Jesús.

2) **Es necesario que cada creyente haga suyas las verdades reveladas.**

El Espíritu sigue guiando a los discípulos de Jesús de cada momento histórico hacia la verdad completa; todo el tiempo de la Iglesia se encuentra en un



estado de constante acogida y recepción de la revelación, y en este sentido podemos decir que la revelación continúa ya que cada creyente, cada pueblo, cada cultura, cada tiempo de la historia, ha de dar rostro a la inagotable riqueza de Cristo, que es para nosotros pasado, presente y futuro, por lo que la significación de la revelación nunca se agotará. La palabra de Dios tiene que responder todavía a innumerables preguntas que el hombre no cesa de plantearse¹.

Cada momento histórico nos cuestiona de forma diferente. La ciencia ha hecho descubrimientos, ha dado respuesta a unos problemas pero han surgido otros nuevos. Es un progreso consustancial con el ser humano en el que unas respuestas abren a multitud de nuevas preguntas, y esto se da en todos los órdenes, también en el de la fe en el que ninguna verdad encierra TODA LA VERDAD, sino que nos abre a nuevas preguntas que han de ser planteadas con todo rigor y profundidad y respondidas a la luz de la revelación pero también desde la radicalidad de la filosofía y con la creatividad de la cultura, ya que razón y fe no pueden ir separadas porque la fe pide ser entendida².

Jesús nos revela a Dios: la revelación se da cuando hay alguien que la recibe, luego la recepción forma parte de la misma revelación. Aunque la revelación ha concluido con Jesucristo en su fase constitutiva, en su fase de recepción, en cambio, continúa a lo largo de toda la vida de la Iglesia y no acabará hasta que el último hombre haya puesto su fe en ella³. La revelación en el A.T. a través de los profetas prepara la revelación de Jesucristo en el N.T. y esto es lo que vamos a escrutar: nuestra fe en Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre.

3) La indagación sobre la historia de Jesús es necesaria. La fe la reclama, aunque se sitúa más allá de ella.

Si Jesús es "verdadero hombre", hemos de ir a la historia de su vida, muerte y resurrección narrada en los relatos evangélicos escritos a la luz de la resurrección. Historia y fe son inseparables.

En el s. XVIII la historia se convierte en ciencia. Ello da lugar, en la investigación bíblica, al "método histórico-crítico". En el s.XIX, por diversas razones (quizás, sobre todo, por el positivismo imperante y por un afán emancipador, heredado de la Ilustración y modulado en gran medida en oposición a la conciencia religiosa) la crítica hacia las principales verdades de la fe es muy dura y rigurosa. Los relatos evangélicos resultan sospechosos para los investigadores histórico-críticos, ya que son testimonios de fe. Surge así la conciencia de una oposición entre fe e historia, conciencia que lleva, por ejemplo, al teólogo protestante Rudolf Bultmann a establecer una muy conocida (y hoy nos parece que demasiado exagerada) distinción entre "el Jesús de la historia" y "el Cristo de la fe".

Actualmente los resultados históricos son bastante reconfortantes. Cuanto más profunda y científicamente se conoce la historia neotestamentaria, más se agranda la figura de Jesús. La historia aporta signos significativos para la fe. Entre fe e historia debe haber un intercambio constante. El creyente es una sola persona que no se puede desdoblar en historiador y creyente. Pero, si la fe no se puede fundar sobre mitos ni mentiras (y por eso tiene gran valor la

¹ ib.

² S.Agustín

³ B.SESBOÜÉ, *Creer*, San Pablo 2000



crítica bíblica), tampoco consiste simplemente en el reconocimiento de los hechos empíricos de que podemos tener conocimiento histórico riguroso. En la resurrección de Jesús, su divinidad y su carácter salvador se puede o no creer. La fe tiene que tener una base histórica, aunque el creyente sólo da el salto a la fe desde la libertad.

4) Por la revelación afirmamos que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre.

a) Confesamos que Jesucristo es hombre porque compartió nuestra condición humana, penetró en la historia, y fue la historia de Jesús, como hombre que pasó haciendo el bien, la que hizo que los discípulos le proclamaran Cristo y Señor⁴.

También el Credo hace mención a su paso por la historia al confesar que fue crucificado muerto y sepultado en tiempo de Poncio Pilato.

Jesús es cuerpo humano y todo lo que dice y hace pasa por su cuerpo: su palabra, su voz, su tacto (toca y se deja tocar) sus comidas (momento de convivencia y comunión que anuncian la última cena, compartir la palabra y celebrar la Eucaristía).

A través de los evangelios vemos la vida pública de Jesús, sus enseñanzas, sus signos, la venida del Reino, cuya utopía no queda relegada al final de los tiempos sino que se hace realidad y presencia en Jesús (Mt 11, 3-5).

Jesús es el Pro-existente, vive para los demás: el servicio de Jesús para Dios y para los hombres es uno, por eso responde al letrado que le pregunta cuál es el mandamiento principal de la ley "Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente". Este es el principal y primer mandamiento. El segundo es semejante a este: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". (Mt 22, 37-39).

Jesús es verdadero hombre y Hombre verdadero, es creíble y da fundamento a nuestra vida, al misterio del hombre que se pregunta acerca de su existencia, que a través de la ansiedad que provoca la experiencia de la finitud, le permite alcanzar la visión de Dios. La revelación de Jesús responde a las preguntas sobre "nosotros mismos"⁵.

"Jesús es verdadero hombre; en él ha aparecido lo que es realmente ser humano: solidario, compasivo, liberador, servidor de los últimos, buscador del reino de Dios y su justicia... [Pero también] es verdadero Dios; en él se hace presente el verdadero Dios, el Dios de las víctimas y los crucificados, el Dios Amor, el Dios que sólo busca la vida y la dicha plena para todos sus hijos e hijas, empezando siempre por los crucificados"⁶

Jesús es el Pro-existente, "que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre". Es, pues, también el Pre-existente, "Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado de la misma naturaleza que el Padre por quien todo fue hecho".

⁴ B.SESBOÜÉ, *Creer*, San Pablo 2000

⁵ P.TILLICH, *Teología sistemática I*, Sígueme. Salamanca 1981

⁶ ib



b) Confesamos que Jesús es verdadero Dios:

Para los seguidores de Jesús, decepcionados tras el fracaso de la cruz, el encuentro con el Resucitado fue una experiencia fundante, iluminadora y transformadora. Esa experiencia pascual les hizo ver que toda la vida y predicación de Jesús estaba avalada por Dios. No hay duda, el mensaje de Jesús, su vida y su enseñanza, no era una ilusión abocada en fracaso, su "Abba" lo ha resucitado demostrándonos que era su verdadero Hijo.

Los Apóstoles se transforman de hombres decepcionados y asustados en proclamadores entusiastas de la resurrección de Jesús. El contenido de sus predicaciones son las primeras confesiones de fe, recogidas en discursos en forma de relato. No hay palabras para narrar un hecho único y extraordinario como el de la Resurrección, que significa que Jesús ha sido elevado y recibido en la misma gloria de Dios. Si está sentado a su derecha (Mc 14,62; He 1,3) es que Dios lo trata como igual.

San Pablo pasa también de ser perseguidor a ser seguidor de Cristo. Trasmite la confesión de fe recibida y anuncia su propia experiencia de que el Crucificado es el Resucitado. "Se apareció a Cefas, a los Doce, a quinientos hermanos a la vez, a todos los apóstoles y en último término se me apareció también a mí,..." (1Cor 15, 5-8)

La reflexión de los apóstoles y primeros discípulos de Jesús sobre quién era Jesús; de donde venía, y cual era su relación con Dios se planteó como una necesidad a partir del mensaje de su resurrección. Su proceso de indagación sigue un itinerario curioso, porque parte de la experiencia de la resurrección, es decir, del fin de la existencia humana de Jesús, para preguntarse sobre su comienzo y su origen.

Para el creyente de hoy también es importante tratar de comprender el sentido de los textos del Nuevo Testamento haciendo este recorrido y descubrir el proceso por el que las primeras comunidades cristianas llegan a proclamar que un hombre de nuestra raza, manifestado en nuestra historia, es el Hijo de Dios, es Dios. ¿Qué hay que entender por ese "es"? Reconozcamos la enormidad de tal afirmación y la dificultad de fondo que plantea. ¿Es posible, es pensable racionalmente, el que un hombre sea verdaderamente Dios, sin recaer en una mitología de tipo primitivo? Ese "es" no puede afirmarse sino en la fe. Por parte de Jesús, tiene por contenido todo el peso de su existencia.

La cristología primitiva presente en los escritos del Nuevo Testamento es taxativa. Nos dice: de *ese hombre*, Jesús de Nazaret, la fe, a la luz de su vida, su muerte y su resurrección, se atreve a afirmar que es el mismísimo Hijo de Dios.

Los cristianos no han aplicado a Jesús un título de Hijo de Dios tomado de tal o cual religión antigua, sino que, al término de una existencia excepcional, a lo largo de la cual Jesús se ha llamado a sí mismo el Hijo, y se ha comportado como tal, ***los cristianos han expresado su experiencia de fe proclamándolo Hijo de Dios.***

Confesar a Jesús verdadero Dios y verdadero hombre es fundamental para nuestra vida porque Jesús nos revela el misterio de Dios y el misterio del hombre. "En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...). Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (GS 22).



El hombre es para sí mismo un enigma, un misterio, que en el misterio de Jesucristo puede ser comprendido. Cristo es el nuevo Adán porque es la nueva creación del hombre. Cristo es el hombre nuevo que da sentido a la humanidad, revelando al Dios creador como Padre que crea al hombre por Amor, para que el hombre sea feliz, tenga vida en abundancia y pueda anticipar ya el Reino de Dios si busca la justicia y siembra la paz. Construir este Reino es la vocación sublime del hombre que Jesucristo nos ha manifestado.

De Dios confesamos lo que conocemos porque Él mismo nos lo ha revelado. Él se nos ha dado a conocer en Jesucristo: "quien me ha visto a mí ha visto al Padre" (Jn 14, 9). Dios nos lo tiene dicho todo en Jesucristo y lo revelado afecta a nuestra vida. No se trata de satisfacer la simple curiosidad intelectual de cómo es Dios, sino de penetrar en el Misterio de Cristo, que nos revela el verdadero rostro de Dios y nos invita a comprometernos en la tarea de hacer presente su Reino.

Como afirma rotundamente J. Ratzinger: "Cristo es el Hijo único del Padre. En él Dios está realmente como hombre entre nosotros. En el hombre Jesús está eternamente Dios mismo, Él mismo es Dios, no una forma de revelación de Dios, sino Dios, el único y sin recambio".⁷

5) Creemos en Jesús, Hijo único de Dios.

Jesús es, para los cristianos, Hijo **único** del Padre.

Eso significa que no nos pertenece en exclusiva. Es el Salvador de todo el género humano. Es, por tanto, una referencia universal.

Ciertamente, hay otras tradiciones religiosas, otras fes, que pueden acercar al hombre a Dios, mostrarle aspectos muy valiosos de su Realidad. El cristiano ha de respetar y valorar a los creyentes de esas otras religiones, convivir en caridad con ellos y, si llega el caso, colaborar junto con ellos al servicio del hombre y del reconocimiento de la Trascendencia en un mundo secularizado como el nuestro. Pero sólo reconoce el verdadero rostro de Dios, su revelación completa, en Jesucristo, Hijo único de Dios, Dios y hombre verdadero, de la misma naturaleza que el Padre.

Cuestiones para el grupo

1. ¿Qué es para mí ser hombre? ¿Cómo responde Jesús a este enigma?
2. ¿Es para mí la verdad fundamental que Jesús es Verdadero Dios y verdadero hombre? ¿Sería lo mismo si fuese sólo hombre, o sólo Dios?
3. ¿Jesús da sentido a mi vida? ¿Me da fundamento para vivir y esperanza para morir? ¿Cómo doy razón de lo que creo (1Pe 3,15-16)?

Lectura propuesta para todos

La presentación del tema que aparece en el documento entregado
Fotocopia del capítulo 16 del libro "**Creer**" de *Bernard Sesboué*.

Libros recomendados:

⁷ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Sígueme. Salamanca 2005



B. SESBOÜÉ, Creer, San Pablo, Madrid 2000

J. RATZINGER, Introducción al cristianismo, Sígueme, Salamanca 2005



Comunidad Cristiana Ntra. Sra. del Recuerdo
Enero 2009, 4ª reunión

FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO Y NACIÓ DE STA. MARÍA VIRGEN

LA ORACIÓN

María era tu nombre. Y tu corazón virgen.

Tu puerta abierta ha dejado entrar la brisa suave de un Dios- contigo.

Te has turbado al enfrentarte con las aguas. Has hallado gracia a los ojos de Dios. Tu seno dará a luz a un hijo. Le llamarás Jesús y será grande.

Tuyo y del Altísimo.

Tu gota de agua dulce caerá en el mar salado de Dios.

Las playas tuyas y de tu hijo no tendrán fronteras. ¿Cómo será?, has dicho.

¡ Espíritu Santo sobre ti y el poder de Dios como un velo.

Te ha dejado el ángel.

Y los vientos y los mares repiten – ola a ola, brisa a brisa - : "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra".

(Orar a pie descalzo; E. Mazariegos)

Petición (Propia de todo el mes)

Envía, Señor tu Espíritu. Que su presencia ilumine nuestra vida, que la llene de su gracia. Que mueva nuestros corazones hacia Ti y que, a semejanza de María, podamos decirte Si hasta el final.

PUNTOS PARA LA ORACIÓN:

Concebido por obra del Espíritu Santo

La encarnación de Dios en el hombre Jesús es inseparable de la Revelación. Dios se hace hombre para salvar al hombre **"Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (Ef 1,9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina" (Ef 2,18; 2Pe 1,4)**

Cuando María objeta al plan de Dios mencionando su virginidad, el ángel le asegura la asistencia del Espíritu de Dios: le promete su presencia y una actuación creadora; y porque está llena de su Espíritu, la Virgen concebirá a Dios. Todo nacimiento es por obra de Espíritu Santo. Ningún nacimiento, ninguna concepción, fecundación (ya sea de modo natural, ya en laboratorio debido a los avances de la ciencia) es posible si Dios no lo quiere, si el Espíritu Creador no actúa. En el Credo decimos "fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo". Esto no ha de entenderse en un sentido biológico o en un momento cronológico puntual, sino en todo su ser a lo largo de su vida. Jesús fue el portador del Espíritu, el que fue conducido por el Espíritu, el que en la Cruz entregó su Espíritu al Padre y a los hombres. Esta concepción por el Espíritu no indica un desprecio a la carne pues Dios es creador del cuerpo y el cuerpo es sacramento de Dios. Dios es la fuente de toda paternidad-maternidad humana, y la fecundidad de nuestra humilde carne en todas sus formas es expresión de Dios. Todo lo que crea y recrea la vida viene de Dios,

de su Espíritu Santo. El primer Pentecostés ocurrió en Nazarét, cuando María se declara dispuesta a cumplir un plan que creía imposible. El ángel le promete el Espíritu y ella obedece. Nada se le puede resistir al Espíritu de Dios (Lc 1,36) que hizo todo de la nada (Gn 1,2-3). Esa es la promesa de Dios para cuantos quiere a su servicio: por incapaces que nos sintamos, Dios se da a quien le escucha y está dispuesto a seguirlo. ¿Quién es para mí el Espíritu Santo? ¿Dónde descubro su acción? Jesús fue un hombre inspirado, habitado y movido por el Espíritu de Dios, y es ese Espíritu el que le hace llamar a Dios *Abba*. ¿Cómo me dirijo yo a Dios? ¿Cómo a un Dios personal y cercano? O por el contrario ¿lo veo inaccesible y lejano? ¿Qué significado tiene para mí decir que fue concebido por obra del Espíritu Santo?

Nació de María Virgen

Creemos que el Verbo, la Palabra, se hizo hombre y acampó entre nosotros, y no lo hizo de una manera excepcional, con poder o riquezas, sino desde la pequeñez, la pobreza, la humildad, casi en silencio. Es Dios con nosotros- Emmanuel- no el Todopoderoso, sino un constructor de paz y de justicia que nos invita a seguirlo. Dios se hace hombre para salvar al hombre, para que el hombre actúe y se comporte de otra manera. La encarnación es el gran misterio del Amor de Dios a los hombres, y es la única forma que ha encontrado Dios para, de una vez por todas, entrar en este mundo. Si hoy no lo hacemos visible tendremos que preguntarnos si no le estaremos fallando pues somos los llamados a encarnarlo en el mundo de hoy, a abrirle nuestro corazón para que en él encuentre cobijo.

Confesamos que Jesús es hombre verdadero, nacido de mujer, como todo hombre, es decir que su nacimiento no fue un acontecimiento "milagroso" y singular. Lo realmente extraordinario y misterioso es que Dios se hiciera hombre, compartiera nuestra limitación y nuestra pequeñez. "En todo semejante a nosotros menos en el pecado". Verdadero Dios y verdadero hombre, nacido de María para hacer posible nuestra redención. Hoy nosotros estamos también llamados a acoger, concebir, encarnar a Dios como lo acogió, lo concibió y lo encarnó María. *"María es santa porque ella acoge el don de Dios, su santidad no está en la perfección sino en acoger sencillamente la gratitud de Dios. Su virginidad no consiste en carecer de relaciones sexuales, sino en abrir cada día sus entrañas a Dios en pobreza, en libertad, en confianza. Así encarnó a Dios en su vida y en su carne. Jesús el hombre del Espíritu, es hijo de sus entrañas, y todas las entrañas como las suyas están llamadas a encarnar a Dios"* (J. Arregui, *La fe de Jesús nos sostiene*) ¿Soy para otros, signo y presencia de Jesús -Dios hecho hombre? ¿Dejo espacio en mi corazón para que nazca de nuevo cada día? ¿Qué es lo que me puede separar de Él?

La hemos proclamado Virgen Purísima y hemos de comprender la hondura de esta expresión. Teilhard de Chardin define la pureza como *"la rectitud y el impulso que en nuestras vidas suscita el amor de Dios: buscado no encima de todo y en cualquier parte"*. El origen está en Dios cuyo amor suscita en nuestras vidas la rectitud y nos impulsa a buscar ese Amor por encima de todo y en cualquier parte. Más adelante sigue diciendo Teilhard: *"La potencia de la pureza hace nacer lo divino entre nosotros. La pureza tiene el poder de condensar lo divino en torno a nosotros"*. María responde en plenitud a estos conceptos de pureza y es para nosotros un ejemplo a seguir. Dios nos amó primero ¿Busco por encima de todo el amor de Dios como respuesta? ¿He

experimentado que ésa es la condición para que nazca lo divino entre nosotros? ¿Me siento confiado y disponible para lo que Dios quiera de mí?

María, madre de Dios

María es engendradora de Dios, porque dio la vida a un hombre que era el Logos divino "nacido según la carne". Los cristianos reconocemos, desde los primeros siglos, a María como Madre de Dios en la persona de Jesús, Dios hecho hombre por nosotros. Por ella, por su SI a Dios se ha hecho posible la Redención. María se sentía tan llena de Dios que vivía en alabanza continua, descubriendo la bondad y la belleza del Creador en todo y en todos, ve a Dios porque es limpia de corazón y es también bienaventurada por escuchar la Palabra de Dios y ponerla en práctica. María es la criatura que ha hallado gracia ante de Dios. Dios la mira con predilección, porque nada hay en ella fuera del deseo de agradar a Dios, se fía plenamente de Él, sólo Dios ocupa su mente y su corazón.

Al aceptar el misterio y decir su "Fiat" pone en marcha el acontecimiento más grande y más importante de la humanidad. Dios, por medio de ella, se hace uno de nosotros, su maternidad nos abre el camino hacia Dios. Conoce la obra cumbre de la creación que es el hombre, dónde Dios ha volcado su imagen y su amor; que el hombre viva en plenitud es su mayor deseo. Por eso María mira al hombre con sus ojos misericordiosos y le muestra a Jesús su Salvador. Necesitamos la fe de María para poder sentirnos también nosotros portadores de salvación, para sentir que Dios nos necesita para encarnarse de nuevo hoy. Dios sigue empeñado hoy en buscar creyentes que, como María, le permitan entrar en sus vidas. María es la intercesora, la que nos acerca al Hijo, la Madre de Dios y Madre nuestra (Jesús nos la dejó en la Cruz). Con ella y a través de ella podemos acercarnos a Jesús ¿Cómo es mi devoción a María? ¿Rezo a María pidiéndole, como S. Ignacio, que nos ponga con su Hijo? ¿Es modelo para mí de fidelidad, apertura a Dios, entrega y servicio? ¿Vivo la alabanza con María? ¿Intento comprender la profundidad del Magnificat?

María, madre nuestra.

Nuestra devoción a María ha pasado por muchas etapas; desde nuestra niñez nos acogemos a ella como la madre buena que siempre disculpa, abraza, consuela. Pero esta imagen infantil ha ido madurando: María nos ha ido conduciendo a su Hijo suave y humildemente, nos ha hecho ver que, ella ha sido elegida para ser madre de Jesús, elegida para ser llena de gracia y que esta elección es un don recibido al que ella ha correspondido con su "fiat" ¿Para qué he sido elegido yo? ¿Cómo es mi respuesta? ¿He sentido llamadas que superan mis fuerzas? ¿He sabido recibir el don gratuito para aceptar la llamada?

Al pie de la Cruz, Jesús la confía al discípulo amado, y en esa expresión "ahí tienes a tu madre" acoge a toda la humanidad y nos la entrega como madre y modelo de seguimiento y de fe. En María descubrimos la fortaleza ante el dolor, la confianza plena y la vida puesta al servicio de Dios y de los demás. Con María uno se siente más fácilmente amado por Jesús; con ella la cruz no es escándalo, sino revelación de su amor extremo, con ella nos podemos sentir "discípulos amados" y permanecer a su lado también en la cruz. La escena de María con el discípulo al pie de la cruz es el relato de un nuevo comienzo para los que le fueron fieles en su hora: el discípulo se convierte en hijo y la madre de Jesús es madre de los que creen. La fidelidad

extrema, demostrada con la presencia ante la cruz, es el comienzo de una nueva familia cristiana. ¿Nos sentimos capaces de acompañar a María en la cruz? ¿Qué cruces descubrimos hoy en nuestro mundo? ¿Qué puedo hacer para aliviarlas? ¿Quiero apartar mi cruz? ¿Confío sólo en mis fuerzas? ¿Me abandono a la voluntad de Dios a pesar de los sobresaltos, vacíos y aparentes "silencios de Dios"? María nos comprende y acompaña siempre, nos sostiene en la debilidad, en el dolor, nos muestra a Jesús y nos dice "haced lo que Él os diga" (Jn 2,5). Cuando acudo a María ¿es su vida ejemplo para mí? ¿Es sólo la solución a mis problemas? ¿Miro las dificultades, incomprendiones y sufrimientos como ella "adorando y confiando"?

María, madre de la Iglesia

*"La última imagen que de María nos transmite el Nuevo Testamento, la definitiva, es la de quien vive entre apóstoles que rezan y esperan el Espíritu prometido (...) El camino iniciado en Nazaret, a solas con el ángel, condujo a María a la comunidad apostólica en el cenáculo de Jerusalén (...) Ello significa que la meta del camino personal de fe de María fue **vivir esa fe en común**. La María "cristiana" es la que vive entre apóstoles y comparte su oración. No hay camino de fe que no conduzca a la vida común, entre apóstoles que ya saben **dónde ir-al mundo- con qué-el evangelio-; pero aún aguardan**, mientras llenan su tiempo rezando juntos, **al Espíritu prometido**" (Dichosa tú que has creído. J.J.Bartolome)*

María con los apóstoles en Pentecostés es la imagen de la Iglesia naciente, ella pertenece, desde el inicio, a la vida de la Iglesia; comparte vida y la espera del Espíritu con los discípulos que van a ser enviados al mundo. El Concilio Vaticano II, en su constitución *Lumen Gentium*, *sitúa a María en el misterio de la salvación, en el cual tiene su puesto privilegiado, como Madre del Redentor. Al mismo tiempo, por su colaboración en la obra del Hijo es justamente la madre de todos nosotros en el orden de la gracia, y por su aceptación de la divina Palabra en la fe y en la obediencia, es el prototipo y modelo de la Iglesia.*

María es invocada como Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, sin embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador. La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador. (L.G.62)

El Concilio no duda en conceder el papel más importante, después de Jesucristo, a la Virgen María, su madre, como intercesora, modelo, la criatura más cercana a la divinidad que posee todas las virtudes y expresa todas las bienaventuranzas, por haber sido la elegida. Ella es la criatura perfecta porque siempre quiso lo que Dios quiere, y nos ayuda a discernir la voluntad de Dios poniéndonos con su Hijo y dándonos la fuerza para cumplir su voluntad como ella hizo, escuchando siempre su consejo "haced lo que Él os diga" (Jn 2,5) ¿Me siento Iglesia comunidad de creyentes? ¿Creo que es necesario vivir la fe en comunidad? María se reúne con los apóstoles en oración ¿hago mi oración como María? ¿Comparto mi experiencia de oración y de fe? ¿Confío en la Iglesia como lugar fundamental para vivir y compartir mi fe?

Para orar.

Decir tu nombre María, es decir que la pobreza compra los ojos de Dios.
Es decir que la Promesa sabe a leche de mujer.
Es decir que nuestra carne viste el silencio del Verbo.
Es decir que el Reino viene caminando con la Historia.
Es decir junto a la Cruz y en las llamas del Espíritu.
Es decir que todo nombre puede estar lleno de Gracia.
Es decir que toda suerte puede ser también su Pascua.
Es decir toda Suya, Causa de nuestra Alegría.

(PEDRO CASALDIGA. *Llena de Dios y tan nuestra*. Antología Mariana)

LA REUNIÓN

Oración inicial del grupo

Sugerimos hacer la oración del grupo compartiendo, brevemente, nuestra experiencia de fe, personal y en familia, en estos días en que estamos celebrando el Nacimiento del Hijo de Dios y la Epifanía.

Presentación del tema

La Iglesia confiesa que Jesucristo, Nuestro Señor, "fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen" (Símbolo de los Apóstoles). Confiesa igualmente que el que es "Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero...", "por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo, por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre" (Credo niceno-constantinopolitano).

Se trata de la tradición de fe de la Iglesia, en la que nosotros nos insertamos por el sacramento del bautismo y que cada domingo proclamamos como elemento nuclear del contenido de nuestra fe común. ¿Cómo podemos hoy entender esto?, ¿cómo podemos, no sólo confesarlo con la boca, sino prestarle también el "obsequio de nuestro entendimiento"?

Jesús, Dios encarnado

Los cristianos, desde los apóstoles y los primeros discípulos y discípulas, seguimos a Jesús de Nazaret, que predicó e hizo presente entre los hombres el Reinado de Dios. Vamos tras Él porque en sus palabras hay vida eterna (Jn 6, 68). Sabemos que fue perseguido, condenado y crucificado por las autoridades judías y romanas, pero –y eso constituye en núcleo de la fe, la experiencia pascual– también que Dios lo resucitó de la muerte (Hch, 13, 30) y que "nos asoció a su resurrección por la fe en la fuerza de Dios que lo resucitó a Él de la muerte" (Col 2, 12).

Confesamos que en ese Jesús es "en quien habita realmente la plenitud total de la divinidad" (Col. 2, 9). Por eso le reconocemos como "Mesías, Hijo de

universo y por quien existimos también nosotros (1 Cor. 8, 6).

Por eso el impresionante Prólogo del Evangelio de Juan no duda en presentarnos a Jesús como la Palabra que "existía desde el principio, estaba junto a Dios y era Dios" (Jn 1, 1). Esa Palabra se hace hombre, se encarna en el hombre concreto Jesús de Nazaret por nosotros y para nosotros, de manera que en Él, en su predicación y en su ejemplo, podemos reconocer la "luz verdadera que alumbra a todo hombre" (Jn 1, 9). Y es que -reafirma el cuarto Evangelio- "la Palabra se hizo hombre, acampó entre nosotros y contemplamos su gloria, gloria de Hijo único del Padre, lleno de amor y lealtad" (Jn 1, 14). "De su plenitud todos nosotros recibimos, ante todo un amor que responde a su amor" (Jn 1, 16).

Encarnación y vaciamiento (kénosis)

La Encarnación de Dios en Jesucristo es, pues, junto a la Resurrección, el centro del misterio de Cristo, un misterio de amor y de revelación de Dios. En realidad, "a Dios nadie lo ha visto; es el Hijo único, que es Dios y está al lado del Padre, quien lo ha explicado" (Jn 1, 18).

No cabe duda. La fe y la experiencia pascual nos abren los ojos para reconocer en Jesús al mismo Dios. Dios nos salva, no por la observancia de la Ley, sino por la fe en Jesucristo (Gal 2, 16). Una fe, en todo caso, que nos transforma y exige de nosotros, cuando menos, humildad y amor al otro (Fil 2, 3-4).

En efecto -y en esto se manifiesta el dinamismo radicalmente amoroso, de auto-vaciamento (*kénosis*), que guía la Encarnación-, "Él, a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos. Así, presentándose como simple hombre, se abajó, obedeciendo hasta la muerte, y muerte en cruz" (Fil 2, 5-8). El Amor de Dios por el hombre se pone, pues, de manifiesto en el misterio de la Encarnación y en el sacrificio de Jesús. Ante ese amor fundante y primero la respuesta humana no puede ser sino el amor mutuo y la fe en Jesús como Hijo de Dios: "En esto se hizo visible entre nosotros el Amor de Dios: en que envió al mundo a su Hijo único para que nos diera vida" (Jn 4, 9). "Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo para que expiase nuestros pecados" (Jn 4, 10). "Si Dios nos ha amado tanto, es deber nuestro amarnos unos a otros; a Dios nadie lo ha visto nunca; si nos amamos mutuamente Dios está con nosotros" (Jn 4, 11-12). "Si uno confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está con él y él con Dios" (Jn 4, 16).

Todos los escritos del Nuevo Testamento centran nuestra mirada en este núcleo fundamental del Misterio de Cristo: encarnación-vida-muerte-resurrección.

Nacido de María virgen

Entre todos los escritos neotestamentarios, sólo hay dos, los Evangelios de Mateo y de Lucas, que aluden a una intervención específica de Dios en la concepción y el nacimiento de Jesús.

En el relato del Evangelio de Mateo referente al nacimiento y la infancia de Jesús (Mt 1, 18- 2, 23) es evidente la intención de poner en relación ese acontecimiento con diversas profecías mesiánicas, siendo quizá la más

importante de las mismas la relativa a la concepción y el parto del Mesías por parte de una virgen (Mt 1, 18-25). A partir de ahí se entiende la narración de las dudas de José, la visita del ángel y su afirmación de que el niño que María ha concebido en su seno "viene del Espíritu Santo" (Mt 1, 20).

Este tema de la concepción virginal está también presente en Lc 1, 34-37. El ángel anuncia a María: "El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso al que va a nacer lo llamarán Consagrado, Hijo de Dios" (Lc 1, 35). Por cierto, Lucas añade una suerte de "justificación": "nada es imposible para Dios", que parece una cita del relato del nacimiento tardío de Isaac en Gn 18, 14.

Por lo demás, la Iglesia ha incluido la concepción virginal de Jesús en las más antiguas confesiones de fe. Desarrollado sobre todo desde principios del siglo III, se encuentra afirmado por los Padres de la Iglesia ya incluso desde Ignacio de Antioquía, a comienzos del siglo II.

¿Qué podemos y debemos pensar sobre ello?

Para intentar responder brevemente esta pregunta vamos a seguir, como marca la prudencia, la guía de dos teólogos actuales bien acreditados, representante cada uno de ellos de dos posiciones relativamente opuestas, aunque tan moderados ambos que sus diferencias son sólo de énfasis y de matiz. Intentaremos resumir sus posiciones, citándolos literalmente cuando ello sea posible. Se trata de Theodor Schneider y Bernard Sesboué, cuyos libros de referencia citamos al final.

Interpretaciones teológicas diversas

Vaya por delante que hay muchos teólogos y exegetas actuales que consideran que no es necesario, ni quizá en rigor justificado, entender literalmente la alusión de los Evangelios de Mateo y Lucas a un nacimiento virginal. Otros sencillamente omiten la cuestión, quizá por considerarla no central para una cristología actual. Lo cierto es que el tema de la concepción virginal de Jesucristo (¡a no confundir con la inmaculada concepción de María!¹) suscita entre muchos de nuestros contemporáneos no pocas dificultades.

Sesboué señala algunas de las objeciones formuladas por varios autores en relación con esta tradición. ¿No es fruto –se preguntan algunos– de un cierto menosprecio de la sexualidad? ¿No es –preguntan otros– una apropiación, y aun una copia, cristiana de mitos paganos de alumbramientos virginales de dioses y héroes? ¿Hemos de entender los relatos de Lucas y Mateo tal cual, como la narración fidedigna de lo que sucedió (cosa que ya no hacemos prácticamente ante ningún otro texto de la Biblia)? ¿O hemos de considerar, más bien, que la afirmación de la concepción virginal de Jesús es el vehículo narrativo por el que se nos transmite la verdad, central para la fe cristiana, de que el nacimiento de Jesús, Hijo de Dios, tiene valor de "nueva creación"? (Cfr. Sesboué, págs. 392-393).

Y es que, a la hora de hablar de la concepción virginal de Jesucristo, cabe interpretar las cosas de un modo más teológico, interpretativo, cristológico (que podrá ser tachado por los otros como sólo simbólico, demasiado

¹ Ésta se refiere –precisa Sesboué– al hecho de que "María fue preservada del pecado original desde el momento mismo de su existencia; no enseña en absoluto que la concepción de María fuera virginal" (Creer, págs. 381-82, nota 2). En este tema no se trata de este asunto.

‘literario’ y no ontológico) o de otro más realista, material (que tenderá a ser visto por los otros como biologicista, mitológico y no hermenéutico).

Es comprensible y legítimo, por tanto, que preguntemos a la teología si hemos de entender estos relatos como una elaboración teológico-narrativa a través de la cual se nos transmite la verdad revelada del carácter excepcional de Jesucristo, o si hemos de entenderlos de manera enteramente realista, o de algún otro modo.

Schneider nos contesta taxativamente: “Los capítulos iniciales de Mateo y de Lucas no son el primer capítulo de una biografía, sino composiciones teológicas construidas artificialmente, donde los evangelistas elaboran ciertas tradiciones sobre el nacimiento y los avatares de Jesús en perspectiva teológico-kerigmática [...]; no pretenden dar un informe histórico-biográfico, aún menos que otras perícopas sobre acontecimientos de la vida de Jesús. Son evangelio en versión abreviada” (Schneider, pág. 214).

Por su parte, Sesboüé subraya que se dan profundas semejanzas entre los relatos del nacimiento de Jesús y de la resurrección y, concretamente, entre los signos que visualizan la acción de Dios en ambos acontecimientos: la concepción virginal y la tumba vacía. “La venida y la partida de Cristo – precisa- están marcadas por el sometimiento de nuestra naturaleza común. Nace de una mujer, como toda auténtica generación humana; muere y es enterrado. [La concepción virginal y la tumba vacía] manifiestan, dentro mismo de los acontecimientos humanos que son el nacimiento y la muerte, el misterio de la trascendencia de esta existencia... [En todo caso] estos dos signos son signos segundos... Lo esencial no está en ellos: está en la realidad de la divinidad y de la resurrección de Jesús. Pero son signos de lo inexplicable y de lo no representable, ante lo cual el hombre no puede sino guardar silencio. Toda pregunta sobre el cómo no puede sino quedar sin respuesta” (Creer, págs. 394-5).

Las razones actualizadas de la concepción tradicional

Sesboüé, que en cierto modo representa una versión actualizada de la concepción tradicional, empieza por hacerse cargo de las razones de los teólogos menos realistas o biologicistas. Para ellos –reconoce- “la concepción virginal es un dato de los relatos de la infancia, relatos que son teológicos y no históricos. Expresan el modo en que la comunidad cristiana se ha *representado* el origen de Cristo y los redactores evangélicos han querido dar a entender que Jesús es el Hijo de Dios. Al igual que los relatos del Génesis, estos relatos no son históricos en el sentido documental de la palabra” (Sesboüé, pág. 397). En todo caso, sigue teniendo sentido, para los partidarios de esta postura, la afirmación de la concepción virginal en la medida en que es “un lenguaje que simboliza la realidad de la encarnación y la filiación divina de Jesús; en el que se puede ver también la consagración de la madre a su Hijo en una actitud de virginidad espiritual” (Ibid.).

Ahora bien, Sesboüé se inclina por una interpretación más tradicional, más corporalista. Argumenta que, en este caso como en el de la resurrección y la tumba vacía, todo parece diluirse demasiado si omitimos la relación al cuerpo, garantía de que resurrección y encarnación puedan ser “percibidas en su autenticidad, es decir, como algo que afecta a la condición concreta de nuestra humanidad”. “Sin la existencia de Jesús y de la fe en su relación única con Dios, al que llama Padre, estos dos signos [concepción virginal y tumba

vacía] –afirma Sesboüé– se diluirían en un elemento milagroso, sospechoso y carente de significación. Pero dentro de la fe –añade– se convierten en la revelación de que el orden de nuestro mundo (las leyes de la física y de la biología) no es la última palabra, ya que Dios ha puesto en él signos de la instauración de una nueva creación” (págs. 398-9).

Las razones de la interpretación menos realista

Una cosa es clara, en todo caso. Como señala Joseph Ratzinger, “la filiación divina de Jesús no se basa, según la fe eclesial, en que Jesús no tuvo un padre humano; la filiación divina de la que habla la fe no es un hecho biológico, sino ontológico... La fórmula de la filiación divina ‘física’ es en extremo desafortunada y equivocada” (J. Ratzinger, pág. 239. Citado por Schneider, pág. 226).

Por otro lado, afirma Schneider después de un minucioso análisis exegético que no podemos resumir aquí: “La idea de un nacimiento no normal no está respaldada por los datos bíblicos ni por los debates cristológicos sostenidos desde la primera época hasta finales del siglo II... Las primeras iniciativas dudosas para describir un nacimiento ‘milagroso’ partieron de apócrifos docetas hostiles al cuerpo” (Schneider, pág. 222-223).

En definitiva, concluye Schneider: “La confesión del Hijo como *nacido de la virgen María*... viene a decir que Dios mismo crea, con este niño, un nuevo comienzo salvífico en la historia de la humanidad..., que se debe a la iniciativa original de Dios, a su Espíritu vivificador... El enunciado sobre la concepción virginal no debe tergiversarse en la línea de un malentendido mitológico de la filiación de Jesucristo..., nada tiene que ver con la afirmación mitológica de un ser que es amalgama de lo divino y lo humano... Contra tal deformación en la línea de un semidiós engendrado por dioses, la cristología eclesial reaccionó con vehemencia desde los comienzos... Jesús no es ‘mitad Dios, mitad hombre’, sino que, según la doctrina de la fe, proclamada en múltiples ocasiones, es plenamente, sin dejar de ser hombre, hijo único de Dios” (Schneider, pág. 225-227). Por otro lado, la confesión del nacimiento virginal no puede significar un menosprecio del sexo: “Jesús no ingresó en la existencia humana naciendo de una virgen porque su procreación paterna hubiera sido un desdoro, mancha o deshonor para su madre o para él mismo. Hoy no se puede hablar en serio sobre tal motivación” (Schneider, pág. 230. Cita literal de K. Rahner, *Dogmatische Bemerkungen zur Jungfrauengeburt*, pág. 140).

En todo caso, afirma Schneider apoyándose en una oportuna apreciación de Karl Rahner sobre la “jerarquía de verdades”: “Si los propios expertos no están de acuerdo sobre la delimitación exacta entre el contenido y el esquema representativo en la idea bíblica del nacimiento de Jesús de la Virgen María, no es de extrañar que también el creyente normal experimente aquí inseguridades en la verificación personal de la herencia apostólica. Si, en una apertura fundamental al misterio de Dios en Jesucristo, se adhiere firmemente a la verdad primaria, las incertidumbres en enunciados secundarios no deben inquietarle demasiado” (Schneider, pág. 229-230).

“No se trata –continúa Schneider– de seguir la vía de una desmitologización a ultranza, afirmando que Jesús tuvo un padre humano como nosotros, José, y que todo lo demás es una piadosa leyenda” (Schneider, pág. 230). En todo caso, “el sentido exacto de la fórmula de fe bíblica ‘concepción virginal’ y de su historia, llena de tensiones, nunca ha sido objeto

de una aclaración definitiva por parte del magisterio" (Schneider, pág. 231). "Quienes sostienen que la expresión *nacido de la virgen María* implica una virginidad entendida en sentido fisiológico y literal... pueden apoyarse en los evangelios de la infancia de Mateo y Lucas, pero tropiezan con notables dificultades emanadas de la propia tradición bíblica. Aquellos otros que sostienen, apoyados en el testimonio bíblico global, que la interpretación netamente espiritual es la que mejor se ajusta a la línea de la tradición apostólica fundamental, *no atentan contra la fe de la iglesia...* pero también tropiezan con cuestiones tanto de la Biblia como de la tradición, que no se resuelven con ese modelo" (Schneider, pág. 231).

"Es posible –concluye, en todo caso, Schneider– un asentimiento inequívoco a la profesión de fe cristológica de la Iglesia sin una fijación definitiva del sentido de la 'concepción virginal' e incluso (como sugieren Pablo y el evangelio de Juan) sin mencionar el 'nacimiento virginal'" (Ibid.). "Al decir 'fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen –continúa–, afirmamos que el envío de Jesús tiene su raíz en Dios mismo, que Dios mismo inicia creadoramente la nueva existencia..., afirmamos que Dios nos sale al encuentro en actitud invitativa, amorosa y expectante por medio de un hombre que es en todo semejante a nosotros" (Ibid.)

Reflexión teológica y experiencia de fe

Quizás un teólogo se sienta más o menos seguro al optar entre una u otra de ambas interpretaciones. Recurrirá para ello a criterios de epistemología y antropología teológicas complejos y que aquí no podemos debatir. ¿Y el simple creyente? Tal vez no tiene otra alternativa que, por un lado, asumir, quizá no sin una cierta dosis de perplejidad, la necesidad del debate teológico sometido al juego de las interpretaciones, y por otro lado reafirmar su condición de creyente que proclama en el Credo y con la Iglesia su fe en Dios, Padre y Creador; en Jesús, Hijo único de Dios, concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de María Virgen –entiéndase ello como se haya de entender–; y en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida.

Seguramente, en todo caso, encuentra luz, consuelo y alegría si recurre en silencio contemplativo (sin renunciar, no obstante, a la hermenéutica crítica) a la lectura de los pasajes de Lucas (1, 26-38) y Mateo (1, 18-25) y a la meditación sobre ellos. (Cfr., p. e., el intento de Juan José Bartolomé, *Dichosa tú que has creído. Las etapas del camino de fe de María*, Editorial CCS, Madrid, 2006). Admirará entonces en María, tanto la actitud perpleja ("¿cómo sucederá esto, si no convivo con un hombre?", Lc 1, 34) como su disponibilidad absoluta ("Aquí está la esclava del Señor...", Lc 1, 38). Y en José tanto su extrañeza, delicadeza y discreción (Mt 1, 19) como su disponibilidad a aceptar el designio de Dios (Mt 1, 24-25). Pedirá quizás a Dios que le transforme para aproximarse a tener una disposición que se aproxime a la de María y José. Y, sobre todo, reconocerá y adorará el misterio de Jesús, Dios y hombre verdadero, Hijo de Dios concebido por obra del Espíritu Santo (Mt 1, 18 y 20; Lc 1, 35), manifestación plena del amor que Dios nos tiene (Jn 4, 9-10) y del deber que tenemos de "amarnos unos a otros" (Jn 4, 11-12).



Cuestiones para el grupo

1.- ¿Qué significado tiene para ti la encarnación de Dios que confesamos en el Credo?

2.- ¿Cómo valoras la respuesta de María ante el anuncio de la encarnación? ¿Te sirve como punto de referencia en tu vida diaria?

3.- ¿Cómo te encuentras ante el enunciado sobre la concepción virginal de María? ¿Cómo piensas que hay que entenderlo? ¿Crean algún problema a tu fe las diversas respuestas?

Libros de referencia:

- Theodor Schneider, *Lo que nosotros creemos. Exposición del símbolo de los Apóstoles*, Salamanca, Sígueme, 1991.
- Bernard Sesboüé, *Creer. Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XXI*, Madrid, San Pablo, 2000.
- J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Salamanca, Sígueme, 1987.
- Juan José Bartolomé, *Dichosa tú que has creído. Las etapas del camino de fe de María*, Editorial CCS, Madrid, 2006.



Comunidad Cristiana Ntra. Sra. del Recuerdo
Febrero 2009, 5ª reunión

PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO

LA ORACIÓN

Quiero estar, Jesús, así, al borde del camino por donde te llevan a tu cruz. Quiero sentarme y ser capaz de mirar tu rostro serenamente entristecido. Estar, también, cuando pases con tu cruz, ensangrentado ya por las espinas y los golpes.

Me siento muy débil para seguirte y acompañarte en tu dolor. Dame la fuerza de llevar mi propio dolor, de asumir las soledades de la vida.

Y que, así, contigo, yo aprenda a mirar los rostros doloridos; que aprenda a aliviar los dolores de la gente.

Enséñame el silencio y enséñame también la palabra justa.

Que yo aprenda a encontrar la Luz en la Cruz, en tu Cruz. Amén.

(L. Emilio Gil de Vergara. Jerusalén 1999)

Petición *(propia de todo el mes)*

Señor, ayúdanos a descubrir el valor de la Cruz. A vivir dispuestos afrontar nuestras propias cruces, a vivirlas contigo, como María, de pie, firmes y dispuestos a lo que Dios quiera para nuestras vidas. Danos, Señor, valor, confianza y fe, para vivir nuestras cruces en tu Cruz.

Puntos para la oración:

Padeció bajo el poder de Poncio Pilato

"Jesús no nació para padecer, ni padeció para expiar. Nació para vivir y murió por la vida que llevó. Y en la vida que vivió encarnó a Dios. Y por haber vivido la compasión de Dios para con los últimos, los poderes de la muerte le hicieron padecer" *(J. Arregui, La fe de Jesús nos sostiene)*. Y no fue un padecimiento cualquiera. Jesús sufrió la incompreensión de los suyos, que lo abandonaron cuando las cosas se pusieron difíciles, la soledad más absoluta en Getsemaní, la tortura y el dolor físico en la flagelación y coronación de espinas, el escarnio y la burla por las calles de Jerusalén llevando la cruz, y la muerte, como un criminal, crucificado. Y todo esto pertenece a la historia, la Pasión de Jesús es un acontecimiento atestiguado históricamente. Eso es lo que nos quiere expresar el Credo al hablar de Poncio Pilato, este personaje que ilustra la lógica que llevó a Jesús, el amigo de la vida, a padecer los horrores de la Cruz. Su muerte tiene una fecha, un lugar, ha sido recogida por las crónicas de la época, no estamos hablando de un personaje de ficción, ni de un super-man, sino de un verdadero hombre que al mismo tiempo confesamos que es Dios.

El dolor de Jesús nos interpela sobre nuestro propio dolor, pero en nuestra oración de este mes no se trata de nosotros, se trata del dolor de Jesús, de ponernos a su lado, de compartir con Él sus padecimientos. De contemplar las escenas y de hacerlas nuestras. Y sobre todo de padecer con Cristo dolorido, abandonado y solo. Y desde ahí podremos darle nuestra respuesta de amor y compasión y contemplando la Cruz podrán surgir las preguntas de S. Ignacio en los Ejercicios: ¿Qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué voy a hacer por Cristo?



Sufrió la muerte

Jesús no murió por voluntad divina, ni en "sacrificio por nuestros pecados" ni por exigencia de un Dios ofendido y cruel. Jesús murió por ser amigo de la vida hasta el fin y por hacerse solidario con los heridos y excluidos de la vida. Murió por haber anunciado la liberación de los pobres, la misericordia gratuita de Dios y el perdón sin condiciones. Murió por ser consecuente con lo que creía y practicaba, por poner encima al hombre de leyes que lo esclavizaban, por poner la fe sencilla por encima del Templo, por anunciar que con Él ha llegado la salvación para todos.

Jesús es hombre con todas las consecuencias. Nace como todo hombre de mujer y nada de lo humano le es ajeno; no tiene privilegios por ser Hijo de Dios, goza y está triste hasta la muerte, se llena de alegría pero mira con tristeza si no le quieren seguir, es incomprendido, calumniado, criticado... Jesús sufre la muerte día a día, va muriendo poco a poco como nosotros, experimenta el dolor de la vida en los que oyen pero no escuchan (Mt 13,13b), en la semilla que cae en piedra al borde del camino (Lc 8,5-8), en la terquedad de la gente que le hace exclamar "hasta cuando os tendré que soportar" (Mt 17,17), en su incompreensión "¿tanto tiempo y no me conoces, Felipe?" (Jn 14,9), en las infidelidades: "antes de que el gallo cante me habrás negado tres veces" (Mt 26,34), en las traiciones: "con un beso entregas al Hijo del Hombre" (Lc 22,48). Pronto Jesús comprendió que su misión le llevaría a la muerte. Y la predijo varias veces, aunque nadie le entendía e incluso tuvo que exclamar a Pedro "quítate de mi vista Satanás, tropiezo eres para mí" (Mt 16,23)

Seguir a Jesús y acompañarle en su dolor puede ser motivo de incompreensión y de escándalo para otros. "Dios ha querido salvar a los creyentes por la locura del mensaje que predicamos" (1Cr 1,21). "Predicamos a un Cristo crucificado que es escándalo para los judíos y locura para los paganos" (1Cr 1,23). Si somos coherentes en nuestra vida, podemos encontrarnos en situaciones difíciles que incluso pueden cuestionarnos nuestras propias actuaciones. Seguir a Jesús es estar dispuestos a vivir la Cruz que sin duda nos encontraremos, es estar dispuestos a perder la vida por Él. ¿Qué me dice a mí, a mi vida, a mis relaciones... la Cruz de Jesús? ¿Me siento capaz de acompañar el dolor de otros? ¿Y el de Jesús? María y Juan, el discípulo amado, estaban al pie de la Cruz firmes y fuertes ante el dolor ¿Cómo me sitúo ante los dolores y dificultades que nos trae la vida? ¿Los vivo en la Cruz con Jesús?

Perdió la vida ejecutado

Por los datos históricos podemos rastrear al Jesús hombre. Por la fe en la Resurrección descubrimos a Dios. Su manera de morir, como consecuencia de su forma de vivir, nos dice que el hombre era Dios. El centurión, viendo lo sucedido, exclama: "verdaderamente este hombre era Hijo de Dios". *La cruz de Jesús, que representa todas las cruces, es la ignominia de la humanidad, el fracaso de la justicia, la quiebra de la religión. Pero Jesús no la rehuyó. Se mantuvo fiel a la vida, a la causa de los últimos, a la razón de los condenados (por el poder político y religioso). Se mantuvo fiel a Dios en su vida y fue condenado a la Cruz. Por eso los cristianos miramos a la Cruz de Jesús lo mismo que lo miramos en su vida. Y más que en cualquier otro lugar, miramos a Dios en la cruz de Jesús. Es en ella donde se manifiesta la solidaridad de Dios con los la vida de todos los perdidos, y la absoluta vulnerabilidad de Dios junto a todas nuestras heridas, la extrema solidaridad de Dios con todos los*



crucificados de la tierra. (J. Arregui, La fe de Jesús nos sostiene) "Si queremos saber quien es Dios, debemos arrodillarnos al pie de la cruz" (Moltmann), sólo podemos vivir con paz nuestro dolor si somos capaces de ponerlo a los pies de la Cruz y afrontarlo desde la cercanía del crucificado.

La muerte de Jesús no fue una muerte normal. Murió ejecutado como si de un criminal se tratara, y acompañado por dos malhechores. Uno le interpela y le insulta y no puede comprender que no se baje de la cruz y se salve. El otro, por el contrario, sólo le pide que se acuerde de él cuando esté en su Reino. Son dos actitudes en las que nos podemos ver reflejados. No es fácil comprender el perdón y la misericordia infinita que supone la Cruz. Es más fácil quejarse y no saber ver que sólo en el Amor y el perdón se nos revela la grandeza de Dios en Jesús. A nosotros nos cuesta perdonar, y nuestro corazón, en muchas ocasiones, se encuentra endurecido. Debemos aprender del Buen Ladrón a confiar en ese perdón sin condiciones que nos ofrece Jesús desde su Cruz. La debilidad de la cruz es la fuerza de Dios, pues es la fuerza del Amor entregado hasta la muerte. "Sólo un Dios que sufre puede salvarnos" (Bonhöffer) porque su compasión es infinitamente poderosa. ¿Qué supone para mí sentirme perdonado hasta ese extremo?

Jesús entrega su vida a la misión encomendada por el Padre, "anunciar el Reino de Dios" haciendo en todo momento la "voluntad del Padre" y entregándonos en la oración del Padrenuestro el resumen de su misión y el ejemplo a seguir por todos los cristianos. Nosotros rezamos el Padrenuestro quizá de forma demasiado rutinaria, pero sus palabras son también una confesión de fe en el único Dios que es Padre, cuyo reino quiere ser instalado entre los hombres para que su voluntad se cumpla tanto en el cielo como en la tierra. Y esta es la misión para la que su Hijo Jesucristo se ha hecho hombre, y esta es la misión que los hombres, con la ayuda del Espíritu que ha sido derramado en nuestros corazones, debemos cumplir. El Cielo y la Tierra se unen en la Humanidad, en el Reino de Dios. ¿Qué hago por construir el Reino? ¿Cuál es la voluntad del Padre sobre mí? ¿Qué dificultades me paralizan para llevarlo a cabo? ¿Estoy dispuesto a seguir aunque me cueste la vida?

Murió

La muerte de Jesús no fue aparente, fue una muerte real. Murió con el dramatismo de todas las cruces, conoció la incertidumbre, el abandono y la soledad de todas las muertes: "Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado", esta oración que Jesús pronuncia en la Cruz es la mayor expresión de su soledad y dolor en ese momento cumbre. Pero Dios estaba con Él no lo abandonó, como no nos abandona a nosotros. Frente al dolor y la muerte está la esperanza porque Dios ha resucitado a Jesús. La Vida vence a la muerte.

Al decir que Jesús murió seguimos afirmando su naturaleza humana. Su muerte fue violenta, consecuencia de su forma de vivir, de su autenticidad y verdad, de su defensa de los pobres y marginados, de su liberación de toda atadura injusta aunque viniera de la ley (el sábado, la pureza legal, los pecadores, leprosos etc...) en definitiva, murió para salvarnos de todo lo que nos oprime y nos desvía del Camino de la Verdad y de la Vida auténtica. Murió por traernos el Reino de Dios. Pero para que el Reino llegue hay que derribar muchos "imperios" y sus reyezuelos no estaban dispuestos. Todos esos reyezuelos, que eran enemigos entre sí, se confabularon en una única misión "Matar al Profeta", esta es la suerte del que denuncia el mal y exhorta a hacer



el bien. Quizá buscar el culpable de la muerte de Jesús es eludir nuestra propia responsabilidad. Todos somos de alguna manera culpables de ser el centro de nuestros intereses, de no buscar el bien de los demás, de no luchar por el Reino sino de defender nuestra propia parcela. La vida es riesgo de muerte, es riesgo de perderla, no podemos guardarla como el talento, entonces la habremos perdido, no habremos vivido, habremos muerto antes de tiempo. La vida es para entregarla, como Jesús, en servicio a los demás. ¿Cómo es mi vida? ¿Siento que la estoy perdiendo? ¿Soy capaz de entregarme sin esperar nada a cambio? ¿Me asusta pensar que el seguimiento de Jesús me puede llevar a la cruz?

El horror de la muerte en cruz, el escarnio e injusticia cometidos contra el Inocente se ha ido atemperando con el paso de los años, vemos al crucificado sin sobrecogernos e incluso hacemos nuestras cruces de oro y brillantes y las llevamos de adorno. Es evidente que no somos culpables de la muerte histórica de Jesús, pero ¿cuál es nuestra responsabilidad si permitimos que su muerte hoy no diga nada? ¿Cómo puede tanto horror quedar reducido a un tema de película o a una bonita joya?

Fue sepultado

Seguimos confesando la naturaleza humana de Jesús. Al poner su cuerpo en el sepulcro parece que todo ha terminado, que su vida ha sido un fracaso. Pero la losa del sepulcro no es el último muro. Es una puerta a la vida.

Los discípulos, terminada la Pascua, acudieron para embalsamar su cuerpo, requisito que por las celebraciones de Pascua no habían podido realizar. María Magdalena, las mujeres, Pedro y Juan acudieron al lugar y fueron los primeros que descubrieron que Jesús ya no estaba entre los muertos, había resucitado.

El sepulcro está a pocos metros del Gólgota, lugar de la crucifixión. Esa pequeña distancia que los separa es como una expresión de la cercanía de los dos acontecimientos más importantes. A pocos metros de la muerte está la Vida. Es como la expresión plástica de la profunda realidad de que a Jesús, Dios lo ha resucitado y que la muerte no tiene la última palabra, y esa es nuestra esperanza, nosotros resucitaremos con Él. El sepulcro no es lugar de muerte sino de Vida.

Jesús ya nos ha entregado la vida eterna, pero le pedimos que nos abra los ojos ante el que tiene hambre y sed, que saquemos tiempo para visitar al enfermo o al que está en la cárcel, que no permitamos la injusticia de que unos vistan con lujo y otros estén desnudos. En definitiva, porque nuestro destino no está en el sepulcro, esperamos oírle decir "ven bendito de mi Padre porque tuve hambre y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme (Mt 25,35-36) ¿Cuándo he hecho esto por Ti, Señor? *Junto al sepulcro de Jesús seguimos esperando la Pascua. En todas nuestras soledades, decaimientos e impotencias, seguimos confiando en la entrañable cercanía de Dios: "Padre/madre, en tus manos encomiendo mi vida". En todos los infiernos del mundo seguimos confesando que otro mundo es posible, porque Dios está con nosotros, y merece la pena acompañarle y ayudarle. (J. Arregui)*



Para orar

Ponte delante de Jesús. Mírale y déjate mirar. Exprésale todos tus dolores. Mira en él todas las cruces del mundo. Deja hablar a tu corazón en su presencia. Quizá te ayude esta oración:

Señor Jesús, de mi cuerpo gastado, sé tú el fortalecedor.

De la noche que cae, sé tú la luz. De mis sufrimientos sé tú el consuelo.

De mis faltas pasadas, sé tú el perdón. De mi soledad, sé tú el compañero.

De mis rebeldías interiores, sé tú la esperanza. De mi fe, sé tú la fuente.

De mi amor, sé tú el fuego. De mis insomnios, sé tú la Presencia.

De mi sonrisa, sé tú la dulzura. De mis encuentros, sé tú la Palabra.

De mis oraciones, sé tú el Bien Amado.

Señor, yo creo que tú eres la vida y has vencido a la muerte.

Ven a llamar a mi puerta. El día declina y se hace tarde...

¡Quédate junto a mí! (M. Hubaut)

LA REUNIÓN

Oración inicial del grupo: "Por encima del dolor, el Amor"

A. Invocación inicial

Lector: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Las Mujeres del Calvario. Algunas mujeres siguieron a Jesús desde Galilea, hasta ese cerro ensangrentado donde el imperio masculino desplegaba con frialdad de lanza y de martillo su malicia entrenada.

La mirada jadeante de Jesús las vio a lo lejos tan cercanas, arracimadas, prensadas unas contra las otras por el espanto solidario, que una gota de ternura se posó en sus ojos y se posó cómo un beso por su garganta arada y su corazón amigo.

Contemplaron lentamente, fieles a la realidad de sangre y al amor desnudo. Sólo ellas podrán decirnos la última palabra de Jesús, apenas asomándose a sus ojos, como un secreto inagotable que sólo al tercer día pudo pronunciar su vuelo. Ellas, las mujeres de Galilea, las mujeres del margen, tan cercanas al dolor, saben bien que las heridas resucitan cuando son ungidas con lágrimas, miradas, caricias y perfumes. Por eso salieron de madrugada, cuando las criaturas emergían de la noche, para ungir un cadáver la mañana del domingo.

(Benjamin González Buelta, sj)

Todos: Señor Jesús, que sepamos descubrir en la cruz, por encima del dolor que se nos vuelve insoportable, el Amor, como hicieron las mujeres que descubrieron en tus ojos la ternura por no apartar la vista de la cruz. (Breve pausa)

B. Lectura sobre el Evangelio según Lucas (Lc 23,34; 49)

"Padre, perdónales porque no saben lo que hacen. Se repartieron su ropa echándola a suerte. Sus conocidos se mantenían a distancia, y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea, permanecían al pie de la cruz observándolo todo."

C. Espacio de oración personal.

Tiempo de silencio para interiorizar la Palabra y, en su caso, libremente, oración en voz alta de los miembros que lo deseen



D. Rezo sobre el Salmo 22 (21)

Lector: *En tu cruz, el Amor.*

Todos: *En tu cruz, el Amor.*

Lector: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? A pesar de mis gritos, no acudes a salvarme; Dios mío, de día te llamo y tú no me respondes, de noche, y tú no me haces caso; pero tú eres el santo, te sientas en tu trono, oh gloria de Israel.*

Todos: *En tu cruz, el Amor.*

En ti esperaron nuestros padres, esperaron en ti y tú los liberaste, a ti clamaron y quedaron libres, esperaron en ti y no fueron defraudados.

Mas yo soy un gusano, que no un hombre, vergüenza de los hombres, escarnio de la plebe; todos los que me ven hacen burla de mí, retuercen la boca, menean la cabeza: «Confió en el Señor, pues que él lo libre; que lo salve, si de verdad lo quiere».

Todos: *En tu cruz, el Amor.*

Tú me sacaste del vientre de mi madre, me pusiste seguro en su regazo; desde antes de nacer a ti me confiaron, desde el vientre de mi madre eres mi Dios. No te quedes lejos, que el peligro está encima y nadie me socorre.

Siento que me disuelvo como el agua, todos mis huesos se dislocan, mi corazón se ha vuelto como cera, se me deshace dentro de mi pecho.

Todos: *En tu cruz, el Amor.*

Mi garganta está seca lo mismo que cascajo, mi lengua se me pega al paladar; me has hundido en el polvo de la muerte, taladran mis manos y mis pies, puedo contar todos mis huesos. Se reparten mi ropa y se sortean mi túnica. Mas tú, Señor, no te quedes lejos;

Todos: *En tu cruz, el Amor.*

E. Oración final

Lector: *Gracias, Señor, por tu amor hasta el extremo y permítenos decirte una vez más,*

Todos: *No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera*



Presentación del tema

Proclamar la humanidad concreta de Jesús¹

Los enunciados sobre la pasión y muerte de Jesucristo son, en cierta medida, el eje y centro de la confesión cristológica en el credo apostólico. Si los títulos mayestáticos (Señor, Cristo, e Hijo de Dios) expresaban muy radicalmente su función singular como mediador universal, y si las afirmaciones anteriores en el credo sobre su concepción por obra del Espíritu Santo indicaban la iniciativa de Dios mismo en esta vida, la confesión de que ***"padeció, fue crucificado, muerto y sepultado"*** se refiere ahora al **hombre** al que se aplican todas esas particularidades. Contra lo que era de esperar, la idea de encarnación de Dios, y la verdadera humanidad de Jesús no queda aún aclarada con la sola mención de la concepción y el nacimiento en el credo. Ya hemos visto, que la idea del nacimiento aparece marcada en la tradición con la nota de lo milagroso y lo extraordinario, de suerte que la predicación eclesial tuvo que defenderse, sobre todo, en este punto contra la penetración de tendencias docetistas.²

a) Lo que creemos y proclamamos: modo y forma del enunciado

La confesión de **la pasión y muerte de Jesús** hace referencia al **destino humano** de su vida humana concreta: la finitud, caducidad y limitación de la encarnación.

Esta profesión de fe expresa como ninguna otra que Jesús de Nazaret fue un **ser humano como nosotros, un hombre "integral"**. Llama la atención, la forma de enunciado, la intensidad con que se destaca los hechos testimoniales, mencionando su muerte cuatro veces desde cuatro perspectivas; sufrió la muerte, perdió la vida ejecutado, murió y fue sepultado. También llama la atención la sobriedad y la rudeza, apenas superable, de esta confesión, que expresa sólo **los hechos de la muerte, sin ninguna interpretación**. Cabe reconocer en la yuxtaposición ***"padeció, fue crucificado, muerto y sepultado"*** una **intención enunciativa**: el esfuerzo de la Iglesia primitiva por atribuir a la muerte de Jesús una muerte real con todas sus consecuencias, una significación básica para **el enunciado de salvación**. El problema no es que Jesús fuese verdadero hombre, sino cómo conciliar con eso su filiación divina. Aquí asoma **el problema originario de la cristología**: siempre se procuró **ver al hombre y a Dios en Jesucristo**; sin que el uno anule al otro y, sobre todo, sin concebirlos en forma asociada, para no poner el énfasis en el uno a costa del otro. **Hombre verdadero y, como tal, Dios verdadero: tal es el sentido de la confesión de su pasión y muerte en cruz.**

b) "Padeció bajo el poder de Poncio Pilato"

La consignación de ese nombre tiene significado fundamental, y su intención es señalar la unicidad perteneciente a una constelación histórica: el procurador romano Poncio Pilato accede al credo cristiano con su nombre pagano como prueba de que este Cristo de Dios, el Jesús galileo, pertenece a un espacio y a un tiempo, de que su vida y su muerte se pueden localizar

¹ Sobre textos contenidos en: SCHNEIDER, Th. *Lo que nosotros creemos*. Theodor Schneider (1988) Trad española. Sigueme (1991) Verdad e imagen n° 115, Cap 3: *Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado* pág 233-246

² Docetismo: doctrina de ciertos cristianos griegos del s.II que no podían admitir el realismo de la encarnación: Cristo no habría asumido una humanidad corporal idéntica a la nuestra.



con exactitud histórica, de que este acontecimiento divino-humano se produjo dentro de unas circunstancias socio-políticas concretas; la pasión de Jesucristo aconteció en una situación verificable históricamente.³

Una aproximación necesaria para el itinerario de nuestra fe: el sentido de la vida pública de Jesús⁴

El sentido de nuestra vida y el sentido de nuestra muerte son lo mismo. Es la manera de morir lo que marca y sella el sentido de la existencia. Mientras Jesús no hace frente a esta experiencia suprema, el sentido definitivo de su vida está aún por ver. Lo hemos visto manifestar una “pretensión” extraordinaria presentándose como quien vive en una intimidad única con Dios, a quien llama Padre suyo. ¿En qué para todo esto?

Tales pretensiones provocan la sospecha y, rápidamente, la incredulidad. Tampoco faltaron en el caso de Jesús; algunos lo consideraban “que estaba loco” (Mc3,21; Jn10,20). Ni siquiera los miembros de su familia creen en él. Ante esto podemos preguntarnos, ¿qué piensa Dios mismo de Jesús? ¿Está dispuesto a ponerse de su parte y a legitimar sus pretensiones?

Esto es lo que está en juego en la muerte de Jesús. ¿Qué testimonio dará Jesús en su muerte? Para verlo **habrá que volver una vez más a los textos de los evangelios, leerlos y releerlos si es necesario.**

La muerte de Jesús es necesario estudiarla en primer lugar partiendo de la historia. Tenemos que preguntarnos también **qué sentido le dio Jesús. Entonces podremos seguir los jalones de un itinerario sorprendente, en el curso del cual la cruz, ignominiosa e infamante se transforma en cruz gloriosa, fuente de salvación.**⁵

Aquí surge una cuestión importante sobre las formulaciones contenidas en nuestro credo. El credo tradicional, y especialmente en su formulación apostólica –que es la que estamos siguiendo– no contiene una sola palabra relativa al mensaje y a la vida de Jesús. Pero para comprender por qué **murió** Jesús de Nazaret, hay que comprender como **vivió**. Para entender por qué tuvo que sufrir **esa muerte**, hay que haber entendido algo de la época en que vivió. Para entrever por qué murió tan **pronto**, se tiene que haber entrevisto quién fue Jesús, qué defendió y contra quién habló y luchó.⁶

Jesús no se anunciaba a sí mismo, anunciaba el reino de Dios: “Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad” (Mt 6,10). Nunca puso en el centro de su predicación su propio papel, su persona, su dignidad.⁷

Esto vale especialmente para el **título de Mesías**. Según los evangelios sinópticos, Jesús nunca dio a sí mismo el nombre de Mesías ni se atribuyó ningún título mesiánico (salvo, quizás, el nombre, de múltiples significados, de “Hijo del hombre”). En este punto coinciden hoy ampliamente intérpretes cristianos y judíos: el evangelista más antiguo, Marcos, todavía trata el mesianismo de Jesús como un secreto que no sale a la luz pública, hasta que

³ SCHNEIDER, Th. *Lo que nosotros creemos*, 235

⁴ Sobre textos contenidos en: SESBÖUÉ, B., *Creer* Capítulo 12 *La pasión y la cruz de Jesús* San Pablo, 2000, Madrid, pag 311-332

⁵ SESBÖUÉ, B., *Creer*, 312

⁶ KÜNG, H. *El sentido de la cruz y de la muerte de Cristo*. En: *Credo* (1992). Traducción española. Trotta (1994), pág 74-75

⁷ KÜNG, H. *El sentido de la cruz y de la muerte de Cristo*, 83-84.



por fin es reconocido al pie de la cruz y proclamado después de la resurrección. ¿Por qué? Sólo desde la perspectiva de la experiencia pascual se podía ver la totalidad de la tradición relativa a Jesús en un horizonte mesiánico e introducir entonces en el relato de la historia de Jesús la confesión explícita de éste sobre su condición de Mesías.⁸

Precisamente porque Jesús no puede ser “entendido” adecuadamente con ninguno de los títulos usuales, precisamente porque no se trata de un sí o un no a un título determinado, a una dignidad ni tampoco a un dogma, rito o ley precisos, se hace más apremiante la pregunta que ya se plantearon los primeros discípulos: **¿quién habrá sido en realidad?** Esta pregunta sobre el secreto de su persona sigue siendo válida hoy.

Ese enigma cobra especial importancia si se tiene en cuenta la muerte violenta de Jesús. Y es que la muerte de Jesús no se puede desglosar de la pregunta por su mensaje y su persona.

El judío Jesús hablaba llevado de una **experiencia de Dios, de una unión con Dios, sí, de un contacto inmediato con Dios**, que no eran habituales en un profeta. Así obró con una libertad, veracidad y bondad inhabituales, cuando, al enfrentarse con los que dominan, anuncia la dominación y la voluntad divinas, y no acepta sin más la dominación humana.⁹

***La pasión de Jesús ante la historia*¹⁰**

1. La cruz, instrumento de suplicio

La crucifixión es sin duda de origen persa. Los griegos, y más tarde los romanos, la adoptaron. Fue también común en el mundo judío.

La forma de la cruz podía ser muy diversa. Un letrero indicaba el motivo del suplicio. El condenado podría estar completamente desnudo, cabeza arriba o cabeza abajo, a veces empalado, y casi siempre con los brazos extendidos.

Sólo se utilizaba para las clases bajas de la sociedad y los esclavos. Normalmente los ciudadanos romanos estaban exentos de éste suplicio. Se aplicaba también a los extranjeros sediciosos, a los criminales y a los bandidos. Fue lo que ocurrió en Judea en la época de Jesús. Las fuerzas romanas lo aplicaron en muchas ocasiones en contra de los judíos.

A la crueldad del suplicio de la crucifixión se unía su carácter infamante, escandaloso e incluso “obsceno”. El crucificado quedaba privado normalmente de sepultura y era abandonado a las bestias salvajes y a las aves de presa. La cruz era un “signo de vergüenza”, un “poste infamante”, un “madero criminal” (Séneca). “La muerte en cruz, suprema infamia” (Orígenes), era casi una forma de sacrificio humano. Tenía como objetivo deshumanizar al máximo la muerte y quitarle al ajusticiado toda dignidad. Este por lo general se debatía en medio de gritos atroces.

En la tradición judía, “el que muere colgado es maldito de Dios” (Dt 21,23). Pablo retomará este tema diciendo que Cristo se ha hecho “maldición para

⁸ KÜNG, H. *El sentido de la cruz y de la muerte de Cristo*, 84

⁹ KÜNG, H. “*El sentido de la cruz y de la muerte de Cristo*”. En “*Credo*” (1992). Traducción española. Trotta (1994), pág 69-98)

¹⁰ Sobre textos contenidos en: SESBÖUÉ, B., *Creer*, 312-320

nosotros", porque está escrito: "Maldito el que está colgado en un madero" (Ga 13,13)

Estas breves indicaciones bastan para comprender la especie de provocación que podría suponer el anuncio de un salvador crucificado. Cuando san Pablo habla de "locura" y de "escándalo" a los ojos de los paganos y de los judíos, no está incurriendo en ninguna exageración retórica. Otros testimonios dirán lo mismo: "Los paganos dicen que nuestra locura consiste en colocar a un hombre crucificado en el segundo lugar, después de Dios inmutable y eterno, el Dios creador del mundo." (Justino)

Los judíos tienen exactamente la misma reacción; decían de los cristianos: "Poneís vuestra esperanza en un hombre que ha sido crucificado" (Justino). La crucifixión de Jesús constituirá durante mucho tiempo una objeción radical a la predicación del cristianismo

2. La pasión de Jesús crucificado

La crucifixión y muerte de Jesús están bien atestiguadas y documentadas tanto por los documentos externos (Tácito, Flavio Josefa), como por las fuentes cristianas de que disponemos en los cuatro evangelios. Los relatos evangélicos conceden a la pasión un espacio literario considerable. Se ha podido decir que los evangelios son relatos de la pasión precedidos de una larga introducción (M. Käshler). Existe general acuerdo de que la pasión de Jesús se trata del acontecimiento más claramente atestiguado de la existencia de Jesús desde un punto de vista histórico.

Quedan puntos dudosos en la historia de la pasión. El primero se refiere a lo que ocurrió la noche anterior a la ejecución. ¿Compareció Jesús ante el sanedrín de noche (Mateo, Marcos), o "cuando se hizo de día" (Lucas)? Esta comparecencia, ¿tuvo el valor de un proceso en regla? ¿Ante quien compareció: ante Anás, el suegro de Caifás (Juan), o ante Herodes (Lucas)? Hoy se considera que no hubo proceso judío en el sentido jurídico del término, sino una comparecencia "informal" de Jesús.

Otro punto: ¿cual fue el texto exacto del letrero que se puso en la cruz? Los diferentes relatos ofrecen variantes en torno a una misma afirmación esencial. Jesús fue condenado porque pretendía ser "rey de los judíos".

¿Quién es el culpable de la muerte de Jesús?

El gran problema que preocupa a nuestros contemporáneos es el de la responsabilidad respectiva de los judíos y de los romanos en la condena de Jesús. El cristianismo tradicional consideró ante todo la responsabilidad judía, llegando incluso a interpretaciones de ella gravemente abusivas.

Hoy la tendencia es inversa. Los historiadores subrayan la responsabilidad romana y atenúan la de los judíos. Las autoridades judías no tenían ya en esta época derecho de condenar a muerte. Es el proceso romano de Jesús el que decide al respecto. El modo de ejecución por crucifixión era romano, mientras que los judíos practicaban la lapidación (esto no significa que en la tradición judía la crucifixión fuera desconocida). Es el ejército romano el que se encarga de la ejecución. Algunos acusan también a los testimonios evangélicos y, siguiéndolos a estos, a los escritores cristianos, de haber hecho todo lo posible por exculpar a Pilato, presentándolo como un hombre débil y atemorizado que



cede a la presión popular, cuando Flavio Josefo y sobre todo Filón lo presentan como cruel y sanguinario.

En el estado actual de la investigación, es difícil ir más allá de una responsabilidad compartida y de una cierta connivencia en la desconfianza mutua. También habría que señalar los signos de abandono de sus seguidores: el sueño y la huida de los discípulos en el monte de los olivos y el papel de los cristianos, que no hicieron nada por ayudar a su maestro.

El Lugar del calvario

En la historia del sitio actual de la basílica del Santo Sepulcro podemos remontarnos hasta el siglo VII a. C. Era primitivamente una colina en una cantera abandonada, fuera de las murallas de la ciudad que se había convertido en el lugar de las ejecuciones públicas. Una vez abandonada la cantera se habían excavado tumbas en las paredes verticales de la misma. Unos cincuenta metros separaban el cerro de la tumba excavada en la roca en la que será depositado el cuerpo de Jesús.

3. ¿Qué sentido le dio Jesús a su muerte?

¿Cómo vivió Jesús el aproximarse de su muerte? ¿Qué sentido le dio? Si es ya difícil remontarse a la historia de Jesús, ¿no será imposible asomarse a su propia conciencia? ¿En qué medida podemos aventurarnos por este camino a partir de los textos evangélicos?

La ascensión de Jesús hacia su pasión.

Jesús vio venir su muerte violenta. Su predicación suscitó muy pronto animosidades y críticas. El ascenso final de Jesús a Jerusalén marca un giro decisivo en su historia. Después de la confesión de fe de Pedro, los evangelistas ponen tres veces en labios de Jesús el anuncio de su pasión (Mt16,21; 17,22; 20,17-19). Aún cuando en estos textos, redactados después del acontecimiento pascual, su repetición nos remite a un cierto tipo de palabras manifestadas verdaderamente con insistencia por parte de Jesús. Este habla tanto del cáliz que ha de beber (Mt20,22) como del bautismo que ha de recibir (Mc10,38). E invita a no tener miedo a los que matan el cuerpo (Lc12,4).

Jesús sabe que su destino será el de los profetas del Antiguo Testamento, perseguidos porque su palabra molestaba. Es para Jesús el gran momento de la verdad, el momento en que el nexo entre su palabra y su conducta va a ser sometido a la prueba de la contradicción, que lo alcanza en su existencia y en su carne.

Dos caminos se abren ante él: mantenerse firme en la orientación de su vida o ceder más o menos discretamente. En definitiva abandonar su misión para salvar su vida. Nada de esto corre. "Jesús va a su pasión"; no hará nada para provocar el arresto, pero nada tampoco para evitarlo. Esta actitud da ya un sentido a su muerte: la existencia *para* el Padre y *para* sus hermanos, la *existencia para* (H. Schurmann), que fue la norma de su vida, será también la norma de su muerte. Jesús vivió *para*, y morirá también *para*.

La institución de la eucaristía

El sentido que Jesús dio a su muerte lo conocemos también por la última cena y la institución de la eucaristía. La historia del episodio es conocida. En cambio,



es difícil de saber las palabras exactas que en ella se pronunciaron, porque las de los evangelios y las de Pablo están ya influidas por las liturgias primitivas. Sea lo que fuere de la exactitud de estas palabras, corresponden al gesto del ofrecimiento del pan y del vino. "Con este gesto inusual..., Jesús da a esta copa el valor de un don personal a los suyos. El pan partido y compartido es su cuerpo entregado; la copa que pasa de unas manos a otras es la nueva alianza en la sangre que va a derramarse (Lc22,19-20)". Jesús establece pues un vínculo entre su muerte próxima y sangrienta y este pan y este vino. Expresa la donación que hace Jesús de su vida sometiéndose a una muerte sangrienta. Se trata de un cambio radical de alianza. Por otra parte, cuerpo y sangre expresan una totalidad, la persona de Jesús.

La última cena expresa pues el sentido que Jesús quiere darle a su muerte. Esta será un ofrecimiento de sí mismo. Será una donación por amor, de un amor más fuerte que la muerte; será un don de comunión. Jesús morirá dando gracias a su Padre y compartiendo con los suyos todo lo que es.

***El itinerario de la fe en los cristianos: del escándalo a la fe*¹¹**

Resulta difícil darnos cuenta hoy, cuando la cruz puede verse por todas partes como símbolo del cristianismo, la dificultad que podría suponer para los contemporáneos de los apóstoles admitir que un crucificado fuera su salvador. De esta dificultad los discípulos eran plenamente conscientes; por ejemplo san Pablo, que lo expresa en todas sus cartas: "Nosotros anunciamos a Cristo crucificado, escándalo para judíos y locura para los paganos" (1Cor1,23)

¿Cómo superar una dificultad tan grave? Fueron varias las "estrategias", si se puede hablar así, que se emplearon. En el Nuevo testamento la cruz es objeto de un doble discurso. Se recoge en la narración de los cuatro evangelios. Y progresivamente se va conceptualizando también, en sucesivas perspectivas, como símbolo de un mensaje que se profundiza. En ambos casos, el objetivo de los discípulos es transformar la cruz, de motivo de escándalo en símbolo de exaltación y de gloria.¹² Este itinerario es el itinerario de la fe.

El dinamismo de la fe en la Iglesia primitiva a través de los relatos evangélicos

El esquema de los relatos evangélicos de la pasión se articula en torno a tres momentos capitales: el prendimiento, el proceso y la crucifixión.

Los cuatro relatos tienen un mismo tono, una especie de "recitado", lleno de discreción y sobriedad. Porque no es la materialidad del hecho lo que importa, sino el alcance de su sentido.

En Mateo y Marcos, Jesús es presentado como el justo por excelencia, perseguido y mártir por su misión. Estos dos evangelistas insisten en el grito de abandono de Jesús en la cruz "Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?" (Mt 27,46; Mc 15,34), que expresa un desamparo moral absoluto. Este grito (tomado del Sal 22) ha dado lugar a interpretaciones extremas. Muchos creemos que el grito, es la expresión de una angustia mortal de la formulación de un salmo, pero no un grito de desesperación ni de rebeldía como algunos han creído: Nosotros creemos ver en él una oración y

¹¹ Sobre textos contenidos en: SESBÖÜÉ, B., *Creer*, 320-330

¹² M. GOURGUES, *Le Crucifié. Du scandale à l'exaltation*, DDB, París 1989



un interrogante sobre los caminos de Dios, que brota de la más completa oscuridad.

El evangelio del Lucas insiste en el poder de conversión del acontecimiento sobre los testigos. En lugar del grito de abandono de Jesús, Lucas pone en labios de Jesús palabras de abandono en manos de Dios (Lc 23,46). La realidad de la salvación aflora en un relato que se sale del marco de una ejecución capital.

El evangelio de Juan, escrito algo más tarde, presenta la muerte de Jesús en la cruz como una manifestación de su gloria. La pasión se introduce por el gesto del lavatorio de los pies y un largo discurso que adquiere el valor de testamento. Jesús se muestra en él totalmente lúcido y lleno de amor. La crucifixión de Jesús es una revelación de la gloria de Dios, que reclama simplemente ser contemplada. El cuerpo de Jesús está realmente en la cruz como en un trono. Revela quién es Dios y hasta donde puede llegar Dios en busca del hombre. La cruz ha cambiado definitivamente de sentido: no se trata ya de una ejecución ignominiosa, sino de la realización de un amor inaudito.

Como resumen de cuanto antecede podemos distinguir en los relatos evangélicos **tres escalones del itinerario de la fe** en relación con la **valoración de los hechos** que nos describen.

- (1) En primer lugar, señalan la perfecta inocencia de Jesús; su comportamiento durante la pasión nos muestra hasta qué punto Jesús no es un condenado ordinario.
- (2) En segundo lugar, utilizar al máximo las escrituras del Antiguo Testamento para mostrar que los sufrimientos del Mesías – escándalo en verdad demasiado fuerte- habían sido ya anunciados y formaban parte de un misterioso designio de Dios. Sin embargo, la cruz misma no tiene “justificación” en ningún texto de las Escrituras. Los relatos muestran la huella del itinerario recorrido por la fe de los discípulos, desde el choque de la desesperanza primera hasta la revelación de Dios y su salvación por medio de la cruz.
- (3) En tercer lugar, todos los evangelistas harán seguir el relato de la pasión del hecho de la resurrección, confirmación suprema de la misión de Jesús.

El resultado final del itinerario termina por conmover nuestros sentimientos: al leer los relatos de la pasión, ¿no se impone a nosotros el sentimiento de una victoria secreta? Esa manera de morir no puede morir. Esta es la base de una conversión de nuestro espíritu y descubrir el mensaje de la cruz.

Descubrir el mensaje de la cruz a partir de los hechos

Es el movimiento que hace acceder cada vez más profundamente al sentido de la cruz, yendo del horror del escándalo a la comprensión de su misterio salvación. Lo que se encuentra en los relatos evangélicos habla tanto al corazón como a la razón. La verdad de la que dan testimonio pertenece al orden de las paradojas de amor. Su interés reside en que nos permiten comprender cómo superaron los primeros cristianos la importantísima objeción de la ignominia de la cruz.

Lo que se nos pide a partir de aquí es que veamos hasta qué punto podemos nosotros asumir personalmente la perspectiva que ellos adoptaron sobre Jesús. Y desde ahí ¿qué explicaciones podemos dar de la muerte de Jesús?



Los mensajes de la cruz

Varios son **los mensajes de la cruz** que a lo largo de la historia de la Iglesia se han señalado. Veamos algunos de ellos.

a) De la “locura” a la “sabiduría” gloriosa.

Pablo en Corinto no tarda en darse cuenta de la resistencia de sus interlocutores al mensaje de la cruz; centra en ella su predicación: la locura de la cruz es la sabiduría de Dios “Pues la locura de Dios es más sabia que los hombres; y la debilidad de Dios, más fuerte que los hombres.” (1Cor 1,24-25). Son los hombres los que tienen que aprender los rudimentos de esta paradójica sabiduría. Asimismo, la debilidad de Dios que se manifiesta en la cruz es infinitamente más poderosa que la fuerza de los hombres (2Cor13,4). Lejos de ser silenciada por vergonzosa, la cruz es proclamada como un título de gloria: “Nunca nada entre vosotros me precié de saber otra cosa que Jesucristo, y a Jesucristo crucificado” (1Cor2,2).

“Yo, por mi parte, sólo quiero presumir de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (Gal6, 14)¹³

b) La cruz “transformada” por la resurrección.

Otra manera de dar sentido a la cruz fue mostrar la vinculación entre esta y al resurrección. Los discursos que proclaman solemnemente lo que le aconteció a Jesús en los Hechos de los Apóstoles oponen la cruz, cuya responsabilidad se atribuye a hombre pecadores, a la resurrección, que es obra propia del padre: “Dios ha constituido señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado” (Hch 2,36)

c) La cruz, victoria liberadora sobre las fuerzas del mal.

Otra interpretación de la cruz, consiste en mostrar que la derrota total de Jesús, obra de sus adversarios, es en realidad una victoria completa. La cruz victoriosa, se convierte entonces en un acontecimiento decisivo para la salvación de los hombres. Porque esta victoria es liberadora y expresa el perdón de Dios. En la cruz Jesús ha obtenido el perdón de nuestros pecados¹⁴ (Col2,14-15)

d) El “martirio” de Jesús

La grandeza propia de la muerte de Jesús es la del martirio (1Tim 6,13-14)

El “testimonio” de Jesús es en griego *martyrésantos*: es el testimonio del *martyr*, que significa originariamente “testigo”. El testigo del Padre y de su amor incondicional a los hombres.

El espectáculo de la cruz, así como la narración del mismo a quienes no han sido testigos de él, tiene un poder de conversión. El día de Pentecostés, después del gran discurso de Pedro recordando la muerte y la resurrección de Jesús, los oyentes “se conmovieron profundamente y dijeron a pedro y a los demás apóstoles: “¿Qué debemos hacer, hermanos?” (Hch 2,37)

¹³ Las cartas de Pablo recogen otros himnos litúrgicos que celebran en alabanza la cruz de Jesús: Col 1,12-20; Efe 2,15-16

¹⁴ Pecado: en sentido cristiano, el pecado es la falta en tanto en cuanto se dirige contra Dios. (SESÖÜÉ, B., *Creer*, 644)

¿Quién puede permanecer indiferente? Esta victoria del amor sobre la violencia y el odio es un testimonio a favor de la justicia y la verdad.

e) Jesús murió por nosotros, por nuestros pecado: la expiación mal entendida¹⁵

A la hora de indagar la significación teológica de la muerte en cruz de Jesús, la experiencia enseña que es preciso despejar un obstáculo para dar acceso a la visión original que es la bíblica. Ese obstáculo capital es la "teoría de la satisfacción del escrito *Cur Deus homo* (¿por qué Dios se hizo hombre?) de Anselmo de Canterbury (+ 1109), entendida generalmente en un sentido poco riguroso. Para muchos cristianos, y en virtud de una cierta teología de la cruz, el siguiente razonamiento (considerado hoy en día como erróneo) ha llegado a ser algo casi evidente: *para restituir el honor y los derechos de Dios ofendido por el pecado del mundo, sólo cabe reconciliarse con el infinitamente ofendido mediante una expiación infinita: la del hombre-Dios. Pero con ello la expiación divino-humana aparece con una luz muy extraña: "Muchos textos espirituales sugieren la idea de que la creencia cristiana sobre la cruz propone un Dios cuya justicia implacable he exigido una víctima humana: la de su propio Hijo. Y uno se aparta con horror de una justicia cuya ira siniestra quita credibilidad al mensaje del amor. Por muy difundida que esté tal imagen, no deja de ser falsa."*¹⁶

f) La iniciativa de Dios y la fórmula del contraste¹⁷

La cruz no aparece en la Biblia como un ajuste de cuentas del derecho divino lesionado. Antes al contrario, la teología de la cruz en la Biblia da al traste, en cierto modo, con estas ideas corrientes sobre redención y expiación. Esta postura se inicia en la primera fase del anuncio sobre Cristo, acentuando la formulación de Pedro ante los letrados judíos: "Vosotros le crucificasteis y Dios le resucitó de la muerte." (Hech 4,10). Esta formulación, denominada "fórmula del contraste", establece una contraposición entre la cruz y la resurrección: de la primera se culpa a los hombres y la segunda se atribuye a Dios salvador. (Es una línea *ascendente* desde la cruz hacia Dios)

Muy pronto, sin embargo, la reflexión se extiende a la "actitud" de Dios ante la cruz misma; ya no se ve ni se traza una línea de conexión que va de la cruz a Dios, sino desde Dios, pasando por la cruz, hacia nosotros. Es una línea *descendente*: desde Dios a los hombres, que entronca fácilmente con la tradición de unas *ideas sobre la expiación que son propias y corrientes entre las religiones no cristianas*. En ellas las ideas de expiación buscan generalmente el restablecimiento de la relación con Dios mediante acciones expiatorias de los hombres y, por tanto, afrontando la culpa y la conciencia de culpabilidad mediante acciones y ritos expiatorios destinados a aplacar a la divinidad.

Pero, el anuncio neotestamentario de la cruz como acontecimiento salvífico presenta exactamente la dirección opuesta: no es el hombre el que aporta a Dios una ofrenda para reconciliarlo, sino que es Dios el que accede a los hombres para ofrecer y realizar la reconciliación. El amor inefable de Dios

¹⁵ SCHNEIDER, Th. *Lo que nosotros creemos*, 239-240

¹⁶ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Salamanca 1987, 198 ss.

¹⁷ SCHNEIDER, Th. *Lo que nosotros creemos*, 241-243

toma la iniciativa, afronta el *descenso* a las honduras del odio humano y de la ceguera fanática para restablecer la relación, de forma que Dios destruye nuestra injusticia con su misericordia creadora. Su justicia no es un ajuste de cuentas y una exigencia de expiación, sino una entrega inmerecida y gratuita.

Pablo en su carta a los romanos expresa ya la (nueva) idea de expiación y la iniciativa de Dios, y describe la reconciliación como obra de Dios de cara a nosotros: "Graciosamente van siendo rehabilitados por la generosidad de Dios, mediante el rescate presente en Cristo Jesús: Dios nos lo ha puesto delante como lugar donde, por medio de la fe, se expían los pecados con su propia sangre." (Rom 3,24). Dios actúa en el destino de Jesús por nosotros y para nosotros. Esta idea fundamental es el hilo conductor que atraviesa toda la cristología de la cruz en Pablo. "Sí, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mediante Cristo, cancelando la deuda de los delitos humanos... Es Dios mismo el que os exhorta por nuestro medio. Por Cristo os lo pido, dejaos reconciliar con Dios..." (2Cor 5,19)¹⁸

g) *Jesús murió por nosotros, por nuestros pecados*¹⁹

Pero la interpretación de la cruz más difundida y a menudo mal entendida en los tiempos modernos y en los catecismos es la de que Cristo "murió por nosotros" (Rom5,8; Cor5,15; Ef5,2, etc); "murió por nuestros pecados" (Gal1,3-4; 1Col15,3; Heb10,12; 1Pe3,18); lo que a veces se convierte en "por nuestra salvación" (He5,9; Jn6,51)

Jesús murió pues "por nuestros pecados", o a causa de ellos. No debemos olvidar que en la pasión intervienen siempre tres personajes: el Padre, Jesús y los pecadores. ¿Por qué nuestra salvación pasa por la muerte de Jesús? No porque el Padre hubiera programado así las cosas. Lo propio del Padre en el misterio pascual no es querer la muerte de Jesús, sino devolverle la vida resucitándole. La voluntad de acabar con la vida de Jesús procede de los hombres, que aún no se han convertido. Jesús no es en absoluto víctima de una supuesta violencia vengativa de su Padre. El Padre, por el contrario, lo ama y nos ama hasta el punto de dejarlo "a merced nuestra". Jesús es víctima de la violencia pecadora de los hombres, que quieren matar al inocente.

Hay, en fin, otro sentido según el cual se puede decir que murió "en nuestro lugar". Por desgracia, esto se ha interpretado con demasiada frecuencia en el sentido de que "pagó por nosotros", como si él hubiera cargado con el castigo que normalmente nos estaba reservado. Hay que tener en cuenta que "en nuestro lugar" supone **"en nuestro nombre"** (Heb 9,24). En ese sentido **Jesús "nos sustituye", no para evitar que hagamos el camino, sino para abrírnoslo y hacérselo transitable.**

h) *La cruz del cristiano*

Pero en el Nuevo Testamento la cruz no es sólo la de Cristo. Dos textos de los evangelios invitan al discípulo a **"llevar su cruz"** con el maestro:

¹⁸ SCHNEIDER, Th. *Lo que nosotros creemos*, 241-242

¹⁹ SESBÖUÉ, B., *Creer*, 328-329



“El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame: Porque el que quiere salvar su vida la perderá, pero el que pierde su vida por mí y por el evangelio la salvará.” (Mc 8,34-35)

“El que no carga con su cruz y me sigue no es digno de mí” (Mt 10,38; 16, 24)

¿Cómo hay que interpretar estas palabras, “difíciles de entender”? Porque esta llamada va dirigida a todos. Llevar la cruz aparece aquí como una manera necesaria de seguir a Jesús. En estos textos, el tema de la cruz no hace referencia ya al suplicio, sino al sentido que Jesús da a su vida y a su muerte. La cruz se ha hecho inseparable de Jesús: no se puede estar con Jesús si no se está crucificado con él.

Pablo es quien mejor formula esta mística de la cruz de Jesús: “Estoy crucificado con Cristo; y ya no vivo yo, es Cristo el que vive en mí” (Gal 2, 19-20)

Se podría decir, en términos más modernos, que seguir a Cristo es una invitación exigente a renunciar a las imágenes ilusorias de nosotros mismos, que son fruto de nuestra imaginación. Todos más o menos buscamos ocultarnos nuestra propia verdad. Nuestra cultura desarrolla una red de imágenes con las que queremos identificarnos. La exaltación del yo se traduce en el menosprecio, a veces hasta el aplastamiento, de los otros. Vivir como Jesús es renunciar a toda falsa ilusión sobre uno mismo y darse a los demás.²⁰

El sacrificio de la cruz: interpretación del valor salvador de la cruz²¹

La muerte en la cruz de Jesús – vista desde la perspectiva de la resurrección – es la clave de bóveda de la enseñanza de la Iglesia desde el Nuevo Testamento hasta nuestros días. Ella recapitula de alguna manera todo el anuncio cristiano. Es por la cruz como se realiza la salvación definitiva de la humanidad.

La interpretación del valor salvífico de la cruz ha pasado por diferentes avatares a lo largo de los siglos. La Iglesia antigua del primer milenio, veía ante todo en el acontecimiento de la cruz una iniciativa gratuita de Dios, que venía en busca del hombre pecador para liberarlo. Es lo que podemos entender como una visión *de arriba a abajo*.

En los tiempos modernos el movimiento se invierte y se orienta (de nuevo) *de abajo arriba*. La principal preocupación no es ya saber lo que Dios hace por el hombre, sino lo que el hombre ha de hacer por su parte para volver a la amistad con Dios. Como ningún hombre estaba en condiciones de aportar lo que Dios exigía, Jesús vino para ofrecer la prestación necesaria, con el fin de restablecer la justicia que había sido gravemente violada por los hombres. Dios no podía perdonar a la humanidad hasta que no se hiciera justicia por la muerte de su Hijo. Esta interpretación remite a la idea de un Dios vengativo, que para dejar a salvo su justicia cae en la mayor injusticia. Se entiende que la desafortunada divulgación de tal doctrina en ciertos catecismos y en la predicación hasta hace poco diera lugar a una reacción hostil y se convirtiera en piedra de escándalo para la fe de muchos cristianos. Tendremos que

²⁰ SESBÖUÉ, B. En: “*Creer*” Capítulo 12 “*La pasión y la cruz de Jesús*”

²¹ SESBÖUÉ, B., En: “*Creer*” Capítulo 13 “*El sacrificio de la cruz*” pp 333-347



explicar lo mejor posible este punto, que nos conducirá en fin a la cuestión del sentido que para nosotros tiene la muerte de Jesús.

EL SACRIFICIO DE LA CRUZ A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

1. La sangre del sacrificio en el Nuevo Testamento

Jesús habla muy poco de sacrificio. Se muestra incluso muy severo al respecto. "El amor de Dios y al prójimo vale más que todos los holocaustos y sacrificios" (Mt 12,33). Para él lo esencial está en la manera de vivir para Dios y para el prójimo. Toda la vida de Jesús fue entrega por amor al Padre y a sus hermanos. Al hablar y vivir así, Jesús nos está diciendo lo que a partir de ahora será el sacrificio cristiano.

El sacrificio de los cristianos se conforma evidentemente con el de Cristo. Es una manera de vivir dando la preferencia a Dios y a los otros en la vivencia cotidiana del amor y, llegado el caso, en la prueba de la muerte. "Vivid en el amor siguiendo el ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros a Dios como ofrenda y sacrificio de olor agradable" (Ef 5,2)

2. El sacrificio de la cruz y el sacrificio cristiano

San Agustín (354-430) fue el gran teólogo del sacrificio en la Iglesia antigua. Nos da de él una definición paradójica, en la que ni siquiera menciona el elemento del sufrimiento. *"El verdadero sacrificio es todo lo que hacemos de bueno por Dios y nuestro prójimo durante toda nuestra vida, con el fin de vivir en una comunión que nos hace felices. El verdadero sacrificio es el que nos hace felices."*²²

El sufrimiento, que pertenece también al sacrificio, viene sólo en segundo lugar. En virtud del pecado tenemos ataduras desordenadas con el mundo creado, nos hemos hecho mentirosos y violentos, no somos ya dueños de nuestros deseos y tenemos que luchar para ofrecernos debidamente a Dios. En esta perspectiva, es todo el contenido de nuestra vida el que constituye el gran sacrificio que ofrecemos a Dios y a los otros hasta nuestra muerte. Toda la humanidad puede verse como realizando, lenta y dificultosamente, a lo largo de la historia, un único gran sacrificio de amor por el que se entrega a Dios, gracias al don que Cristo le hace al aceptar la cruz.

LA EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE SACRIFICIO EN LOS TIEMPOS MODERNOS

A lo largo de siglos, se ha producido en la Iglesia un retroceso en lo que toca a la comprensión del sacrificio. Ahora bien, a la pregunta inevitable: "¿Por qué la salvación del mundo pasa por la muerte cruenta de Jesús?", hay que responder sin vacilar: "Porque el pecado y la violencia de los hombres rechazaron a Jesús, el justo y el santo". Lo que hay de muerte se debe a los hombres, mientras que lo que hay de vida se debe a Dios (cf He 2,23-24). El designio amoroso de Dios ha sabido convertir el exceso de mal en exceso de bien.

²² Cf AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, X,6



La imagen de Dios vengativo

Nuestra salvación no es una transacción que se haya producido entre el Hijo y el Padre. Por desgracia, grandes pensadores han insistido demasiado en esta idea que es radicalmente falsa.

Nuestro sentido cristiano más profundo, así como la liturgia del Viernes Santo, nos dicen, por el contrario, que ese Jesús está en la cruz porque amó hasta el final, porque es el justo injustamente condenado. Es entonces cuando el horror de la muerte sangrienta se transforma en belleza.

Una idea falsa: expiar primero, ser perdonado después

(Como hemos visto) La idea falsa que ha difundido en cierta teología de los tiempos modernos, y en parte en la predicación, es que la humanidad debía expiar *primero* para que Dios accediera a mirarnos *después* con benevolencia.

Pero la muerte de Jesús no es una condición previa para el amor de Dios hacia nosotros. Dios, sin duda, tiene toda la iniciativa. Pero nada ocurre sin que los hombres respondan con su libertad, "Dios – decía san Agustín -, que te ha creado a ti, no te salvará sin ti". Dios no puede salvarnos con un golpe de varita mágica. Era necesario que su amor nos ganara, nos penetrara, nos convirtiera.

El sentimiento del sufrimiento

"Al decir esto, no quiero quitar importancia al peso del sufrimiento de Jesús. Lo que rechazo es únicamente la sacralización del sufrimiento en cuanto tal y el que se haga de él un fin en sí, como si lo importante fuera la cantidad del sufrimiento".²³

"No es el sufrimiento de Jesús el que nos salva, sino el amor con que vivió este sufrimiento, que es algo muy distinto".²⁴

Sobre el difícil problema del sufrimiento, que seguirá siempre siendo para nosotros un misterio que sólo se aclara en el sufrimiento de Jesús, hay que mantener al mismo tiempo cuatro ideas:

- a) El sufrimiento es un mal y seguirá siendo un mal. No tiene ningún valor positivo. Por eso debemos combatirlo siempre y en todo lugar, en nombre de la regla de oro del evangelio, el mandamiento del amor.
- b) El sufrimiento es un problema planteado a nuestra libertad. Ante el sufrimiento de alguna manera estamos "instados" a reaccionar. Hay cien maneras distintas de vivir un mismo sufrimiento. De nosotros depende dejar que ejerza su maleficio o darle sentido, convertirlo en cierto modo, haciendo de él el "combustible" de nuestro amor y nuestra autodonación.
- c) Pero para llegar a esta actitud necesitamos fuerza. Por su pasión y su cruz, precisamente Jesús ha cambiado y convertido el sentido del sufrimiento. Lo ha afrontado y le ha dado sentido por el modo en que ha salido a su encuentro, lo ha asumido y, finalmente, lo ha vencido.
- d) El cristiano, en fin, es invitado a sufrir con Cristo. Esta llamada de Cristo a seguirlo cargando cada uno con su cruz no apunta tanto al sufrimiento cuanto al "seguimiento de Jesús", al hecho de "estar con él". Es lo que

²³ SESBÖUÉ, p.342

²⁴ CONGAR, citado por Sesböué p. 342



decía san Pablo: "Ahora me alegro de sufrir por vosotros, y por mi parte completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1,24).

CONCLUSIÓN: LA "SEDUCCIÓN" DE LA CRUZ

¿Cómo nos salva la cruz?

A esta pregunta podemos responder pues: "Convirtiéndonos". En la cruz Cristo nos salva dándonos testimonio de un amor que es el único que puede convertirnos. Porque nuestra redención no es algo que tenga lugar entre Jesús y su Padre. Tiene lugar entre Jesús y su Padre por un lado, y nosotros por otro. El Padre envía a su Hijo para salvarnos. Este viene a compartir nuestra vida, a anunciarnos el reino de Dios, es decir, la misericordia de Dios con todos los pecadores. ¿Qué es lo que busca? Simplemente convertirnos: "Arrepentíos y creed el evangelio" (Mc 1,15) Por que Jesús no quiere salvarnos sin nosotros. Viene en cierto modo a "implorar" nuestra conversión a la fe y al evangelio. Pero esta conversión pasa por el uso de nuestra libertad. Ante esta propuesta, siempre somos libres de decir "sí" o "no".

Esta es en definitiva la "estrategia de la cruz", si se puede hablar así. En ella se recapitulan todas las interpretaciones ya dadas. Está toda ella ordenada a nuestra conversión. La cruz nos salva porque nos convierte.

Cuestiones para el grupo

- 1.- ¿Por qué crees que murió Jesús? ¿Quienes quisieron su muerte?**
- 2. ¿Por qué nuestra salvación y la de toda la humanidad pasa por la muerte de Jesús?**
- 3. ¿Qué sentido tiene para ti *la cruz de Cristo* y el requisito de *cargar con nuestra propia cruz* para seguir a Jesús?**



Comunidad Cristiana Ntra. Sra. del Recuerdo

Marzo 2009, 6ª reunión

LA REUNIÓN

Presentación del tema

DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS, AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS, SUBIÓ AL CIELO Y ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DE DIOS PADRE TODOPODEROSO

La fe en la Resurrección

La resurrección de Jesús pertenece al núcleo de la fe cristiana, al igual que la pasión y la muerte en cruz. Se ha podido definir al cristiano como el que cree en Cristo resucitado de entre los muertos.

Vamos a tratar de acercarnos a la resurrección sin olvidar nunca que estamos hablando de uno de los misterios fundamentales de nuestra fe: forma parte, por tanto, del misterio de Dios. No olvidemos lo que dice San Agustín "Si comprehendis, non est Deus: Si lo comprendes, no es Dios" (*Sermo* 52, 16: *PL* 38, 360). Lo cual no puede ser una excusa para justificar nuestra pereza mental, sino al revés, un acicate para reconocer que la realidad profunda de lo divino está, no más acá, sino más allá de nuestra capacidad de comprender, excede aquello que más obviamente es capaz de captar nuestra razón.

Ciertamente, la muerte de Jesús crucificado podemos afirmarla con bastante seguridad histórico-empírica. Pero no podemos asegurar con la misma certeza empírica su resurrección, ya que se trata de un acontecimiento de un orden distinto al puramente empírico-observacional. Cuando afirmamos que "Dios resucitó a Jesús de entre los muertos", lo que decimos no se refiere sin más a la dimensión cuantitativa de los hechos, observable por cualquiera; se refiere, más bien, a la acción de Dios en la historia, algo que concierne a los hechos en su dimensión de sentido apreciable por la fe. Si redujéramos el acontecimiento de la Resurrección de Jesús a la simple afirmación de una constatación empírica (algo así como la resucitación de su cadáver), le amputaríamos su dimensión profunda: el acontecimiento de Pascua perdería todo su sentido global y salvífico. Podríamos entonces legítimamente preguntarnos por los procesos físico-químicos en que ella habría consistido (otra cosa es que pudiéramos responder a esa pregunta) y por las garantías de verificación del hecho empírico. Ahora bien, aún tendríamos pendiente la pregunta decisiva, la que realmente interesaba a los discípulos tras la muerte de Jesús y la que nos interesa a nosotros como seguidores suyos en el siglo XXI: ¿Cuál es la última palabra dicha por el Padre sobre la vida, la misión, la acción y la



predicación de Jesús? La fe en la Resurrección responde justamente a esa pregunta.

Los primeros discípulos experimentaron (sea cual sea la forma en que hayamos de entender esto) que Jesús, el crucificado, el que ellos habían visto descender al reino de la muerte, estaba vivo, les acompañaba, les hablaba, les guiaba: Dios no le había dejado olvidado en "los infiernos". Quizás cuando expresaban esta convicción, tan honda y tan decisiva para ellos, y cuando transmitieron a las generaciones sucesivas de creyentes las experiencias que les llevaron a ella, no enunciaban hechos que resulten hoy para nosotros histórica y empíricamente demostrables. Enunciaban, sin embargo, su más honda verdad: la experiencia de que Jesús estaba vivo, que se manifestaba entre ellos, y que había sido resucitado por Dios. En todo caso, la fe de los discípulos en la Resurrección del Maestro, ya la capacidad de esa fe para transformar sus existencias, sí es un hecho prácticamente incuestionable desde el punto de vista histórico y empírico. Los textos evangélicos nos aportan la evidencia de la fe de los discípulos en la resurrección de Jesús. No pretenden demostrarnos la resurrección, sino anunciarla, proclamarla como una "buena noticia", la buena noticia decisiva.

"Descendió a los infiernos"

La expresión "descendió a los infiernos" no aparece en las primeras profesiones de fe cristiana hasta la segunda mitad del siglo IV. Aun entonces se entiende frecuentemente como estrictamente sinónima de "fue sepultado". No obstante, fue un lugar común de la doctrina cristiana desde los primeros tiempos la creencia de que Jesús, tras su muerte y antes de la resurrección, anunció la salvación a los muertos que esperaban en el *sheol* (en latín *ínferos*, lugar inferior donde se supone que habitan los muertos). ¿Qué puede significar esto para el hombre de hoy?

Confesar que Jesús descendió a los infiernos crea dificultades lingüísticas o conceptuales a algunos creyentes actuales. Algunas de ellas se resuelven si, siguiendo el criterio de los obispos alemanes, traducimos el término *infierno* por su equivalente más comprensible de *reino de los muertos*. La muerte de Jesús –tiene interés por lo pronto en afirmar el *Credo*, eludiendo todo docetismo¹ fue una muerte completamente real, no aparente o de pega. Jesús descendió realmente al mundo de los muertos.

Pero además, la afirmación de que Jesús bajó a los infiernos se ha interpretado siempre como un anuncio del carácter universal de la salvación ofrecida por Jesús. "La Pascua –afirma el teólogo Th. Schneider- no sólo es la confirmación de la rectitud de la trayectoria terrena de Jesús, sino también la superación y la salvación de esa

¹ Docetismo: doctrina de ciertos cristianos griegos del s. II que no podían admitir el realismo de la encarnación: Cristo no habría asumido una humanidad corporal idéntica a la nuestra.

situación de aislamiento absoluto dominada por el pecado que significa estar muerto: el que descendió al reino de los muertos es resucitado a la vida definitiva. Jesús murió realmente, pero, gracias a su resurrección, con su muerte domina al mal y a la muerte misma. Para Él y también para nosotros. Así se anuncia a todos los muertos y moribundos la 'provisionalidad' de la muerte para la vida y la posibilidad de su superación"².

Ya lo había afirmado con vehemencia argumentativa San Pablo: "Si de Cristo se proclama que resucitó de la muerte, ¿cómo decís algunos que no hay resurrección de los muertos? Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo ha resucitado, y si Cristo no ha resucitado, entonces nuestra predicación no tiene contenido, no nuestra fe tampoco" (1 Cor, 15, 12-14).

Quizás conviene que recordemos lo que el *Catecismo de la Iglesia católica* afirma en relación con todo este asunto: "Las frecuentes afirmaciones del Nuevo Testamento según las cuales Jesús "resucitó de entre los muertos" (Hch 3, 15; Rm 8, 11; 1 Co 15, 20) presuponen que, antes de la resurrección, permaneció en la morada de los muertos (cf. Hb 13, 20). Es el primer sentido que dio la predicación apostólica al descenso de Jesús a los infiernos: Jesús conoció la muerte como todos los hombres y se reunió con ellos en la morada de los muertos. Pero ha descendido como Salvador proclamando la buena nueva a los espíritus que estaban allí detenidos (cf. 1 P 3, 18-19)"³. "Cristo, por tanto, -aclara el Catecismo- bajó a la profundidad de la muerte (cf. Mt 12, 40; Rm 10, 7; Ef 4, 9) para "que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan" (Jn 5, 25). Jesús, "el Príncipe de la vida" (Hch 3, 15) aniquiló "mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo y libertó a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud" (Hb 2, 14-15). En adelante, Cristo resucitado "tiene las llaves de la muerte y del Hades" (Ap 1, 18) y "al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos" (Flp 2, 10)"⁴.

En definitiva, por seguir la explicación del Catecismo: "Hasta a los muertos ha sido anunciada la Buena Nueva..." (1 P 4, 6). El descenso a los infiernos es el pleno cumplimiento del anuncio evangélico de la salvación. Es la última fase de la misión mesiánica de Jesús, fase condensada en el tiempo pero inmensamente amplia en su significado real de extensión de la obra redentora a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares porque todos los que se salvan se hacen partícipes de la Redención"⁵.

² Theodor Schneider, *Lo que nosotros creemos*, Salamanca 1991, pág. 255.

³ *Catecismo de la Iglesia católica*, párrafo 632.

⁴ *Ibid.*, 635.

⁵ *Ibid.*, 634.

Al tercer día

"Murió por nuestros pecados según las escrituras, fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras" (1 Cor 15, 3-4). Esta es, sin duda, la más antigua confesión de fe del cristianismo. En este texto de Pablo aparece por primera vez la expresión temporal "al tercer día", que consta después en el Credo. Los Evangelios sinópticos también hablan de tres días: "Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches" (Mt 12, 40).

¿Cómo hay que entender esta expresión? ¿Literalmente como una datación cronológica?, ¿o debemos ver en ella otro sentido? Teólogos y exegetas más bien se inclinan por esta alternativa. Indican que el enunciado "al tercer día", que antecede al relato de la Resurrección, es la expresión de lo que podríamos denominar una inserción de la salvación escatológica en la historia concreta temporal. Lo que ese término pretende no es aportar un dato cronológico preciso, sino afirmar que, así como la muerte de Jesús sucedió realmente en la historia, también sucedió en la historia su resurrección. Y eso, no en un estadio final escatológico remitido "al final de los tiempos" o "más allá de la historia". "Al tercer día" significa "pronto", "muy pronto". Aducen los exegetas una referencia a la expresión de Oseas 6, 2: "Dentro de dos días nos dará la vida y al tercer día nos levantará", en la que no se hace referencia, desde luego, a días cronológicos, pero sí a la inmediatez e inminencia de la salvación de Dios. Dios no deja a su pueblo alejarse de él para siempre, ni le permite sufrir infinitamente. Está atento a salvarle, a devolverse a su cercanía, lo más pronto posible. "Tres días" (tres es el número de la pequeña totalidad) es también el tiempo que Jonás estuvo en el vientre de la ballena. Es igualmente el espacio de tiempo que transcurre entre el sufrimiento y la muerte de Jesús y su exaltación y elevación junto al Padre.

La locución "al tercer día" expresa, pues, la discontinuidad-continuidad entre la pasión y muerte de Jesús y su resurrección. Como afirma resumidamente Schneider, "esta frase es el recurso lingüístico para unir la cruz y la elevación (resurrección) de Jesús temporal y objetivamente. 'Objetivamente' significa aquí que se trata del ajusticiado poco antes en la cruz: el Elevado es el Crucificado. 'Temporalmente' significa el ingreso de la eternidad en la historia indicando en cierto modo el 'punto de contacto'... A pesar del contraste absoluto entre la muerte y la vida, entre la cruz y la resurrección, no hay que perder la vista la continuidad que existe primariamente en la *persona* de aquel cuyo destino exponen los textos...: el que se entrega por amor, el que se confía en las manos del Padre, muere para entrar en una nueva vida"⁶

⁶ Theodor Schneider, *Lo que nosotros creemos*, Salamanca 1991, pág. 266.



Resucitó de entre los muertos.

“Os lo entregaron, y vosotros lo matasteis crucificándolo por manos de los paganos; Dios lo ha resucitado; de lo que todos nosotros somos testigos” (Hch 1,23-24.32). He aquí otra formulación muy originaria de la primitiva fe pascual de la iglesia primitiva. Los apóstoles se presentan ante sus conciudadanos judíos como testigos de que el Jesús a quien, como era público y sabido por todos, ellos (sus oyentes) habían matado a través del brazo ejecutor de los romanos, ese Jesús ha sido “resucitado” por Dios.

En los testimonios evangélicos acerca de la resurrección los discípulos nos presentan a un Jesús al que han “visto” vivo después de su muerte, una muerte real, injusta y cruenta. Y lo han “visto” o “descubierto” (recuérdese el relato de Emaús) cuando ya creían, decepcionados, que todo lo de Jesús había fracasado, que estaban perdidas todas las esperanzas que él había suscitado en ellos mismos. Hay divergencias entre las diversas formas de expresar esa “visión”, pero todos concuerdan en que lo han visto vivo. Están seguros de que Dios ha resucitado a Jesús, lo ha devuelto a la vida. Ellos han experimentado esa realidad y se ofrecen como testigos de ella. Aunque sea enfrentándose a la incompreensión y la muerte.

¿Cómo surgió la fe en la resurrección en los discípulos? Al morir Jesús, sus discípulos debieron sentir intensamente el fracaso que significaba la crucifixión, y algunos debieron empezar a regresar a sus lugares de origen. En estas circunstancias la experiencia vivida de la resurrección de Jesús debió trastocar todos sus planes. Cuando intentan dar cuenta de esta experiencia, realmente única y extraordinaria, la transmiten por medio de relatos en que se recurre a hechos y experiencias como la tumba vacía y las apariciones del resucitado. ¿Cómo debemos entender estos relatos?

Las apariciones de Jesús.

El texto más antiguo, como ya hemos dicho, en relación a la resurrección, en el que encontramos que se da una gran importancia a las *apariciones*, lo encontramos en 1 Cor 15. Fue escrito por san Pablo sobre el año 50, con testimonios que él había recibido en los años 36-40. (Los relatos evangélicos se escriben sobre el 70). Dice así: “Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron. Luego se apareció a Santiago; más tarde, a todos los apóstoles. Y en último término se me apareció también a mí, como a un abortivo” (vv. 3-8). “Pues bien, tanto ellos como yo esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído” (v. 11). “Si no resucitó

Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe" (v. 14). Pablo aduce una nube de testigos conocidos por todos y aún vivos, y pretende también ser testigo del resucitado: aunque no ha conocido a Jesús, considera que el acontecimiento de Damasco es una experiencia de Resucitado tan válida como la de los otros relatos de apariciones" y se presenta, por tanto, también como testigo de la resurrección. Subraya, en todo caso, inequívocamente el papel central que la fe en la resurrección ocupa en el conjunto de la fe cristiana.

Otro relato relevante de aparición de Jesús es el que sucede en el Cenáculo: "estando a la mesa los doce discípulos, se les apareció y les echó en cara su incredulidad" (Mc 16, 14). Un relato semejante encontramos en Lc 24, 36-49. En el relato de Mc 16, 14-17 Jesús se hace presente a los discípulos durante la cena (puede verse ahí una alusión al rito eucarístico, como también sucede en el precioso relato de Emaús: Lc 24, 13-35), les hace testigos de su resurrección y les envía en misión a anunciar el evangelio. A esta proclamación se le llama kerygma y está fundamentada en el discurso de Pedro el día de Pentecostés (Hch 2,22-24; 32, 36)

Los evangelistas quieren subrayar sin duda la realidad de su experiencia de un Jesús que, después de su muerte, se les hace presente, está vivo junto a ellos, les consuela, les envía. Describen las apariciones como una presencia real e incluso carnal. "Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo", "trae tu mano y métela en mi costado" (Jn 20, 20-27). El mensaje que transmiten los discípulos es que Jesús se presenta como él mismo, pero con una forma totalmente distinta.

La tumba vacía

Otros textos evangélicos hacen referencia a la tumba vacía: "Y entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús" (Lc 24, 3). "Pedro se levantó y corrió al sepulcro pero sólo vio las vendas en el suelo" (Lc 24, 12). "Fueron algunos al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron" (Lc 24, 24). Es Juan en su evangelio el que relaciona el sepulcro vacío con los textos del A.T, y pone a la tumba vacía como dato importante para la fe en la resurrección.

¿Cómo leer estos relatos? En primer lugar, hay que decir que la tumba vacía no es, por sí sola, una prueba inequívoca de la resurrección, ya que la ausencia del cuerpo se podría explicar de otra forma (María Magdalena piensa que han robado el cadáver, algunos autores hipercríticos han hablado incluso de una posible impostura al respecto llevada a cabo por los discípulos). Ciertamente, la fe en la resurrección no puede apoyarse en el sólo testimonio, hoy estrictamente inverificable, del sepulcro vacío. Más bien podríamos decir tal vez que la fe en la resurrección encontró en el relato de la tumba vacía (Cfr. aparición a las mujeres: Lc 24, 1-10) una excelente

manera de visualizar la experiencia central de los discípulos la mañana de Pascua y la fe inquebrantable en la resurrección que nació en ellos ese día. Esa fe inquebrantable es la que se expresa de manera especialmente sintética en las palabras de los “hombres con vestido refulgente” que recoge el relato de Lc 24, 1-10: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí. Ha resucitado” (Lc 24, 5-6).

“Es evidente –afirma Th. Schneider- que estos pasajes de los evangelios no son meros protocolos informativos sino una predicación que actualiza, desarrolla, interpreta y aplica el acontecimiento. Es significativo a este respecto... que apoyen la fe en la resurrección primariamente en la experiencia del Viviente aparecido y no en el sepulcro vacío. El relato del descubrimiento del sepulcro vacío complementa y apoya la conciencia general y primordial: ¡Él vive! ¡Nosotros lo hemos visto!”⁷.

Jesús resucitado

Pablo trata de explicar a los corintios el cómo de la resurrección, adentrándose en un tema muy complicado: ¿Cómo resucitan los muertos?, ¿Cómo se diferencia un cuerpo terrenal de uno celestial? “Se siembra un cuerpo natural, se resucita un cuerpo espiritual” (1 Cor 15,15 a 44). Puede resultar provechoso leer ese fragmento, pero es difícil que aun así se aclare mucho la cuestión. El mismo Pablo dice que es muy difícil aclararla y que le resulta misteriosa e indescifrable. Por su parte, leemos también en Hech 13, 36: “Aquel a quien Dios resucitó no experimentó corrupción”. No tenemos ninguna imagen precisa de lo que puede ser un cuerpo resucitado en un universo que está más allá del tiempo y del espacio. La fe en la resurrección es fundamental y esencialmente una confesión del poder y la fidelidad de Dios y del destino espiritual que Él nos ofrece. El mismo Pablo puede afirmar con contundencia: “Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, la muerte ya no tiene señorío sobre él” (Rm 6,9).

Hc 10, 39-43 es un texto muy ilustrativo a este respecto: “*Lo mataron colgándolo de un madero, pero Dios lo resucitó Dios al tercer día e hizo que se dejara ver, no de todo el pueblo, sino de los testigos que Él había designado de antemano, de nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de la muerte. Él nos mandó que predicásemos al pueblo, testificando que Dios lo ha nombrado a Él Juez de vivos y muertos*”. En efecto, no son los discípulos los que ven al Señor, sino Él quien se manifiesta a ellos. No todos podían verle, sólo aquellos a quien “Dios había escogido de antemano”. A ellos Dios les deja ver, y les manda testificar, que Jesús es el Señor, Juez de vivos y muertos. La muerte de Jesús había hecho surgir en los discípulos la duda de si la relación entre Jesús y Dios era real. La

⁷ Ibid., pág 265.



experiencia de la resurrección les abre a comprender la verdadera dimensión divina de Jesús. La resurrección será aceptada en la iglesia como la gran prueba de la divinidad de Jesús, ya que este había reivindicado su filiación divina y con la resurrección tal filiación fue confirmada.

La resurrección de Jesús es el inicio del reinado de Dios. En ella empieza un proceso que nos afecta a todos. En ella se revela la apertura que libera de la cárcel de la muerte. "Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él". (Rom 6, 8-9). La participación creyente en el destino doloroso de Jesús nos abre a la participación en su vida resucitada: "Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por el poder del Padre, así también nosotros empezáramos una vida nueva. Porque si hemos quedado incorporados con él por una muerte semejante a la suya, también lo estaremos por una resurrección semejante (Rom 6, 4-5).

"La fe en el derribo de la barrera de la muerte y la esperanza en la resurrección de los muertos nos liberan para una vida contraria a la mera autoafirmación, cuya verdad es la muerte. Esta esperanza nos capacita para ser para los demás"⁸.

Subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre todopoderoso

"Para personas que consideran la tierra como el espacio vital de los hombres y el cielo como la esfera trascendente de Dios, es natural concebir el retorno de Jesús al Padre como subida, como ser elevado, como ascensión al cielo"⁹. La idea de "ascensión al cielo" está, pues, muy vinculada con una imagen cosmológica que ya no es necesariamente la nuestra. Para los judíos, en efecto, el cielo se situaba en la bóveda celeste, que era sujeta a la tierra por unas grandes columnas. En el "cielo" ¿y dónde si no? situaban ellos a Dios. Los hombres estaban "abajo", en la tierra. ¿Tenemos nosotros que pensar de esa manera?

Quizás es más apropiado dar importancia, no tanto de esa concepción espacial y cosmovisional caduca, cuanto a lo que la idea de "ascensión" venía a significar en ese contexto: "la resurrección liberó a Jesucristo de las condiciones de la vida terrena y le hizo entrar definitivamente en el espacio vital de Dios"¹⁰. Tras su "ascensión", Jesús es trasladado al ámbito de la vida global de Dios. Inaugura así un nuevo modo de presencia entre nosotros; no ya mediante apariciones puntuales, sino mediante su asistencia

⁸ Theodor Schneider, O. cit., pág. 272.

⁹ Ibid., pág. 275.

¹⁰ Ibid.



permanente. Envía su Espíritu a la Iglesia (Jn 16, 7). No nos deja huérfanos; está en nosotros y nosotros en él (Jn 14, 18-20).

La resurrección de Jesús y su "ascensión" abren para nosotros las puertas del "cielo", que en rigor significa la comunión plena del hombre con Dios, la felicidad y realización del hombre en Dios. El cielo evangélico es sinónimo de paz, luz, banquete de boda, vino del reino, Jerusalén celeste, paraíso y casa del Padre. Jesucristo, nos precede en el reino glorioso del Padre, para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos la esperanza de estar un día con él eternamente. El cielo evangélico significa que Jesús ha creado para nosotros la esperanza de salvación definitiva en Dios, que se comienza a realizar en este mundo y que no debería interpretarse en el sentido de una huida del mundo apartándose de los problemas concretos de la vida.

En otro orden de cosas, la expresión "estar sentado a la derecha" no significa tanto una ubicación cuanto una calificación. En el protocolo de los salmos regios ocupaba la derecha la persona más próxima al rey en dignidad y poder ("Oráculo de Yahvéh a mi Señor: Siéntate a mi diestra", Sal 110, 1.). Estos salmos regios fueron aplicados a Jesús en el cristianismo primitivo (Cfr. Hech 2, 32-36). Dios constituye a Jesús Señor y Cristo con poderes regios.

Ahora bien, la soberanía y el poder que aquí se expresan no es la de la tiranía, sino la del amor, consistente en abrir a todos los que le siguen el camino de acceso a Dios como Padre bondadoso y amante.

En definitiva, resucitar de entre los muertos, subir al cielo y sentarse a la derecha de Dios, no son hechos teológicos diversos, sino expresiones del mismo acontecimiento, el acontecimiento pascual. El hombre que vivió con nosotros, el primogénito de los muertos, nos abrió el camino a la vida. "Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados" (Rom 8, 15-17).

Cuestiones para el grupo

- 1. ¿Dónde encuentras hoy al Jesús crucificado?**
- 2. ¿Cómo es tu relación con el Jesús resucitado?**
- 3. ¿Qué significa hoy ser testigos de la resurrección?**

BIBLIOGRAFÍA

- 1.-"Lo que nosotros creemos", Theodor Schneider, editorial Sígueme. pag 347 a 395.
- 2.-"Creer", Bernard Serboüé, editorial San Pablo, pag 349-375.



3.-"Catecismo de la iglesia católica": Jesús descendió los infiernos, al tercer día resucitó 631-667.

PARA SABER MÁS

1.-"Teología para comunidades" Castillo, pag 165-177. La resurrección de Jesús.

2.-"La resurrección de Jesús", Manuel Gesteira.

3.-"Cristología para empezar" J. R. Busto, La resurrección de Jesús, Cap 91-110

4.-"Libro de arena", Ariel Alvarez, ¿Qué dice la Biblia sobre el infierno?



Comunidad Cristiana Ntra. Sra. del Recuerdo

Abril 2009, 7ª reunión

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

LA ORACIÓN

Ven Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre; don, en tus dones esplendido;
luz que penetras las almas; fuente del mayor consuelo.
Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo.
Tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lagrimas y reconforta en los duelos.
Entra hasta el fondo del alma, divina luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento.
Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo,
doma al espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.
Reparte tus siete dones según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno. Amén.

Petición (propia de todo el mes)

Envíanos, Señor, tu Espíritu. Sin Él nada podemos. Nos da la vida, la paz, la serenidad. Nos ayuda a crecer en el amor, nos enseña a orar, nos hace sentir hijos en el Hijo. Espíritu de sabiduría, templanza, fortaleza. Espíritu de Dios que habita en lo más profundo de nuestros corazones.
Danos tu Espíritu, Señor, tu Espíritu Santo. Amén

Puntos para la oración:

¿Quién es el Espíritu Santo?

Decimos que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad; nuestro Dios es Comunidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Padre, creador de cielo y tierra, que nos es revelado por medio del Hijo, *"el Padre y yo somos uno"* (Jn, 10-30), y que se nos hace presente por el Espíritu. Sólo por la acción del Espíritu podemos decir Jesús es el Señor, y por Él, reconocer a Dios como Padre.

Al principio, antes de la creación, ya el Génesis nos describe como *el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas*, y cuando crea al hombre sopla sobre él y *le infunde un hálito de vida*. Cuando el profeta Elías quiere encontrar a Dios no lo hace en el fuego, ni en el viento, ni en el terremoto, sino en un suave susurro que recorre su interior. El espíritu es esa presencia de Dios que lo invade todo y todo lo hace nuevo. ¿Busco esa presencia en mi interior? ¿Siento que me habla? ¿Me pongo a la escucha?

Jesús nos promete el Espíritu, nos dice que no nos dejará solos, que nos enviará el Paráclito, el Consolador que habitará en nosotros y nos llevará al conocimiento de la verdad. Es por el Espíritu como Dios se hace visible hoy. Pero es difícil describirlo, al Padre y al Hijo podemos acercarnos y nombrarlos, pero el Espíritu no tiene rostro, es esa fuerza transformadora que nos impulsa, es el Amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones y que nos lleva a decir "Abba", Padre. El don del Espíritu es una manifestación de Jesús resucitado que mantiene su promesa. *"Yo oraré al Padre. Él os dará otro defensor que permanecerá con vosotros para siempre. Es el Espíritu de la verdad"* (Jn 14,16-17) En Pentecostés, los apóstoles reunidos en el Cenáculo, lo reciben y de ser unos sencillos pescadores atemorizados, pasan a ser testigos de la Resurrección. Ya no

tienen miedo, el Espíritu los impulsa a salir y decir al mundo que Jesús, el que había muerto, está vivo. Nosotros también hemos recibido ese Espíritu de Dios, su Amor infinito que habita en nuestro interior y que nos hace llamarlo Padre, ese Amor que transforma y que nos hace ver el mundo con unos ojos nuevos, los ojos de Dios. ¿Reconozco su acción en mí? ¿Y en el mundo? Ante los problemas que nos rodean ¿Puedo descubrir esa mirada amorosa de Dios al mundo? ¿Siento que soy yo quien tiene que hacerlo más humano?

Es el "Espíritu de la verdad" que nos ayuda a reconocer la verdad y el bien, a discernir nuestra realidad, a reconocer el bien que llevamos dentro como un tesoro escondido, pero que también nos ayuda a descubrir y aceptar nuestra propia fragilidad, nos enseña a no aislarnos, a no sentirnos solos. Es nuestro consuelo y fortaleza. Es la presencia de Dios que mora y permanece siempre con nosotros. Es la misericordia de Dios, fundamento de nuestra esperanza. ¿Quién es para mí el Espíritu Santo? ¿Cómo puedo percibirlo?

Vida en el Espíritu

El Espíritu es la manifestación del Amor de Dios, es el Amor absoluto, es Dios mismo habitando en el corazón del hombre, de todo hombre, de toda cultura y de todo tiempo. Todos tenemos experiencia de amar, de ser amados, o por desgracia de falta de amor. Por eso nuestra reflexión se va centrar principalmente en ello, no puede haber vida en el Espíritu sin amor. Von Balthasar nos dice en su libro *SÓLO EL AMOR ES DIGNO DE FE*: "los que aman son los que más saben de Dios, es a ellos a quienes los teólogos tienen que escuchar" Vivir en el espíritu es vivir en el Amor de Dios, es comunicarlo, es hacerlo creíble para los demás. Nuestra vida es el camino hacia Dios y todo en ella ha de ser para su alabanza. Es el Espíritu el que actúa, muchas veces a través de cosas que pueden parecer insignificantes, pero que nos hacen sentir que nuestras vidas están en sus manos y nos llevan a fiarnos de Dios. ¿Hacia dónde siento que me está llevando el Espíritu? ¿Estoy disponible y abierto a su acción? ¿Cómo respondo a su llamada? ¿Puedo hacerlo presente entre los hombres con mi vida?

Creo en el Espíritu Santo de Dios que movió a Jesús. Creo en el Espíritu Santo de Dios que mora en nosotros, suscitando y cuidando la confianza en las horas oscuras. Él mora en lo más adentro de ti, y tú moras en él. Siempre te acoge, te comprende y te cobija dulcemente. Es espíritu, alma, vida. Es dinamismo, relación, comunión divina. Es aliento, viento, agua. Es ungüento, es consuelo, es compañía. Es el tú y es el yo y es el nosotros de nuestro yo. (J. Arregui. La fe de Jesús nos sostiene). El Espíritu de Dios nos sostiene, nos anima y nos ayuda aunque la vida esté llena de contrasentidos y de dolor. En mis horas oscuras ¿siento que el Espíritu me sostiene? ¿Permanezco fiel a pesar de todo?

Estamos habitados por el Espíritu Santo, que es la persona de la Trinidad más cercana a nosotros, que actúa desde nuestro interior, de forma invisible y callada, pero activa y eficaz. ¿Nos reconocemos criaturas de Dios? ¿Agradecemos a Dios la vida? ¿Fundamenta nuestra existencia el haber sido queridos por Dios?

El Espíritu hoy: sus dones

¿Cómo descubrimos hoy el Espíritu? No lo vemos y lo expresamos muy torpemente, es una realidad muy superior a nosotros y las palabras se quedan muy cortas para describirlo. Pero si hay algo evidente, su acción en el hombre. El Espíritu nos comunica sus dones y es a través de ellos como se hace patente en nuestra realidad personal y comunitaria. Su manera de actuar es:

- Dando luz para entender que somos criaturas únicas e irrepetibles, amadas y elegidas por Dios.
- Dando fuerza para cumplir la voluntad de Dios que nos sería otra que "EN TODO AMAR Y SERVIR", eligiendo siempre todo "en tanto en cuanto me sirva para el fin para el que he sido creado". (E.E.)
- Abriendo nuestra mente para comprender las Escrituras.



- Fortaleciendo nuestra fe para que adoremos el Misterio aunque no podamos comprenderlo ni abarcarlo.
- Uniéndonos en comunión con Dios y con todos los hombres formando todos un mismo cuerpo que ha de llegar a la plenitud en Dios al final de los tiempos.
S. Pablo, en su carta a los Gálatas nos exhorta a caminar según el Espíritu (Gal, 5,16), y a vivir según Él *"si vivimos gracias al Espíritu procedamos también según el Espíritu"* (Gal 5,25). Pidamos que nos conceda sus dones para que nuestra vida se vea colmada del Amor de Dios y así poder signo y presencia de ese Amor entre los hombres. ¿Damos gracias por tanto bien recibido? ¿Pongo mis dones al servicio de los demás?

Dones del Espíritu

El Espíritu nos asiste con sus siete dones y los reparte según su voluntad:

- Sabiduría

El Espíritu es el interprete de las palabras de Jesús *"Cuando venga el Espíritu de la verdad, os iluminará para que podáis entender la verdad completa"* (Jn 16,12-14). Toda revelación se nos ha dado en Jesús, pero es el Espíritu el que, a cada generación, a cada persona, irá guiando en la **verdad** toda. Aquello que dice la Escritura: *"Lo que el ojo nunca vio, ni oreja oyó, ni hombre alguno ha imaginado, lo que Dios ha preparado para los que le aman"* (1Cr 2,9-12) nos lo ha revelado Dios a nosotros por medio del Espíritu. Porque es el Espíritu el que sondea todo, incluso lo profundo de Dios. A ver ¿quién conoce a fondo la manera de ser del hombre sino es el espíritu del hombre que está dentro de él? Pues lo mismo: la manera de ser de Dios nadie la conoce sino es el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios: así conoceremos a fondo los dones que Dios nos ha hecho. ¿Qué es para mí la revelación? ¿Hasta que punto puedo hablar del Dios en quién creo? ¿Quién me da el conocimiento de cómo es ese Dios? ¿Cuál es la verdad sobre Dios?

- Inteligencia

No se trata de la inteligencia que nos hace diferentes por ser más "listos" y nos coloca a unos por encima de otros, sino caer en la cuenta de lo importante, de lo que nos hermana y nos hace hijos de Dios (Hch 4,32) En el grupo de creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía. Los dones recibidos ¿son para mi provecho? ¿Han de estar al servicio de la comunidad? ¿Cómo los agradezco?

- Consejo

Es la palabra ante el hermano solo, triste, desamparado, equivocado... necesitado de luz; no es la imposición de un criterio, sino la compañía y ayuda para descubrir el propio camino. Para conocer al hermano y su necesidad tenemos que interesarnos por él, buscarle, escucharle, hacer nuestras sus preocupaciones siendo cercanos. ¿Huyo del que me va a contar sus problemas? ¿Escucho "cotilleos" o procuro conocer para allanar relaciones, desdramatizar, sembrar paz, buscar reconciliación y el perdón, hacer caer en la cuenta de nuestras limitaciones que siempre generan dolor? Estamos muy necesitados de este don de consejo, nuestra palabra puede ser, en ocasiones, fuente de consuelo, de ayuda, de paz, de compañía... ¡Danos Señor tus dones!

¿Me acerco al triste, al solo, al enfermo...dándole mi apoyo y mi compañía? ¿Intento estar a la escucha sin imponer mis criterios? ¿Sé acompañar sin juzgar?

- Fortaleza

Las encrucijadas de la vida nos ponen a veces en situaciones difíciles, donde todo se nos tambalea, nos sentimos naufragar y pensamos que Dios no nos escucha...pero en nuestro grito de auxilio, lo recordamos calmando los vientos de tempestad, (Mt 8, 25-27) o le contemplamos manteniéndose fiel hasta el final de su Pasión(Lc 23,46). En nuestro miedo y nuestra sensación de que todo se acaba está

Jesús tendiéndonos la mano y diciéndonos “¿Por qué dudas?, no temas”. La experiencia de fortaleza, de sentirnos seguros y apoyados en aquel que nos sostiene, nos hace poder entregar fortaleza a los demás. El dolor y la cruz son compañeros de viaje de todo hombre; huir de ellos, buscar consuelos falsos y evasivos es una gran tentación. ¿Cuál ha sido mi referente en estas situaciones? ¿Qué importancia tiene, para mí, la frase de Jesús “venid a mí los cansados y agobiados que yo os aliviaré”? ¿Es realmente la entrega de Jesús consuelo y fortaleza para todo sufrimiento humano?

- Ciencia

El conocimiento cierto de las cosas es un don del Espíritu. El hombre solo no llega al conocimiento absoluto que es privativo de Dios. La ciencia divina nos fundamenta la fe, nos da argumentos de discernimiento, humildad en la contingencia y nos hace sentirnos en manos de Dios. Pero el hombre se interroga continuamente y busca respuestas a todos los acontecimientos de la vida, aunque siempre quedan preguntas sin contestar. Es entonces cuando damos el salto de la fe, pero no de una fe ciega, sino de una fe que busca comprender, que pide la ayuda del Espíritu, pues “es el mismo Espíritu el que viene en ayuda de nuestra flaqueza” (Rm 8,26). Solos nada podemos, por eso Pablo en su predicación dice a la comunidad de Corinto (1Cr 2,3-5) *“Yo me presenté ante vosotros con una sensación de impotencia y temblando de miedo; mis discursos y mi mensaje no usaban argumentos hábiles y persuasivos, la demostración consistía en la fuerza del Espíritu, para que vuestra fe no se basara en saber humano, sino en la fuerza de Dios”*. ¿Confío en mis cualidades, inteligencia, cultura, estrategias para hacer lo que Dios quiere de mí? ¿Acaso Dios no pide siempre lo imposible para el hombre? ¿Pero no es cierto también que a través de su Espíritu nos da las fuerzas para que lo imposible se haga realidad? ¿Trabajo como si todo dependiera de mí pero sabiendo que todo depende de Dios?

- Piedad

Piedad es la misericordia que suscita el amor de Dios en nuestros corazones. Piedad es ese encuentro misterioso que nos acerca a Dios y al hermano. Pero es un amor callado y discreto, que no avasalla ni se impone, que actúa desde dentro, y al que hay que saber escuchar. Sólo la oración nos hace entrar en nuestro interior y en el silencio escuchar su voz. “Vivid en constante oración y súplica guiados por el Espíritu” (Ef 9,18). Sólo a través de la oración podemos descubrir, como S. Agustín, que Dios es lo más íntimo que mi propia intimidad. ¿Hago oración para entrar en mi interior sagrado, para conocer más a Dios y configurarme con Él; para poder llegar a decir con S. Pablo “ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí”? A veces mi oración puede estar llena de silencios y me cuesta hacerla, pero el Espíritu viene en nuestra ayuda para no desfallecer ¿Soy constante en mi oración? ¿Busco mis espacios de silencio?

- Temor de Dios

Temor no es sinónimo de miedo sino del más absoluto respeto ante lo inefable. Es la experiencia de Moisés ante la zarza ardiendo que le hace descalzarse porque está en la presencia de Dios. Es sentirnos pequeños ante su infinitud y su Amor, es la experiencia ante el milagro de la vida, del niño recién nacido, y al mismo tiempo constatar la absoluta indigencia y fragilidad que nos hace sentir temor y temblor ¿Cómo no sentir ese temor y temblor ante la presencia del Amor incondicional que se nos entrega, que se nos hace accesible y cercano, de todo un Dios a mi disposición? ¿Qué me hace sentir al ABSOLUTAMENTE OTRO?

No hay amor sin perdón, ese es el gran testimonio de Jesús en la cruz. Perdonar es optar por la vida, salir del círculo del rencor que se retroalimenta y encapsula. No es fácil salir del sentimiento de rencor ante la ofensa, consideramos legítimo el rencor, pero la realidad es que va contra el amor y por eso destruye. El perdón me abre a la vida porque no me cierra en el rencor paralizante. Toda persona necesita



más amor del que merece y lo importante es hacer realidad ese **más** devolviendo perdón por ofensa. ¿Qué tengo que perdonar aún que me impide amar? ¿Qué fuerza he de pedir al Espíritu Santo para que cambie mi rencor en agradecimiento? El AMOR, con mayúsculas es imposible para nuestras fuerzas. Es el Espíritu Santo el que nos llena de ese Amor para que fluya entre todos los hombres, para que vivamos en y según el Espíritu. S, Pablo nos describe los frutos del Espíritu (Gal 5,22-23): amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí. Por sus frutos sabremos si nuestras acciones son conforme al Espíritu. Pertenecemos a Jesucristo porque tenemos su Espíritu, vivimos en comunión con Él y formamos un solo cuerpo. La oración diaria nos pone en contacto con el Espíritu que habita en nosotros: eso es lo fundamental, lo demás es relativo ¿No es ese el verdadero motivo de alegría y paz? ¿Vivo y transmito paz, perdón, serenidad, comprensión? ¿Dejo mi corazón abierto para que el Espíritu me conceda sus dones?

Para orar

La oración es una fe expresada, es un don, es entrega, es disponibilidad, es escucha, y nuestra oración cristiana es oración en el Espíritu para que la ordene hacia Dios. A lo largo de este mes pidamos al Espíritu Santo de nos colme de sus dones, que cambie nuestro corazón de piedra por uno de carne, que nos haga sensibles a su presencia para que así pueda manifestarse el poder y la fuerza de Dios obrando en el mundo y en el hombre.

Lo que cuenta es el Amor y el Amor todo lo puede.

Dios es Amor y todo Amor es de Dios.

El Amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. ¡Ven Espíritu Santo!

LA REUNIÓN

Oración inicial del grupo: "Creo en el Espíritu Santo"

A. Invocación inicial

Todos: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Lector: Señor y Dios nuestro. Estamos aquí reunidos en tu nombre en reverente actitud de Espera. Confiamos en tu promesa de enviarnos el Espíritu Santo y sabemos que nada podemos hacer para ello que no sea Pedir confiadamente y Esperar. Queremos romper nuestro silencio desde el que nos refugiamos para orar de corazón a corazón, para orar aunando todas nuestras voces en un único clamor que te implora derrames sobre nosotros tu Espíritu. Sólo así se producirá el milagro por el que podremos cambiar al ritmo que quieras modelarnos. Sólo así seremos capaces de ver en cada rostro, tu rostro; de perdonar sin límites; de trasladar tu libertad que rompe todas las cadenas; de ser y dar luz en medio de las sombras; de que se cumpla en nosotros el plan de Dios, Tu plan. ¡Ven Espíritu Santo! (Breve pausa)

B. Lectura de texto bíblico (Hch, 1,3-9)

Después de su pasión, Jesús se presentó a ellos, dándoles muchas pruebas evidentes de que estaba vivo: se apareció durante cuarenta días y les habló de las cosas del reino de Dios.

Una vez que estaba comiendo con ellos les mandó que no saliesen de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre, de la que os hablé; porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días. Los que estaban con él le preguntaron: «Señor, ¿vas a restablecer ya el reino de Israel?». Les respondió: «No os toca a vosotros saber los tiempos y las circunstancias que el Padre ha fijado con su autoridad; pero recibiréis la fuerza del



Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros para que seáis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra».

C. Espacio de oración personal. Tiempo de silencio para interiorizar la Palabra y, en su caso, libremente, oración en voz alta de los miembros que lo deseen

D. Rezo de Salmo 103 (1-2.24-30)

Lector: Ven, pues tú eres el deseo que vive en mí.

Todos: Ven, pues tú eres el deseo que vive en mí.

Lector: Ven, luz verdadera. Ven, vida eterna. Ven, misterio oculto. Ven, tesoro sin nombre. Ven, realidad inefable.

Todos: Ven, pues tú eres el deseo que vive en mí.

Lector: Ven persona inabarcable. Ven, gozo sin fin. Ven, luz que nunca se pone. Ven, esperanza cierta de salvación. Ven, redención de los caídos.

Todos: Ven, pues tú eres el deseo que vive en mí.

Lector: Ven, resurrección de los muertos. Ven, Todopoderoso que sin cesar creas, reformas y cambias todas las cosas por tu sola voluntad. Ven, invisible, intangible, inaprensible. Ven, primer motor inmóvil, cercano a nosotros. Ven, pues tu nombre nos llena de anhelo y está siempre en nuestros labios.

Todos: Ven, pues tú eres el deseo que vive en mí.

Lector: Ven, aunque no sepamos ni podamos decir quién eres ni cuál es tu naturaleza. Ven, único de los únicos. Ven, pues tú eres el deseo que vive en mí. Ven, mi aliento y mi vida. Ven, consuelo de mi alma humilde. Ven, mi gozo, mi gloria, mi alegría infinita.

Todos: Ven, pues tú eres el deseo que vive en mí.

E. Oración final

Lector: Habla, Señor. Credo, Domine. Creo que estás en lo más profundo de mi ser. Habla, Señor, que tu siervo escucha. Tu siervo escucha... habla, Señor. Habla, di la palabra creadora. La que hace lo que dice. La que creó el mundo. La que se encarnó y lo salvó. Esa misma palabra que habita en el fondo de mi alma tan silenciosa... porque no soy digno de escucharla, pero que quiere hablarme.

Quiero oírte, Señor, Palabra que fuiste desde el principio, por quien fueron hechas todas las cosas. Di esa palabra. Hazte sentir... que tu siervo escucha. Desea oírte... habla.

Esa palabra llena de Espíritu que expira un amor personal, un amor que transforma el corazón, y de corazones de piedra como el mío, debe hacer corazones de carne, corazones que arden, como los de Ignacio, Javier, Teresa...

Esa palabra llena de fuerza, que al transformarse en mi interior y subir a mis labios y a mi conciencia va transformando a su paso todo mi ser.

Todos: Háblanos, Señor, que necesitamos oírte. ¡Háblanos, que tus siervos escuchan! Pedro ARRUIPE, SJ (Bogotá 1977)

Presentación del tema

Creo en el espíritu santo

Símbolo de los Apóstoles	Credo de Nicea-Constantinopla
Creo en el Espíritu Santo	Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas

En el credo los cristianos proclamamos nuestra fe en **Dios Padre**; en **Jesucristo**, Dios y hombre verdaderos, y en el **Espíritu Santo**; reconociendo así que "la vida que tiene su origen en el Padre (creador), su centro en el Hijo (Dios en la historia), encuentra su perfección y nos es comunicada por el Espíritu Santo" (que vive en la Iglesia) y nos conduce al encuentro con el Padre.

No es fácil hablar de Dios a los hombres de hoy; y más difícil aún hablarles del Hijo de Dios. Pero la dificultad crece al hablar del Espíritu Santo de Dios, que no es posible captar, ni representar, ni, por supuesto, pintar.

1. ¿QUÉ QUIERE DECIR EN REALIDAD ESPÍRITU SANTO?

Significado del término espíritu

En el Diccionario de la Lengua Española encontramos entre otras acepciones: Ser inmaterial y dotado de razón, alma racional, don sobrenatural y gracia particular que Dios suele dar a algunas criaturas.. *Espíritu de profecía*. Principio generador, carácter íntimo, esencia o sustancia de algo. *El espíritu de una ley, de una corporación, de un siglo, de la literatura, de una época*. Vigor natural y virtud que alienta y fortifica el cuerpo para obrar. *Los espíritus vitales*. Ánimo, valor, aliento, brío, esfuerzo, vivacidad, ingenio. Espíritu Santo: tercera persona de la Santísima Trinidad que procede igualmente del Padre y del Hijo.

En el lenguaje cotidiano se habla mucho de "espíritu" en las más variadas fórmulas: expresiones como "exhalar el espíritu", despertar los espíritus vitales, recuerdan la relación del espíritu con la vida. Hablamos con naturalidad del "espíritu" (y la letra) de un tratado, del espíritu de una constitución, de un partido, de un grupo, dando a entender que el espíritu está relacionado con la *totalidad*, que él pone en juego lo radicalmente *unificante* y común, lo auténtico. Pero también hablamos de "conjurar los espíritus" que evoca el momento de lo inefable, lo *invisible*, lo difícil de palpar.

Todas las lenguas tienen una palabra para denominarlo, pero no es fácil determinar qué es, ni siquiera gramaticalmente hablando; **spiritus** es masculino en latín, **ruaj** es femenino en hebreo y **pneuma** es un término neutro en griego.

También el espíritu aparece en la historia de las religiones como un fluido mágico, una especie de sustancia misteriosa y supranatural, de naturaleza dinámica, que se consideraba necesaria para la vida; algo espiritual, de tipo animista, pero no un espíritu o fantasma. Según ciertas creencias los que habitan en diversos elementos animales.

Para los hombres de los antiguos tiempos bíblicos, el Espíritu era a la vez accesible e inaccesible; invisible pero poderoso; importante para la vida, como el aire que se respira, aliento vital y cósmico, cargado de energía como el viento y la tormenta.

Si se toma en sentido amplio, la palabra "espíritu", es uno de los "conceptos" más difíciles de abarcar y definir. En un sentido más estricto, hablamos de Espíritu (= "ruah": aire, aliento vital) Santo (= "hagios": no terreno, separado, divino) para expresar la trascendencia, lo inenarrable, la fuerza que viene de Dios.

Espíritu es por tanto algo muy diferente de una persona humana. ¿En qué sentido es ese espíritu el Espíritu Santo?. El Espíritu es santo en cuanto que se distingue del espíritu no-santo del hombre. El Espíritu Santo es Espíritu de Dios.¹???

2. ¿QUIÉN ES EL ESPÍRITU SANTO?²

Para desarrollar este tema hemos seguido con fidelidad los textos de Bernard Sesboüé³ y Theodor Scheneider⁴ y dejado que sean los textos

¹ Sobre textos contenidos en: KÜNG, H. *Creer*, Editorial Trotta, Cap V.

² SCHNEIDER, Th. *Lo que nosotros creemos*. Pág 300-304

³ SESBOÜÉ, B. *Creer*, San Pablo, pág. 447-454

bíblicos los que nos hablen, más que nuestras palabras, de quién es el Espíritu Santo.

Los cristianos confesamos nuestra fe en el Espíritu Santo que es considerado por muchos teólogos el dogma central de la fe cristiana. Sin embargo, para muchos el Espíritu Santo es el Dios desconocido, oculto, íntimo; les cuesta representárselo como la tercera persona de la Trinidad, según aprendimos en los catecismos, y la devoción a él es menor que a las otras dos personas divinas.

En la Edad Media, se dedicaban al Espíritu santo, obras, hospitales, casas donde cuidaban a los más pobres y miserables, conscientes de que lo que hacían era fruto del amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu santo que él nos dio. Sin embargo en la teología y en la espiritualidad occidental ha habido una especie de olvido del "Espíritu" del que se ha tomado conciencia en los últimos años:

- Es relativamente reciente en la liturgia occidental el restablecimiento en las Plegarias eucarísticas, antes de la consagración, de la invocación al Espíritu para que transforme los dones, las ofrendas y la comunidad, que ya estaba muy presente en la tradición de la iglesia oriental: *"Por eso, Señor, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti, de manera que sean cuerpo y sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que nos mandó celebrar estos misterios"* (Plegaria III)
- La "crisis de oración", la "pérdida de relación con la realidad que sufre nuestra fe", la "falta de experiencia de fe" identificada a veces como "crisis general de fe", son muestras de este olvido.

3. EL ESPÍRITU SANTO EN LA BIBLIA

a) *En los escritos del Antiguo Testamento*⁵

Examinaremos por su importancia cómo vivió y describió Israel en su historia el espíritu de Yahvé.

1. **Tempestad espíritu, vida.** Los testimonios del pueblo judío hacen referencia de múltiples modos a esa fuerza misteriosa, poderosa, que se llama espíritu de Dios, *ruaj*, que en el inicio del relato de la Creación, es la "tormenta" que se mueve sobre las aguas, y es también tempestad, viento, respiración, aliento, soplo. El hombre, hecho de arcilla, debe al **aliento de Dios** su realidad como ser vivo. (Gen 2, 7). Ninguna vida puede durar sin él (Salmo 104).⁶

2. **La fuerza irresistible de Dios.** El Espíritu es esa fuerza, ese poder invisible de Dios que actúa creando o también destruyendo, para dar vida o para llamar a juicio, que actúa tanto en la creación como en la historia de Israel y que, más tarde encontraremos en las comunidades cristianas posteriores. Esa fuerza puede acometer a los hombres –según la Escritura- violenta o silenciosamente; actúa sobre Moisés y los Jueces de Israel (Jue 3, 9 ss.), sobre guerreros, cantantes y reyes, sobre profetas y profetisas, sobre apóstoles y discípulos

3. **Dios obra y actúa en el hombre.** Dentro del Antiguo Testamento el profeta Ezequiel profundiza en el conocimiento del Espíritu de Dios en un doble aspecto: a) de cara a Dios mismo: *"El Espíritu me cogió y me arrebató y marché decidido y enardecido."* (Ez 3,12 y 14). Para él, el Espíritu es siempre de Yahvé, aunque no lo mencione, pues es Dios el que obra y actúa en esa fuerza. b) **El Espíritu de Dios se comunica con el hombre, permaneciendo y habitando en él.** Ya no se considera la acción de Dios como una fuerza irresistible, pero ocasional, actuando a intervalos, sino como algo que obra en el interior del hombre otorgándole un modo nuevo de pensar, sentir y obrar.

⁴ SCHNEIDER, Th. *Lo que nosotros creemos*. Trad española. Sígueme (1991) Verdad e imagen nº 115. III Cap 1, pág 299-339

⁵ SCHNEIDER, Th. *Lo que nosotros creemos*, pág 308-312

⁶ "Si les privas del aliento, perecen y vuelven al polvo. Envías tu soplo y los creas, renuevas la faz de la tierra.



Aunque Israel deshonró el nombre de Dios y sufrió el destierro, hay una esperanza de salvación para el futuro.⁷ Se producirá un **trasplante del corazón**; en lugar del corazón frío y duro, nos dará un corazón de carne, un corazón que palpita al ritmo de Dios, capaz de sentir, compadecer, esperar y amar. (*"Os recogeré por las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. Os rociaré con agua que os purificará, de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar. Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo;; arrancaré de vuestro pecho el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu y haré que caminéis según mis preceptos y que pongáis por obra mis mandamientos"*)

Los últimos libros del Antiguo Testamento, en particular los que hacen hablar a la misteriosa "Sabiduría" de Dios consideran al Espíritu casi como una persona.

b) En los escritos del Nuevo Testamento

Jesucristo el Ungido por el Espíritu (Hech 10, 38)

El nuevo testamento describe la acción plena del Espíritu en Jesús de Nazaret. El Espíritu santo es la fuerza activa e impulsora de la existencia de Jesús, hasta el punto de hacer de este Jesús de Nazaret el Cristo, el Ungido, el Mesías del nuevo reino de Dios. Jesús, lleno de Espíritu, revela definitivamente lo que será del hombre y del mundo.

Así el Espíritu aparece como

- **Poder de Dios, que se posa sobre Jesús y permanece con él.** *Evangelios sinópticos*

- **Principio activo** más que una persona propiamente dicha. *Lucas*

- **Fuerza divina** que cae sobre los discípulos y los paganos de manera súbita como caía sobre los profetas del AT. *Hechos de los Apóstoles*

- **Atribuyen al Espíritu el carácter de sujeto.** *Pablo y Juan*

- Pablo: "El Espíritu clama en nuestros corazones: ¡Abba, Padre! (Gal 4,6; Rom 8,15)"; "da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios" (Rom 8,16); "emite gemidos inenarrables" (Rom 8,26); "reparte sus dones como quiere" (1 Cor 12,11); "es un Espíritu de libertad" (2 Cor 3,17) y funda así la libertad de los hijos de Dios.

- En Juan, Jesús lo llama "otro **Paráclito** (14,16), es decir, otro "**defensor**" o "**abogado**", comparable al mismo Jesús; él será quien enseñe todas las cosas y mantenga viva la memoria de los discípulos (14,26).

De todos estos datos se deduce que el Espíritu es un sujeto, pero no lo es a la manera del Padre y del Hijo.⁸

No tiene rostro

El Padre tiene un rostro que el hombre no puede ver sin morir, pero que el Hijo ha revelado. El Hijo tiene un rostro manifestado por su humanidad. La dificultad del Espíritu Santo está en que no tiene rostro, no podemos estar frente a frente con él, no es un "tú"; sigue siendo siempre un "él". Siempre se habla de él en tercera persona del singular; siempre es alguien de quien se habla, no alguien a quien uno se dirige. El Espíritu aparece en el "nosotros" del Padre y del Hijo.

Se le representa en el Nuevo Testamento con símbolos objetivos, tomados del orden de la naturaleza: el Espíritu es un soplo; desciende sobre Jesús en forma de paloma; desciende sobre los apóstoles en Pentecostés en forma de lenguas de fuego, pero estos símbolos no proporcionan un rostro al Espíritu, sino que expresan su trascendencia subjetiva, algo que nos anima desde el interior superándonos.

El símbolo de la paloma posiblemente pasó a la historia del bautismo de Jesús a través de la primitiva tradición sapiencial judía. Este símbolo, que ha terminado por eliminar las representaciones humanas del Espíritu santo, subraya la

⁷ Ezequiel 3, 3 y 4.

⁸ SESBOÜÉ, B., *Creer*, pág 450-454

dimensión femenina de Dios, tan importante como la masculina, ya que en Dios está incluida y al mismo tiempo superada la diferencia de sexos.⁹

Al posarse sobre Jesús en el bautismo indica que el Espíritu se cierne sobre Jesús y anuncia su acción en Jesús: todo lo que haga y diga lo hará con la fuerza del Espíritu venido del Padre.

Las lenguas de fuego de Pentecostés indican lo mismo: el don del Espíritu en el alma y el corazón de los apóstoles hará que a partir de ese momento actúen con su poder. En la Asamblea de Jerusalén se atreverán a decir: "El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido..." expresando así, claramente, su vinculación al Espíritu. Es éste quien actúa y decide en ellos y por ellos. Pertenece a su "nosotros", como pertenece al "nosotros" del Padre y del Hijo

No habla en nombre propio

En los evangelios, el Padre y el Hijo hablan a los hombres. El Padre y el Hijo se hablan entre sí. Jesús, la palabra (*verbo*) misma de Dios, es quien nos revela al Padre: su misión es hablar y enseñar. El *Espíritu guarda silencio*: "no hablará por su cuenta" (Jn 16,13) como hace Jesús. Sus "gemidos" se expresan en la oración de los hombres en los que habita. Es el intérprete de las palabras de Jesús: hará que los discípulos accedan a la verdad completa (Jn 16,13); es el Espíritu de la verdad (16,13), reaviva el recuerdo de las enseñanzas de Jesús (14,26), "comunica" (16, 13-15); da testimonio (15,26). Será para nosotros otro Paráclito que estará siempre con nosotros (14,16).

En la revelación de Dios, hay una palabra propia del Padre, una palabra propia del Hijo, pero no hay ninguna palabra, ninguna enseñanza, ningún mensaje, propios del Espíritu. Su misión invisible, prepara, acompaña y continúa la misión visible del Hijo.

Pero sí hace hablar

Aunque hay muchos textos en los que se atribuyen palabras al Espíritu, puesto que "ha hablado a través de los profetas" a los que ha inspirado; lo propio del Espíritu no es hablar por sí mismo, sino hacer hablar a los hombres, a los que inspira según el pensamiento del Padre y del Hijo.

En el Antiguo Testamento, la palabra del profeta es atribuida siempre al Espíritu. Él es el inspirador.

En el Nuevo Testamento, el libro de los Hechos menciona en varias ocasiones la iniciativa del Espíritu que hace hablar a los hombres. "*todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas según el Espíritu Santo les movía a expresarse*" (Hech 2,4)

Según S. Pablo, es gracias al Espíritu como podemos confesar nuestra fe diciendo "Abba, Padre" (Rom 8,15) y "¡Jesús es el Señor!" (1 Cor 12,3)

"*Cuando os entreguen, no os preocupéis por lo que vais a decir o por cómo lo diréis, pues lo que tenéis que decir se os inspirará en ese momento, porque no seréis vosotros los que habléis; será el Espíritu de vuestro Padre quien hable por vuestro medio*" (Mt 10,19)

No hay que buscar al Espíritu frente a nosotros, sino en nosotros. El Espíritu, en cierto modo, es nuestro "inconsciente divino", alguien a quien podemos "entristecer" en nosotros mismos porque nos ha marcado con su sello (Ef 4,30).

Está presente en el anuncio del evangelio

Gracias al poder del Espíritu, Pedro vencerá su temor y dará testimonio públicamente, en su discurso el día de Pentecostés, del acontecimiento de la salvación. (Hech 2). El Espíritu está presente en el creyente como el que le da la fe.

Para los primeros cristianos, cada uno de los sujetos divinos tenía un lugar de referencia: el Padre estaba en el "cielo"; el Hijo había venido a la tierra y el Espíritu

⁹ KÜNG, H. *Credo*, 173

habita en el corazón de los creyentes y en la Iglesia. Porque “es en ella donde se ha depositado la comunión con Cristo, es decir, el Espíritu Santo”.

Confesar a Jesús al que el Padre resucitó, todo eso se hace por la fuerza del Abogado que Jesús nos envía del Padre. Y que por eso es llamado Espíritu del Padre y Espíritu del Jesús al mismo tiempo

La muerte de Jesús, apoyada por el Espíritu, pone de manifiesto – san Pablo– hasta dónde está Dios dispuesto a llevar su amor a nosotros. En la entrega de Jesús y en el martirio de los cristianos el Espíritu da testimonio del amor, que es más fuerte que la muerte. Amor de Dios, amor de Jesús, amor de los cristianos: se hace mediante el Espíritu Santo: el que quiere pertenecer a Jesucristo tiene que tener su Espíritu. Es el amor divino, que identifica a Jesús con el Padre y nos hace entrar también a nosotros en la corriente vital de Dios.

La vida en el Espíritu es lo que caracteriza la existencia cristiana¹⁰

Para Pablo, todos los bautizados son espirituales, personas que están en el Espíritu y han de vivir del Espíritu. Somos, pues, templos del Espíritu santo como personas llamadas y capacitadas para el amor; lo somos cuando nos abrimos al amor de Dios y nos dejamos arrebatados, poseer y arrastrar por el Espíritu santo.

El Espíritu es el Amor que viene de Dios, que está presente en nosotros y nos llama. Este mismo Amor es don, por eso al Espíritu también se le define como Don. Dios nos da su Espíritu, se convierte en don, nos otorga su cercanía, su presencia. Y este don debe desarrollar una fuerza transformadora reconocible en nosotros. Este don del Espíritu, se entiende también como fortaleza en el dolor, modo de participación en la pasión de Jesús. *“el Espíritu del Señor está sobre vosotros. Estad alegres en proporción a los sufrimientos que compartís con Cristo; así también cuando se revele su gloria, desbordaréis de alegría.”* (1 Pe 4,13)

Frente a las obras del egoísmo, el Espíritu de Dios se manifiesta en los siguientes “frutos”: amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí” (Gal 5, 22) que se presentan como criterios éticos para discernir la presencia efectiva del Espíritu santo en nosotros y entre nosotros.

4. EL DOGMA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD¹¹

¿Por qué no se menciona a la Trinidad en el Símbolo de los Apóstoles?

Se habla de la fe en Dios Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, pero no se dice nada del “Dios trino y uno”, de la Santísima Trinidad. Proclamar y confesar, que creemos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo no ha estado exento de interrogantes y dificultades a lo largo de la historia del cristianismo, porque ¿no hay una contradicción al mantener la fe monoteísta y afirmar a la vez que Dios único está constituido por tres personas distintas? ¿No se trata de una vuelta inconsciente a un nuevo tipo de politeísmo? Esto para el judaísmo y el Islam resulta inaceptable.

La confesión del Espíritu a través de la historia

a) La “divinidad” del Espíritu

Históricamente hablando, una vez planteado el problema de la relación exacta entre el Padre y el Hijo, dentro las controversias arrianas¹², se tomó conciencia pública en la Iglesia de la necesidad de una definición teológica del Espíritu. El concilio de Nicea (325), declaró con una cláusula breve: “creemos, también en el Espíritu Santo”.

Fue el concilio I de Constantinopla (381) el que puso fin a los debates sobre la divinidad del Espíritu añadiendo al símbolo de Nicea un artículo relativo al Espíritu Santo. Es el texto que rezamos actualmente en la eucaristía dominical.

¹⁰ SCHNEIDER, Th. *Lo que creemos*. 318

¹¹ Sobre el dogma de la Trinidad seguimos los textos de KÜNG, H. *Creer*. Pág 207-216; SESBOÜÉ, B. *Creer*. Pág 456-466; SCHNEIDER, Th. *Lo que nosotros creemos*. Pág 322-338

¹² Doctrina de Arrio, condenada en el Concilio de Nicea (325), y de nuevo en el concilio de Constantinopla (381), según la cual Cristo no sería plenamente Dios



- El Espíritu "*procede*" del Padre y del Hijo.
- El Espíritu es santo por naturaleza, es Señor con el mismo derecho que el Hijo y comunica la vida divina.
- Junto con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado.
- Habló por los profetas (misión del Espíritu en la historia de la salvación).

Sin embargo, es difícil al hombre de hoy comprender las definiciones dogmáticas basadas en unos conceptos muy vinculados a una época e influidos por una cultura helenística. Una vez más tendremos que volver al nuevo testamento e interpretar qué se nos revela en él.

¿Qué dice la Escritura sobre ello?

El término Trinidad que expresa un dogma central de la fe cristiana está ausente del Nuevo Testamento y no aparece hasta mediados del siglo II en Oriente y III en Occidente.

Las confesiones de fe primitivas en nuestros credos y los textos de Pablo, entre los más antiguos del Nuevo Testamento, presentan tres nombres que intervienen a nuestro favor en la historia de la salvación como da testimonio el Antiguo Testamento.

En el Nuevo Testamento aparece en la primera predicación de Pedro, llamada Kerygma y que encontramos en los Hechos el día de Pentecostés, en la que se dice: "Dios ha resucitado a Jesús que habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo, objeto de la promesa, lo derrama sobre nosotros". Esta proclamación asocia estrechamente los tres nombres: remite en primer lugar al origen de todas las cosas en Dios, recuerda lo que acaba de pasar con Jesús, muerto y resucitado; e interpreta el presente: el don del Espíritu.

En San Pablo aparecen con frecuencia los tres nombres relacionados: "*Hay diversidad de dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de funciones, pero el mismo Señor; diversidad de actividades, pero el mismo Dios, que lo hace todo en todo*". (1 Cor, 12, 4-6); "*Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados. Hay un solo Señor; una sola fe, un solo bautismo, y un solo Dios, padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos*" (Ef 4, 4-6).

También encontramos estas fórmulas con el mandato de bautizar que aparece en Mateo (28, 19): "*Id y haced discípulos míos en todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*", aunque no es una fórmula del propio Jesús.

El testimonio de Jesús

Jesús nos habla de Dios, del Dios creador del antiguo testamento, del Dios único, como de su Padre, y nos habla también del Espíritu, prometiendo enviarlo a sus discípulos de parte del Padre. Él se presenta como el HIJO en un sentido absolutamente original: "*Nadie conoce perfectamente al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo*" (Mt 11, 27); "*El que me ha visto a mí ha visto al Padre*" "*¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?*" le contesta Jesús a Felipe (Jn 14, 9-10). Hay pues una especie de presencia mutua entre uno y otro. Su vida consiste en una comunicación y un amor constantes.

Conclusión

No está presente en el Nuevo Testamento la expresión "un solo Dios en tres personas", pero sí puede afirmarse que los tres nombres que son revelados y que estructuran el acontecimiento de la salvación, son divinos y pertenecen al mismo "ámbito" de realidad.

Para los autores del Nuevo Testamento no había más que un Dios, el Padre. Éste se manifestaba a través del envío del Hijo y del Espíritu. San Ireneo lo explicará diciendo que el Hijo y el Espíritu son las "dos manos" de Dios. Ninguno de

los tres actúa por separado. Es una única potencia divina la que actúa a través de estos tres nombres.

Intelectualmente puede seguir existiendo una dificultad, pero hay una realidad nueva que está allí: A través del Hijo y del Espíritu, es el Dios único y Padre el que viene "en persona" a nuestro encuentro y se da a nosotros. El Espíritu que habita en la profundidad de la vida divina, viene a habitar en nosotros.

Hans Küng resume en tres tesis lo que, desde una perspectiva neotestamentaria y con la mirada puesta en el mundo actual, considera el núcleo bíblico de la doctrina tradicional sobre la Trinidad:¹³

- Creer en Dios **Padre** significa creer en el Dios uno, creador, conservador y consumidor del mundo y de los hombres: esa fe en el Dios uno la tienen en común el judaísmo, el cristianismo y el Islam.
- Creer en el **Espíritu Santo** significa creer en el poder y la fuerza de Dios que obran en el mundo y en el hombre: esa fe en el Espíritu de Dios también puede ser común a cristianos, judíos y musulmanes.
- Creer en el **Hijo** de Dios significa creer en la revelación de Dios en la persona de Jesús de Nazaret, quien es así la palabra, la imagen y el Hijo de Dios. Sobre esta diferencia capital tendrían que seguir dialogando las tres religiones proféticas.

b) La disputa en torno a la fórmula "y del Hijo" en latín "filioque"¹⁴

El criterio para la divinidad del Espíritu fue, en el credo de Constantinopla, la creencia de que el Espíritu "*procede del Padre*". Por ser también, según testimonio del nuevo testamento, el Espíritu de Jesucristo, el Espíritu del Hijo, el término *filioque* entra durante el siglo VII en la versión latina del credo de la Iglesia occidental. El Espíritu *procede del Padre y del Hijo* –fórmula que para las Iglesias orientales representó una grave deformación del texto original. Esta breve expresión, ha sido clave en los intentos de unión entre el cristianismo oriental y el occidental en los siglos siguientes. Sin duda se abusó de ella para justificar unas disputas políticas y unos conflictos de intereses.

El diálogo teológico entre Oriente y Occidente de los últimos años está haciendo tomar conciencia de que los planteamientos teológicos en la materia pretenden decir lo mismo y testifican la misma fe con diferentes conceptos.

5. LA FE EN LA REALIDAD DEL ESPÍRITU, HOY¹⁵

a) La experiencia de los primeros cristianos.

Los primeros cristianos describen y proclaman de diferentes maneras la nueva comunidad de Dios con los hombres: el Padre con Jesús y con nosotros; Jesús y el Padre, por medio del Espíritu con nosotros. "*La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu santo estén con todos vosotros*" (2 Cor 13,13), palabras con las que iniciamos actualmente la eucaristía. En las cartas de Pablo se pueden encontrar hasta quince fórmulas donde se nos relaciona con Dios, Jesucristo y el Espíritu

Que somos y nos llamamos hijos del Padre, no siervos sino herederos; que somos hermanos de Jesucristo, el Hijo; que somos su cuerpo, morada de Dios y templo del Espíritu santo, se encuentra ya, en la época del cristianismo primitivo.

b) Experiencia del Espíritu, hoy

Hay testimonios impresionantes de esta experiencia de fe, experiencia de la gracia o experiencia del Espíritu hoy. Karl Rahner ha descrito acontecimientos de la "experiencia de fe en la experiencia concreta de la vida, la mística de la cotidianidad, la búsqueda de Dios en todas las cosas".¹⁶

¹³ KÜNG, H. *Credo*. Pág 213-214

¹⁴ SCHNEIDER, Th, *Lo que nosotros creemos*. Pág 325-327

¹⁵ SCHNEIDER, Th. Pág 331-332

¹⁶ RAHNER, K. *Experiencia del Espíritu*, Madrid 1978



El tercer artículo del credo no confiesa una tercera Persona divina, sencillamente aislada junto al Padre y al Hijo, sino que tras la confesión del Padre que creó el mundo, y del Hijo que fue enviado al mundo para nuestra salvación, confiesa al Espíritu Santo que vive en la Iglesia.

La experiencia del Espíritu, hoy, será completada con el próximo tema pues ahora es el "tiempo del Espíritu Santo, presente en la Iglesia, en la historia de la salvación.

Cuestiones para el grupo

- 1. ¿De qué manera está presente el Espíritu Santo en mi/nuestra vivencia de la fe y en mi/nuestra espiritualidad**
- 2. ¿Hacia dónde y a qué crees que te empuja hoy el Espíritu Santo como don recibido y cuál es tu respuesta?**

Bibliografía

1. *"Creer"*, Sesboué, B. San Pablo, pág. 447-490
2. *"Lo que nosotros creemos"*, Schneider, Th. Sígueme. Pág. 299-499

Para profundizar

- "Catecismo de la Iglesia Católica" Creo en el Espíritu Santo. Pág. 163-178
"Esta es nuestra fe" González-Carvajal, Luis. Sal Térrea. Pág. 137-152
"Noticias de Dios" González-Carvajal, Luis. Sal Térrea. Pág. 151-213.



Comunidad Cristiana Ntra. Sra. del Recuerdo
Mayo 2009, 8ª reunión

CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA, LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS Y EL PERDÓN DE LOS PECADOS

LA ORACIÓN

Dios y Padre nuestro: Sin ti no podemos hacer nada que nos lleve a todos a la salvación. Derrama sobre nosotros tu Espíritu. Que busquemos la verdad, unidos en el amor, de tal forma que ni una sola tilde de tu voluntad se pierda.

Pero de forma que ni a nosotros, ni a nadie imponamos cargas innecesarias.

Ayúdanos a exponer tu santa ley del amor y de la justicia, de forma que todos los hombres de buena voluntad puedan comprender la Palabra de tu Hijo hecho carne: "Mi yugo es suave y mi carga ligera".

Concédenos que, en medio de la lucha, nunca lesionemos el amor. Ayúdanos a ser agradecidos con el ministerio de Pedro en la Iglesia, aún cuando, a veces, como tu apóstol S. Pablo, tengamos que formular reservas. Ayúdanos a todos a conseguir en la Iglesia confianza mutua, sin adulación, en espíritu de libertad y de valentía y en absoluta sinceridad.

Así te lo pedimos por Jesucristo Señor Nuestro.

(Bernhard Häring)

Petición (Propia de todo el mes)

Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna ante el hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido.

Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando. *(Plegaria Eucarística Vb)*

Puntos para la oración:

¿Qué es la Iglesia?

En el Credo confesamos también la Iglesia, no podríamos creer sin Iglesia, sin otros creyentes que con su palabra, su presencia y su vida nos engendran como creyentes. La definición más sencilla, la que dices a los niños en las catequesis, nos ayuda a situarnos: "Es la comunidad de los amigos y seguidores de Jesús", en esta expresión, que parece tan simple, se condensa lo más importante. Todos los que pobre y sencillamente queremos seguir los pasos de Jesús y ser sus discípulos somos Iglesia. Es el Pueblo de Dios, que en unión a los Pastores y en comunión con ellos formamos el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Por el Bautismo nos incorporamos a ella y a su Misterio Trinitario: Es **Comunión con Dios** (Lumen Gentium I), por Jesucristo, en el Espíritu Santo. Y es también **Comunión entre todos los hombres.** (Lumen Gentium II) ¿Qué supone para mí la pertenencia al Pueblo de Dios? ¿Me hace sentirme responsable de la acción de la Iglesia en el mundo? ¿Soy consciente de que yo, con mi vida y mi actuación, soy también la presencia de la Iglesia entre los hombres? ¿Qué trabajo desempeño dentro de la Iglesia? ¿Cómo interpreto la idea de que "todos somos Iglesia"? ¿Soy crítico con ella? ¿Mi responsabilidad se reduce a la crítica o puedo hacer algo más? Si yo soy Iglesia también mi forma de vivir influye en la imagen que de ella se percibe por la sociedad ¿hago algo por mejorar esa imagen? ¿Amo a mi Iglesia? ¿Soy conciente que, sólo en ella y a través de ella es posible el encuentro con Jesús?

S. Ignacio, en las "Reglas para sentir con la Iglesia" (EE) nos invita a amar y venerar al Señor, y a su verdadera esposa, la Iglesia, en el Sumo Pontífice, que por la



acción del Espíritu Santo, es mediación de la experiencia de Dios en la comunidad eclesial. Todos los cristianos, por estar bautizados, somos también “sacerdotes, profetas y reyes”, es decir participamos en el sacerdocio de Cristo. Los Ministerios ordenados lo realizan de una forma más específica, pero siempre para el servicio de la comunidad. Su carisma es el servicio con la entrega absoluta de su persona en orden a la Misión encomendada por Jesús. *Ambos participan, cada uno a su manera, del único sacerdocio de Cristo. Su diferencia, sin embargo, es esencial, no de grado (Lumen Gentium, 10)* ¿Intento buscar las razones profundas de ciertas actuaciones del Magisterio que de alguna manera no son de mi agrado? ¿Acepto con sencillez de corazón los preceptos de la Iglesia? ¿Qué me gustaría que cambiara en ella? Somos Iglesia y pertenecemos a ella, y es bueno seguir confesando, no sólo que creemos en ella y por medio de ella, sino que seguimos enraizados en su vida y queremos mantener esas raíces profundas que recibimos y que estamos dispuestos a continuar y renovar de forma que podamos ser testigos de su acción en el mundo.

Iglesia una y santa

La Iglesia es una, puesto que es modelo de unidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Como Cristo es uno, la Iglesia que ha congregado es una. Unidad en la diversidad. Cada carisma de la Iglesia forma parte de la diversidad de dones otorgados por el Espíritu para el cumplimiento de su misión.

La Iglesia es Santa porque en ella habita el Espíritu de Dios y está llamada a la santidad, es la humilde tienda de Dios en la historia. Es santa como toda comunidad humana y como toda criatura, habitada y amada por Dios. Es santa a pesar de todas las cruzadas, todas las inquisiciones y todos los horrores cometidos en ella, por ella. Es santa por el amor y la entrega oculta de innumerables hombres y mujeres de todos los tiempos. Es santa porque también con ella está el Santo que mora en todos los seres, el Espíritu que santifica haciendo vivir. (J. Arregui) Pero también es pecadora, formada por hombres, que desde su condición limitada y pecadora, quieren hacer presente en el mundo la Vida de Dios, la presencia del Reino anunciado por Jesús. Pero ¿es creíble la Iglesia? ¿Qué ha ocurrido para que la sociedad desconfíe de ella? ¿Cómo podemos ayudar a crecer la estima y credibilidad de la Iglesia? ¿No será que, a veces, somos muy intransigentes con otras formas de pensar? ¿Nos creemos en posesión de la verdad? ¿Cómo nos expresamos cuando no estamos en sintonía con lo que nos dicen desde el magisterio? ¿Somos conscientes de que la Iglesia es “nuestra casa”?

Iglesia católica y apostólica

Creo en la Iglesia católica, universal, amplia y sin fronteras. Una Iglesia que reconozca la presencia y la obra de Dios en el otro, el diferente: en cada iglesia con sus particularidades, en cada religión con su irreductibilidad, en cada persona con su misterio inviolable que Dios protege. Una Iglesia en la que se superen las fronteras entre “judío y gentil, esclavo y libre, varón y mujer” (Gal 3,28), donde nadie se haga llamar padre, maestro o señor, donde todos sean hermanos. Una Iglesia que sea alternativa de humanidad desde el diálogo, que no se sienta amenazada en un mundo hostil y evite encerrarse o convertirse en secta y ghetto. Una Iglesia abierta y sin miedo, fiel al Espíritu libre de Dios (J. Arregui) ¿Cómo es mi Iglesia, en la que yo creo y confieso? ¿Qué hago para hacerla más creíble? ¿La defiende ante los que no creen en ella?

La Iglesia tiene su origen en el Jesús histórico. En su vida Jesús se rodea de apóstoles y seguidores a los que envía también a sanar y a anunciar el Reino. Pero la Iglesia, como la conocemos hoy, comienza en Pentecostés, es pos-pascual. Es la experiencia del Espíritu la que transforma, a unos hombres llenos de miedo, en los apóstoles que se lanzarán al mundo para anunciar la buena nueva. La Iglesia es el espacio histórico concreto en el que acontece la acción del Espíritu Santo. Hoy vivimos la continuación de ese tiempo, vivimos el tiempo de la Iglesia, y los hombres y mujeres de hoy, somos los llamados a participar y continuar su vida y su misión. Cada



uno desde la situación en la que se encuentre. Pueblo de Dios y Ministerio en comunión de vida y acción para la tarea común de hacer presente el Misterio de Dios hecho hombre por el Espíritu. ¿Rezo por la Iglesia? ¿Pido que el Espíritu se haga presente en estos tiempos de dificultad? ¿Intento descubrir los "signos de los tiempos" que me están indicando su presencia? ¿Me desanimo porque creo que hay pocos avances?

Iglesia Comunión de los santos

La comunión de los santos es la mejor definición de la Iglesia, pero es también un bello nombre de Dios y de nuestra relación con Él, y es la vocación de todos los vivos más allá de la muerte (J. Arregui) La comunión de los santos es un dogma de la Iglesia que nos tiene que llenar de consuelo y gratitud. También están en comunión con nosotros los que nos han precedido, los que ya no están con nosotros. *Creemos que la comunión no se interrumpe con la muerte. Nacemos de una relación, vivimos gracias a la relación y, cuando morimos, nacemos – en una forma misteriosa que no podemos imaginar- a la verdadera Relación de todos los seres en Dios, en la memoria y el corazón de Dios. En la memoria y el corazón de Dios, seguimos acompañando, amando y orando a los difuntos. En la memoria y el corazón silencioso de Dios, los muertos nos siguen acompañando, hablando y animando. Vivimos en la gran intercesión de vivos y muertos. (J. Arregui)*

Es la comunión entre Iglesia triunfante, Iglesia purgante e Iglesia militante, los tres estados de la Iglesia que el Catecismo nos presenta: "hasta que el Señor venga en su esplendor con todos sus ángeles y, destruida la muerte, tenga sometido todo, sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros ya difuntos se purifican; mientras otros están glorificados, contemplando claramente a Dios mismo, uno y trino, tal cual es". La Iglesia considera que aquellos que pertenecen a la Iglesia triunfante pueden interceder por nosotros ante Dios para que nos brinde su auxilio y nos ayude en nuestro camino hacia Él. "Su solicitud fraterna ayuda pues mucho a nuestra debilidad" (CIC 957) ¿En Qué ha cambiado mi concepto de Comunión de los Santos? ¿Entiendo que el concepto de COMUNIÓN abarca toda la historia hasta la consumación de todo en Cristo? ¿Tengo experiencia de intercesión de los santos en nuestro favor? ¿Quizá esa experiencia de intercesión es mucho más evidente si es de algún ser querido o cercano? ¿Considero que la oración por los difuntos es necesaria? ¿Pido también que ellos intercedan ante Dios por nosotros?

Iglesia perdón de los pecados

Quizá la formula del Credo "confieso que hay un solo bautismo para perdón de los pecados" es la que nos puede inquietar por su exclusividad en "un solo bautismo" como si la cita del Concilio de Trento "fuera de la Iglesia no hay salvación" tuviera que ser interpretada al pie de la letra. Pero el Concilio Vaticano II afirma que ante Dios hay que buscar la verdad y adherirnos a ella una vez encontrada. Nadie puede ser coaccionado para seguir o no una religión, el hombre debe obedecer su conciencia aunque sea una conciencia invenciblemente errónea (Sto. Tomás). El hombre es responsable de formar su conciencia y tiene el derecho y deber de obedecer en conciencia, en la seguridad de que sólo Dios puede juzgar nuestro interior. ¿Cuál es entonces el sólo bautismo para el perdón de los pecados? Es el perdón que Dios a entregado a todo hombre en la persona de su Hijo Jesucristo. *"El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre...En Él Dios nos reconcilió (2Cr 5,18-19; Col 1,20-22) consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado...Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible" (Gaudium et Spes 22)* ¿Procuró formar mi conciencia? ¿Qué hago cuando algo me inquieta? ¿Acepto la norma sin cuestionarme nada? *Pecado y perdón han sido términos que han producido muchos equívocos a lo largo de la historia, pues los hemos entendido en el registro moralista- jurídico de la culpa y en ese registro no es posible entender el perdón. El pecado, como infracción a la ley y el perdón como la*



absolución de la culpa, y ligado a un ritual penitencial y expiatorio. Pero miremos a Jesús. Nunca exige "confesión" de los pecados, ni absoluciones de culpa, ni rituales de expiación. No trata a los pecadores como culpables, sino como enfermos. Y los acoge. Y así los regenera. ¿Qué es, pues, el pecado? Es el daño que hacemos y nos hacemos, reconocido ante Dios. Y Dios no es un juez severo, tampoco es un juez clemente. A nadie mira con el prisma de la culpa. A nadie pide cuentas. A nadie castiga. A nadie condena. Es pura compasión con el herido, incondicional compañía del extraviado. Es pura acogida. Su abrazo y su alegría transforman al herido que somos, lo hacen capaz de curación para sí y para los demás. Ese es el Dios de Jesús. Y su per-dón no es más que el don de sí redoblado. (J Arregui)

Jesús nos da la vida y el perdón, nos acoge, nos rescata, nos deja sólo un mandato importante: "que os améis unos a otros como Yo os he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos" (Jn 15,12) ¿Cómo cumplo ese mandamiento? ¿En que tengo que formarme y hacerme sensible para cumplir el mandato del Amor? ¿Pido al Señor que cambie mi corazón de piedra por uno de carne? La Iglesia es mediadora del perdón de Dios. A través de ella y por el sacramento de la Reconciliación, hacemos visible y presente el perdón que Dios nos da ¿Cómo vivo este sacramento? ¿Lo percibo como el abrazo del Padre que nos sale al encuentro? ¿Me produce paz?

Para orar.

En nuestras dudas y debilidades, en nuestras inconstancias y faltas de sentido, en nuestras críticas, que pueden hacer daño, queremos pedirte, Señor, por nuestra Iglesia, tu Iglesia, la que debe ser acogida y perdón para todos y signo de tu presencia, nuestra casa, la de todos y en la que todos nos reunimos para buscarte y encontrarte. Por eso te pedimos:

Libranos del miedo, Señor. Haz que tu Iglesia sea transparencia de las inagotables dimensiones de tu perdón, de tu llamada y de tu mensaje que llevan a la vida, no sin pasar por la muerte. Y hazla casa solariega, lugar de encuentro y alegría para todos en medio de las dificultades de la historia.

LA REUNIÓN

Oración inicial del grupo

"CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA, EN LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS, EN EL PERDÓN DE LOS PECADOS. "

A. Invocación inicial

Todos: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Lector: Señor y Dios nuestro. Nos reunimos e invocamos tu nombre sintiéndonos una parte de la Santa Iglesia Católica, parte de los santos que disfrutaron del perdón de los pecados gracias a tu misericordia y benevolencia, que no a mérito alguno nuestro. Quizás seamos una parte débil; insegura; desconfiada de sí misma, y por ello sustentada en la Resurrección de Jesucristo que nos llama a seguirle. De Él viene nuestra fortaleza; nuestra seguridad; nuestra confianza. Nuestra esperanza. De Él proviene la Santidad de esa iglesia a la que pertenecemos. De nosotros, el componente pecador que continuamente perdona y limpia. Nuestro credo, nuestra creencia en la Santa Iglesia Católica, ante esas contradicciones constantes de todos sus miembros, nos hace situarnos una y otra vez en esa pequeña playa, con más piedras que arena, al borde del Tiberiades, metidos en la piel de Pedro, oyendo cómo nos llama el Señor, a cada uno por nuestro nombre, y nos pregunta, ¿me amas?, y quizás nosotros, siendo conscientes de nuestra debilidad, como Pedro, entre llamas amargas por tanta negación reiterada, le respondamos, " Señor, tú sabes que te quiero." (Breve pausa)



B. Lectura del texto bíblico (Jn 20,23 y 21, 15-19)

"Jesús les dice a sus discípulos: "A quién perdonéis los pecados, les serán perdonados. A quién se los retengáis, les serán retenidos". Después de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?". Pedro le contestó: "Sí, Señor, tú sabes que te amo". Jesús le dijo: "¡Apacienta mis corderos!". Por segunda vez le preguntó: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?". Él le respondió: "Sí, Señor, tú sabes que te amo". Jesús le dijo: "¡Apacienta mis ovejas!". Por tercera vez le preguntó: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?". Pedro se entristeció porque le había preguntado por tercera vez si lo amaba, y le respondió: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo". Jesús le dijo: "¡Apacienta mis ovejas!".

C. Espacio de oración personal

Tiempo de silencio para interiorizar la Palabra y, en su caso, libremente, oración en voz alta de los miembros que lo deseen

D. Rezo de Salmo

Lector: ¡Danos un corazón de carne!

Todos: ¡Danos un corazón de carne!

Lector: porque la Iglesia necesita vocaciones sacerdotales, porque la Iglesia necesita vocaciones religiosas, porque la Iglesia necesita laicos comprometidos,

Todos: ¡Danos un corazón de carne!

Lector: porque en nuestra sociedad molestan los niños, porque en nuestra sociedad molestan los enfermos, porque en nuestra sociedad molestan los ancianos,

Todos: ¡Danos un corazón de carne!

Lector: porque hay entre nosotros familias enteras en paro, porque hay entre nosotros inmigrantes sin papeles, y sin techo, porque hay entre nosotros hermanos rechazados, y excluidos,

Todos: ¡Danos un corazón de carne!

E. Oración final

Lector:

"Padre, ahora te ruego por ellos, para que ninguno se pierda, para que todos sean uno, cómo yo en Ti y Tú en mí.", oró Jesús en la noche de la última cena. Nos unimos a su oración que la hacemos nuestra con fervor repitiendo: Señor, lima nuestros egoísmos, cómo hace el alfarero con la obra de sus manos cuando la saca del horno. Danos entrañas de misericordia para que nos sintamos y seamos todos uno, y esa unidad permanezca en Ti, con el Padre y con el Espíritu Santo por siempre, Amén.

Presentación del tema

Creo en la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados

Símbolo de los Apóstoles	Credo de Nicea-Constantinopla
Creo en el Espíritu Santo,	Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,	Creo en la Iglesia, que es una, santa,
la comunión de los santos,	católica y apostólica.
el perdón de los pecados	Confieso que hay un solo B Bautismo Para el perdón de los pecados.

En el Símbolo de los Apóstoles hacemos profesión de creer que existe una Iglesia Santa y católica. El cristiano cree **en** Dios, **en** el Hijo y **en** el Espíritu Santo; y cree que existe una Iglesia Santa. La Iglesia se halla mencionada en el tercer artículo de la fe, en el contexto de la fe en el Espíritu Santo. La Iglesia, comunidad humana,



es el lugar donde actúa o donde debería actuar, a través de los hombres, el Espíritu de Dios.¹ En este tema vamos a reflexionar sobre ella, pues es en ella, y por ella, donde el Espíritu Santo actúa en el mundo. La Iglesia, el bautismo, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, son los frutos de esta acción del Espíritu, confesados y esperados.

En su "Constitución dogmática sobre la Iglesia", el Concilio Vaticano II muestra que el artículo de la fe sobre la Iglesia depende enteramente de los artículos que se refieren a Cristo Jesús. La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo. El artículo sobre la Iglesia depende también enteramente del que le precede, sobre el Espíritu Santo. "En efecto después de haber mostrado que el Espíritu Santo es la fuente y el dador de toda santidad, confesamos ahora que es El quien ha dotado de santidad a la Iglesia."²

I ¿QUÉ ES LA IGLESIA?

Significado del término

Son muchos los diferentes sentidos que se le dan a este término. En el Diccionario de la Lengua Española encontramos entre otras acepciones: "Congregación de los fieles cristianos en virtud del bautismo. Conjunto del clero y pueblo de un país donde el cristianismo tiene adeptos. Estado eclesiástico que comprende a todos los ordenados. Gobierno eclesiástico general del Sumo Pontífice, concilios y prelados. Cada una de las comunidades eclesiásticas que se definen como Iglesia. Templo cristiano. Iglesia católica, congregación de los fieles cristiano regida por el Papa como vicario de Cristo en la tierra."

Para el hombre de la calle, la Iglesia, en particular la Iglesia católica, es una institución poderosa que posee un considerable número de edificios, que hace oír su voz en la radio, la televisión, en los periódicos, por medio de sus representantes oficiales, obispos en la mayoría de los casos, o en celebraciones, a veces solemnes. Aunque esté bautizado no se considera, en muchos casos, miembro de la Iglesia o, aunque tenga fe, perteneciente a la institución eclesial.³

Por costumbre se ha dado en entender por Iglesia, de forma preferencial, a la "jerarquía", palabra griega que significa "orden sagrado", "poder sagrado", pero en el Nuevo Testamento lo que aparece es la palabra "diaconía", servicio. Esta premisa, pese al Concilio Vaticano II, no ha desaparecido del todo en la forma de pensar y obrar de muchos fieles para quienes la Iglesia es el estrato alto de los clérigos que gobiernan al pueblo de Dios y celebran la mayoría de los sacramentos. Sin embargo, todos los fieles desde el comienzo del cristianismo constituyen, junto con sus pastores, la Iglesia de Cristo.

La palabra "Iglesia", "ekklesia" en griego, significa "convocación". Designa asambleas del pueblo (Hch 19,39) en general de carácter religioso. En el Antiguo Testamento designa la asamblea del pueblo elegido en la presencia de Dios, sobre todo cuando se trata de la asamblea del Sinaí, en donde Israel recibió la Ley y fue constituido por Dios como su pueblo santo (Ex 19). La primera comunidad de los que creían en Cristo, al darse a sí misma el nombre de "Iglesia", se reconoce heredera de aquella asamblea. En ella, Dios "convoca" a su Pueblo desde todos los confines de la tierra.⁴

En el lenguaje cristiano la palabra "Iglesia" se utiliza para designar:

- **la asamblea litúrgica, sobre todo eucarística** (1 Co 11,18; 19, 28.34.35),
- **la comunidad local** (1 Co 1. 1; 16,1)
- **la comunidad universal de los creyentes** (1 Co 15, 9; Ga 1,13; Flp 3,6).

¹ Küng, H. *Credo, El símbolo de los Apóstoles*. Editorial Trotta, Cap V

² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 748-750

³ SESBOÜÉ, B. *Creer*, San Pablo, pág 491

⁴ *Catecismo Iglesia Católica*, n° 748-751



- el Pueblo de Dios **reunido en el mundo entero. En el Nuevo Testamento Cristo viene a ser "la cabeza" de este Pueblo (Lumen Gentium 9) el cual es desde entonces su Cuerpo**
- **el Cuerpo de Cristo.** En la perspectiva bíblica, el cuerpo es el elemento por el que una persona se hace presente y actúa. Cristo –ausente de este mundo en cuanto al cuerpo físico a partir de la resurrección- se ha dado a sí mismo otro "cuerpo" que es la Iglesia. La epístola a los efesios (4,4) habla de "un solo cuerpo y un solo Espíritu".
- **la comunidad de quienes creen en Jesús, el Cristo,** de quienes se han comprometido con la causa de Jesucristo y dan testimonio de ella como esperanza para todos los hombres. Sólo a partir de la resurrección existe una comunidad que apela al nombre de Jesús.

También se habla hoy de "Iglesias" en plural. Este plural puede tener dos significados diferentes:

- **Iglesias separadas:** desde las grandes rupturas que han afectado a la Iglesia a lo largo de estos dos milenios –rupturas en Oriente con ocasión del concilio de Calcedonia (415), ruptura en 1054 entre Oriente y Occidente (Iglesias ortodoxas e Iglesia católica), ruptura en el siglo XVI en Occidente entre las Iglesias salidas de la Reforma y la Iglesia católica-, las grandes confesiones cristianas se presentan como Iglesias separadas entre sí en algunos puntos, aunque siguen profesando la fe afirmada en el Símbolo de los Apóstoles o en el Símbolo nicenoconstantinopolitano.
- **Iglesias locales:** dentro de la Iglesia católica, cada diócesis es una Iglesia local o particular, una Iglesia completa y plenamente efectiva que vive en comunión con todas las otras Iglesias hermanas y con la Iglesia de Roma, "en virtud de su mayor autoridad por fundación", ya que fue evangelizada por los apóstoles Pedro y Pablo.⁵

1. Los orígenes de la Iglesia

Hay un hecho indiscutible: solamente después de la muerte y resurrección de Jesús habla la comunidad cristiana primitiva de "asamblea". La "Iglesia", en el sentido de una comunidad específica, distinta de Israel, es sin lugar a dudas, un **fenómeno pospascual**

La "Iglesia" nace como un acontecimiento impulsada por el espíritu del "Señor" resucitado. Lo decisivo para que haya Iglesia no es "un acto fundacional", históricamente comprobable, sino el "acontecimiento" de la venida del Espíritu de Dios que se hace realidad siempre y cada vez que unas personas, en seguimiento de Cristo y en conmemoración suya –dondequiera y como quiera que sea- se congregan, rezan y actúan.⁶

¿Fundó Jesús la Iglesia?

¿Dónde y cómo se inicia antes de Pascua lo que después de Pascua pasa a ser "Iglesia"? ¿Tuvo Jesús intención de que la comunidad de discípulos que él reunió se desarrollase y estructurase hasta ser la Iglesia que hoy conocemos?

"Jesús anunció el reino de Dios y vino la Iglesia". Esta frase, tantas veces citada, parece atrevida, pero apunta a algo cierto: Jesús no fundó en vida lo que hoy llamamos "Iglesia": una gran organización religiosa.

Hans Kung resume en forma de tesis su exposición sobre la "fundación de la Iglesia"

- "El Jesús prepascual no fundó en vida ninguna Iglesia"

El Jesús prepascual sentó las bases, con su predicación y actividad, para la aparición de una Iglesia pospascual

- La Iglesia existe desde que empezó la fe en la resurrección

⁵ SESBOÜÉ, B. *Creer*, San Pablo, pág 492-494

⁶ KÜNG, H. *La Iglesia*, Edit. Trotta, Cap V



La Iglesia no tiene su origen, en la voluntad expresa del Jesús prepascual, sino en todo el acontecimiento de Cristo. No fueron simplemente la palabra y las instrucciones del Jesús terreno, sino la voluntad de Dios demostrada en la resurrección del Crucificado y el otorgamiento del Espíritu al final de los tiempos lo que hizo que el grupo de los que creían en el Jesús resucitado formase la comunidad de aquellos que afirmaron ser el nuevo pueblo de Dios.

a) **La predicación del Reino**

La llegada del Reino de Dios, *basileia*, prometido desde hacía siglos en las escrituras, es la Buena Noticia y constituye el centro de la predicación de Jesús. Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo, (*Lumen gentium* 5) con estas características:

- **Se dirige a todo el pueblo de Israel;** esto le diferencia radicalmente de los otros grupos religiosos. No viene a llamar a los piadosos, puros y justos, sino a todos, ya que todos han sido “elegidos” para formar el pueblo de Dios al final de los tiempos.
- **Nadie queda excluido como destinatario de su mensaje de salvación.** Jesús se dirige a todos los que sufren y esperan. Su solidaridad se orienta a los pequeños (Mc 9,42; Mt 10,42; 18, 10,14) y sencillos (Mt 11,25), los rendidos y abrumados (Mt 11,28); publicanos y prostitutas (Mt 21,32), pecadores, alejados de Dios (Mc 2,17; Lc 7,37.39; 15,2; 19,7). Jesús se dirige a ellos: “Dichosos vosotros...”
- **Jesús parte de la incondicionalidad de la gracia de Dios.** No son las obras humanas, sino la aceptación del perdón divino lo que abre el acceso al “reino” del Dios que viene.

Las parábolas de la red echada al mar y de la levadura, las de la simiente y del crecimiento, no apuntan a la fundación de una Iglesia, sino que describen el crecimiento del futuro reino de Dios en la Iglesia. Pero ese reino de Dios tampoco es idéntico a la Iglesia, una vez fundada ésta.⁷

b) **El acontecimiento realizado por Jesucristo**

Jesús llamó a la conversión a aquellos con los que se encontró, invitándolos a creer en él. Designó a **los doce** para que fueran sus compañeros y como signo del nuevo Israel, es decir, de un nuevo pueblo de Dios que debía abarcar al antiguo. Los formó a lo largo de una convivencia de tres años. Le dio a Simón el nombre de Pedro, para significar que lo colocaba como piedra de base del edificio que quería construir. A lo largo de estos años, los discípulos recibieron la enseñanza de su palabra. Ante ellos realizó actos de misericordia y curación y prolongó estos gestos ya simbólicos con otros que los discípulos entendieron como gestos institucionales. Por ejemplo, no se limitó a alimentar a la muchedumbre con la multiplicación de los panes, sino que presidió también la cena la víspera de su pasión, diciéndoles: “Esto es mi cuerpo... Éste es el cáliz de mi sangre...”, murió dando testimonio del amor que nos tenía.

Tras su resurrección restauró la comunidad de sus discípulos, deshecha por la prueba de su muerte, les dio su Espíritu diciendo: “*recibid el Espíritu Santo*” (Jn 20, 22) y les envió a anunciar el Reino a todos los confines de la tierra.

c) **Pentecostés: el acontecimiento del don del Espíritu**

Para Lucas, Pentecostés es el día en que el prometido Espíritu de Dios desciende sobre los hombres. Pentecostés se convierte así en la fecha del **nacimiento oficial** de la Iglesia. Antes de Pentecostés, según los Hechos de los Apóstoles, la comunidad de los discípulos es todavía una comunidad encerrada en sí misma que no aparece a plena luz del día. A partir de entonces todo cambia, comienza a dar testimonio de Jesús, como Mesías-Hijo de Dios, y tiene los primeros éxitos misionales. El derramamiento del Espíritu sobre los discípulos reunidos en Jerusalén, marca la constitución de la Iglesia universal, al hallarse ésta potencialmente presente en sus diferentes naciones y lenguas.

⁷ SCHNEIDER, Th. *Lo que nosotros creemos*. Pag. 343-350



Este doble acontecimiento, realizado por Cristo y el Espíritu, que da nacimiento y constituye a la Iglesia, se inscribe en la historia como algo único e irrepetible. Es el don irreversible de Dios a los hombres. Así pues, la gran tarea de la Iglesia institucional consiste en ser siempre **transparente** al Espíritu.⁸

2. El Espíritu Santo y la Iglesia

El Símbolo de los Apóstoles concibe a la Iglesia de Jesucristo como "creación del Espíritu", como una comunidad que está influida, determinada y sostenida por el Espíritu Santo. La comunidad de discípulos es el signo visible, histórico, del amor de Dios revelado definitivamente en Jesucristo. Ireneo de Lyon expresa la creencia básica del cristianismo primitivo cuando dice: Donde está la Iglesia, está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, está la Iglesia.

La Iglesia no es la continuación de la existencia de Jesús. Así como Jesús quiso ser bautizado en el Jordán con el fin de recibir visiblemente el don del Espíritu, así también derramó este mismo Espíritu que habitaba en él sobre todos sus discípulos. A partir de ese momento el Espíritu es quien vive en la Iglesia. Por eso se la menciona en el tercer artículo del símbolo de la fe, centrado en la persona del Espíritu.

*El testimonio del Nuevo Testamento*⁹

- Los primeros cristianos viven de la **conciencia de su "comunidad" con el Espíritu santo**: él les mueve, les guía, piensa en ellos, obra en ellos. *"Los apóstoles y los responsables, de acuerdo con toda la asamblea decidieron entonces elegir a alguno de ellos y mandarlos a Antioquia con Pablo y Bernabé... Les entregaron esta carta... Hemos decidido el Espíritu santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables..."* (Hech 15,22 ss.)
- **Somos templo del Espíritu Santo**. El Espíritu santo no es sólo eficaz en los dones extraordinarios, sino que penetra, llena y mueve a cada creyente y bautizado. Por eso puede y debe llamarse a cada cristiano (1 Cor 6,19) y a la comunidad de ellos (2 Cor 6,16); Ef 2,21) templo del Espíritu santo: *"¿Habéis olvidado que sois templo de Dios y que el Espíritu santo de Dios habita en vosotros?. Si uno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el templo de Dios es santo y ese templo sois vosotros"* (1 Cor 3,16 s).
- No sólo el Espíritu habita en los creyentes, sino que **éstos viven y actúan en el ámbito del Espíritu**
- **El Espíritu santo de Jesús resucitado les ayuda a comprender las palabras de Jesús**. Esta conciencia de los primeros cristianos se puede advertir en muchos pasajes del Nuevo Testamento, sobre todo cuando ponen en boca de Jesús la explicación y prolongación postpascual de sus palabras y parábolas prepascuales¹⁰

II. IGLESIA SANTA¹¹

El Símbolo de los Apóstoles llama a la comunidad de los creyentes unida en el Espíritu Santo "Iglesia santa". El grupo de discípulos después de la Pascua se considera como elegido y santo porque Dios mismo, el "Santo", reúne y posee a su nuevo pueblo.

Esto resulta difícil de aceptar a muchos hombres de hoy. La frase tan repetida: "Jesús, sí, Iglesia no", denuncia (pese a su simplificación) la pérdida progresiva de credibilidad de "la Iglesia" y la extraña escisión que sienten muchos cristianos de hoy, "escisión entre la orientación de la vida a Jesús y la orientación de la vida a la Iglesia, cuya imagen pública no está marcada lo bastante por el Espíritu de Jesús"

⁸ SESBOÜÉ, B. *Creer*, pag. 505-507

⁹ SCHNEIDER, Th, *Lo que nosotros creemos*, pág.351-352

¹⁰ Ejemplos típicos: la interpretación de la parábola del sembrador (Mt 13,18-23; Mc 4,13-20; Lc 8,11-15) o la interpretación de la parábola de la cizaña (Mt 13,36-43)

¹¹ SCHNEIDER, Th, *ibid.* págs 353-354



Insatisfacción que también encontramos con nosotros mismos, con nuestro propio ser de cristianos.¹²

No es nuestra buena conducta la que justifica la designación de "Iglesia santa", sino el hecho de la *elección* por Dios (Ef 1,3-5). Nosotros somos Iglesia de Dios, no porque seamos buenos, sino porque él es bueno y viene a nosotros y se nos da. Somos "santos" no por ser intachables, sino porque él nos invita, como al estafador Zaqueo, y toma posesión de nuestra casa. La expresión "Iglesia santa" de Dios que provoca preguntas irónicas y rechazo, sólo se puede entender, conociendo el amor de Dios hacia nosotros. Pablo en el encabezamiento de la carta a los creyentes de Corinto se dirige así: *"a los santificados en Cristo Jesús, llamados y consagrados con todos los que invocan en todas partes el nombre de Jesucristo, Señor de ellos y nuestro"*.

Quizás las palabras de Jesús ante la mujer adúltera nos pueden dar algo de luz: *"el que de vosotros no tenga pecado que tire la primera piedra"* (Jn 8,7) reconociendo la parte de culpa y de pecado que hay en nuestra vida. El católico no debe olvidar que al tirar la piedra contra la Iglesia está arrojándola contra sí mismo. Estas palabras valen para los cristianos y para todos.

El concilio Vaticano II se esforzó en tomar en serio ambas experiencias: la santidad y la condición pecadora. "Mientras que Cristo era santo, inocente e intachable y no conoció pecado, la Iglesia incluye a pecadores en su seno" (*Lumen gentium*, 8). Esta frase no se refiere a unos pocos que constituyen la excepción. El texto continúa: "Ella [la Iglesia] es santa y, a la vez, está siempre necesitada de purificación, recorre siempre el camino de la expiación y de la renovación" (*ibid.*).

Estas frases indican claramente que la Iglesia santificada por el Espíritu de Dios no significa una Iglesia que todo lo hace bien y correctamente, o una Iglesia que finge haber sido siempre, y ser ahora, pura e intachable. La Iglesia está compuesta de pecadores; también la Iglesia que procede y actúa defectuosa y pecaminosamente en sus intervenciones oficiales puede calificarse sin embargo de "santa" porque es destinada a transmitir la santidad de Dios, de modo humano, mediante acciones humanas. A pesar de su condición pecadora, el Dios santo garantiza su amor y su presencia en esta comunidad humana y en lo que ella realiza.

2.1. La Iglesia, una, santa, católica y apostólica¹³

Creer que la Iglesia es "santa" y "católica", y que es "una" y "apostólica" (como confesamos en el credo de Nicea-Constantinopla), es inseparable de la fe en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Estas cuatro "notas" de la Iglesia se han comentado a menudo de manera polémica a favor de la Iglesia católica con el fin de mostrar que en las otras Iglesias no se cumplían. Hoy podríamos decir que en toda Iglesia digna de este nombre se cumplen en parte, y que en ninguna Iglesia se cumplen totalmente. ¿no reconocemos también el carisma de la santidad en las Iglesias ortodoxas y protestantes?. Por otra parte, cada una de estas notas es una invitación a la conversión y, por consiguiente, un reto lanzado a todos los creyentes.

2.1.1 Iglesia una

- La *Iglesia es una debido a su origen*: el modelo y principio de este misterio es la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo.

- Así como Cristo es uno, la Iglesia que ha congregado es una (1 Cor 12), porque no hay más que un solo cuerpo de Cristo (Rom 12,3-8), un solo pastor y un solo rebaño (Jn 10,16). En virtud de la unidad del Espíritu "hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo y un solo Dios, Padre de todos" (Ef 4,5-6).

- La **unidad** es compatible con la *diversidad* que procede de la variedad de los dones de Dios y de la multiplicidad de las personas que lo reciben y con las rupturas y separaciones que la han dividido a través de los siglos.

¹² KASPER, W. citado en Schneider, Th. *Lo que nosotros creemos*. Verdad e Imagen, pág. 342-353-354

¹³ Seguimos en este apartado a Sesboué, B. Pág 511 y 513 y el Catecismo de la Iglesia Católica 811-865



2.1.2 Iglesia santa

La **santidad** es también un don procedente de Cristo y del Espíritu (Ef 5,25-27). La Iglesia es santa porque tiene por fundamento a Cristo, que es santo y ha recibido el Espíritu de santidad. Esta santidad originaria y fundacional, como hemos visto anteriormente, no significa, que todos los bautizados sean moralmente santos. La Iglesia no es santa en la totalidad de sus manifestaciones históricas ni en todos sus miembros. Pero ha formado en el pasado, y sigue haciéndolo en la actualidad, numerosos modelos de santidad, adaptados a las condiciones de vida y a las culturas de las diferentes épocas y pueblos.

2.1.3. Iglesia católica

El término **"católico"** está ausente del Nuevo Testamento. Aparece por primera vez en un sentido cristiano en Ignacio de Antioquía (muerto hacia el año 110): "Allí donde está Cristo Jesús, está la Iglesia *"católica"*". Desde el Concilio de Constantinopla (381), la palabra pertenece a la profesión de fe oficial. La Iglesia es católica porque:

- es **universal en virtud de su unión con Jesucristo**, quien murió por todos.
- **posee la plenitud de la doctrina revelada**
- ha sido **enviada por Cristo en misión** a la totalidad del género humano: *"Id y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"* (Mt 28, 19).
- **Cada Iglesia local** o particular merece el nombre de católica porque está en comunión viva con las otras Iglesias, que se extienden por toda la superficie de la tierra.

Al principio, esta característica era común a todas las Iglesias. Tras las separaciones de 1054 y del siglo XVI, cada Iglesia ha conservado una característica de las antiguas apelaciones comunes, para hacer de ella una especie de "etiqueta" de su propia confesión. La Ortodoxia ha retenido la ortodoxia, que ha de ser válida para todas en la medida en que sean fieles a la autenticidad del mensaje de la fe. Todas las Iglesias deben ser "evangélicas", pero la tradición protestante ha concedido un relieve especial a este término, expresando así su voluntad de retorno al evangelio. La Iglesia romana, por su parte, ha retenido la palabra *"católica"*, expresando así su vocación universal.

No cabe duda de que la Iglesia de Cristo, como lo enseña el Concilio Vaticano II, *"subsiste en la Iglesia católica"*, pero la trasciende, en el sentido de que va más allá de ella, incluyendo a todos los que se honran con el nombre de cristianos a causa del bautismo, aunque no profesan la fe católica en su integridad o no conservan la unidad de la comunión con el Papa; al pueblo judío, a los musulmanes, y en un sentido muy amplio y poco confesado, la Iglesia abarca a todo el pueblo escogido desde Abrahán hasta nuestros días. y a la Iglesia gloriosa que ya goza de Dios.

2.1.4. Iglesia apostólica

La **apostolicidad** expresa la continuidad de la Iglesia en el tiempo. Una Iglesia es apostólica en cuanto que es continuación de la Iglesia de los apóstoles. Al principio, las grandes Iglesias podían apelar a un origen apostólico directo. Pronto no fue así. Para afirmar la apostolicidad de una Iglesia deberá:

- estar fundada en la fe de los apóstoles
- enseñar la doctrina de los apóstoles, siempre viva en ella, y asumir su confesión de fe en Jesucristo, profesada en los cuatro Evangelios, en unión con sus respectivas comunidades
- dar fe de la continuidad del ministerio que tiene su origen en el de los apóstoles y aquellos a quienes estos confiaron las Iglesias.

Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es *"enviada al mundo entero"*; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, son también llamados al apostolado.



III LA IGLESIA COMUNIÓN DE LOS SANTOS¹⁴

El “símbolo de los apóstoles” después de haber confesado “la santa Iglesia católica” menciona la “comunidad de los santos” desarrollando, en cierto modo, el artículo anterior. Esta expresión ha tenido diversos significados a lo largo de los tiempos.

- “**comunidad de las cosas santas**” [‘sancta’]: designa la **eucaristía**, el “cuerpo y la sangre de Cristo”, que significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un solo cuerpo en Cristo” (LG 3)
- “**comunidad entre las personas santas**” [‘sancti’]: (en lenguaje paulino) los cristianos que viven ahora, la comunidad eucarística donde la Iglesia se hace visible y se realiza concretamente
- **comunidad en la fe** recibida de los apóstoles, que se enriquece cuando se comparte; **comunidad de los sacramentos**; de una manera especial la Eucaristía que lleva esta comunidad a su culminación; **comunidad de los carismas** que el Espíritu Santo reparte para edificar la Iglesia; (LG 12) (1 Cor 12,7); **comunidad de todos los bienes**, “todo lo tenían en común” (Hech 4,32); **comunidad de la caridad**; en la “comunidad de los santos”, “ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo” (Rm 14,7).
- “**comunidad de fe y amor entre todos los creyentes**”. Esta comunidad supone entre ellos una solidaridad que les permite compartir entre sí todo lo bueno que hacen en virtud de la gracia de Cristo. Cada uno contribuye al bien de todos. Por eso deben orar unos por otros; teniendo en cuenta también que todo pecado daña esta comunidad
- “**comunidad entre la Iglesia de la tierra y los santos del cielo**, permaneciendo solidarios unos con otros

El Catecismo de la Iglesia lo expresa así: “*Creemos en la comunión de todos los fieles cristianos, es decir, de los que peregrinan en la tierra, de los que se purifican después de muertos y de los que gozan de su unión con Dios y que todos se unen en una sola Iglesia; y creemos igualmente que en esa comunión está a nuestra disposición el amor misericordioso de Dios y de sus santos, que siempre escuchan nuestras oraciones.*”

IV EL PERDÓN DE LOS PECADOS¹⁵

El “Símbolo de los Apóstoles”

El Credo relaciona el perdón de los pecados con la profesión de fe en el Espíritu Santo.

La Iglesia primitiva estaba convencida de que Dios ofrecía siempre su perdón y de que Jesús había confiado a los apóstoles el poder de perdonar los pecados cuando les dio el Espíritu Santo: “*Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados les serán perdonados; a quienes se los retengáis le serán retenidos*” (Jn 20, 23). Este don se refiere tanto al bautismo como a la reconciliación. Más tarde, ante los pecados cometidos por los bautizados, la Iglesia interpretó el texto de Mateo (16, 19) “*Te daré las llaves del reino de Dios; y lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo y lo que desates quedará desatado en los cielos*” como expresión precisa del poder de perdonar los pecados.

“*Se ha cumplido el plazo. Convertíos y creed en la Buena Noticia*” (Mc 1, 14-15). Cuando Jesús en su predicación del reino de Dios exige una conversión – *metanoía* –, quiere llamar al hombre entero a realizar un cambio interior, radical y total, a volver a Dios y a una vida en favor de los demás. Y esa llamada, especialmente a los pecadores e hijos pródigos, va dirigida también a los piadosos y a los justos que creen no tener necesidad de penitencia. El amor incondicional de Dios

¹⁴ En este apartado seguimos los textos de Küng, H. pág 195-199, El catecismo de la Iglesia Católica, nº 946-959 y de Schneider, Th. Págs.389-391

¹⁵ Catecismo Iglesia Católica, nº 976-983; Schneider, Th. Págs 389-394; Sesboüé, B, págs. 563-566



que ofrece el perdón a todos los hombres, hace posible el cambio interior: ¡Puedes hacerlo!" (Mc 2,7)

El "Símbolo de Nicea-Constantinopla"

Añade al símbolo de los apóstoles: "Reconocemos un **solo bautismo para el perdón de los pecados**", considerándolo como un suceso único, que suponía un cambio tan radical que sólo muy lentamente pudo imponerse la idea de que tenía que haber una "tabla de salvación" para aquel que después del bautismo había caído.

- **Jesucristo vinculó el perdón de los pecados a la fe y al bautismo:** "*Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará*" (Mc 16,15-16).
- **Pedro, en su discurso en Pentecostés,** dice: "*convertíos, bautizaos confesando que Jesús es el Mesías, para que os perdonen los pecados, y recibiréis el don del Espíritu santo*" (Hech 2, 38).

El bautismo es el sacramento de la identidad cristiana, y el único sacramento mencionado formalmente en el credo de Oriente, sin duda porque es el primero de todos los sacramentos. La catequesis y la liturgia del bautismo estuvieron muy ligadas a las primeras elaboraciones de los símbolos de la fe

La posibilidad de una "segunda penitencia" para los bautizados reincidentes, que se impuso desde el s. III, se reservó al principio para regular casos excepcionales. La experiencia de que los cristianos, aún estando bautizados, seguían pecando, hizo tomar conciencia de la necesidad permanente del perdón de los pecados; a esto también contribuyó cuando dejó de ser un "bautismo de adultos" y se adelantó su administración a los niños.

V LA IGLESIA HOY: EL CONCILIO VATICANO II¹⁶

No podemos, ni queremos, terminar estas reflexiones sobre el Espíritu Santo y la Iglesia, sin hacer referencia aunque sea brevemente, al Concilio Vaticano II y a sus dos Constituciones: *La Constitución dogmática sobre la Iglesia* y *La Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*.

El Concilio Vaticano II quiso iluminar la imagen de la Iglesia en el símbolo de los apóstoles, presentando a la Iglesia, primero como *misterio*, segundo como *sacramento* y tercero como *pueblo de Dios*. Sólo a partir de ese triple proyecto y en función de él se puede entender lo que es la Iglesia y se puede organizar su presencia y su forma de actuar en este mundo y en la sociedad concreta en la que vive.

1. El misterio de la Iglesia

El Concilio dedicó el primer capítulo de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, a hablar del "*misterio de la Iglesia*": "La Iglesia es en Cristo como un sacramento, señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (L.G.1), queriendo indicar que la Iglesia se entiende a partir de la *unidad* misteriosa y radical que existe en la Trinidad. La Iglesia es a la vez visible en cuanto institución y espiritual en su realidad profunda, sociedad jerárquica y cuerpo "místico" de Cristo. Es una, formada por un doble elemento humano y divino. Ahí está su Misterio que sólo la fe puede aceptar.

2. La Iglesia sacramento

El Concilio define la Iglesia: "La congregación de todos los creyentes que miran a Jesús como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz, es la Iglesia convocada y constituida por Dios para ser **sacramento visible** de esta unión salvadora para todos y cada uno". Unidad con el Dios de Jesús que se dio a conocer en Jesús mismo y la unidad entre ellos mismos (LG 9).

¹⁶ CASTILLO, Jose M^a. *La Iglesia que quiso el Concilio*. PPC



Cuando se habla de la Iglesia como sacramento no se está definiendo la esencia de la Iglesia, sino describiendo cómo debe ser su actuación para cumplir la misión que tiene que realizar en este mundo; ella no es aún el reino de Dios realizado. La iglesia remite al Espíritu de Dios, pero ella no dispone de él; ella es guía, pero una guía que, en ocasiones, puede resultar difícil de seguir.

Si es "sacramento" la Iglesia tiene que aparecer ante la gente de forma que lo visible que hay en ella, lo que se mete por los ojos y lo que todo el mundo percibe, esté pensado y organizado de manera que cualquier persona vea, toque y palpe en los "hombres de Iglesia, en sus celebraciones, en todos sus miembros algo que le lleve a superar las divisiones, las diferencias, las desigualdades, las mil formas de violencia que se cometen en este mundo, especialmente contra los más indefensos y los más débiles. A partir del comportamiento de Jesús se tiene que entender lo que es la Iglesia como *sacramento de unidad*

3. La Iglesia pueblo de Dios

El Vaticano II, en su documento sobre la Iglesia, (*Lumen gentium*), presenta a la Iglesia como el "pueblo de Dios", es decir, el conjunto de todos los bautizados y creyentes que la constituyen. En el capítulo segundo destaca que lo básico y determinante es *lo que es común* a todos los cristianos, el bautismo, y por él el sacerdocio común que se realiza en la vida de todos los días puesta al servicio de los demás. Después están las *diferencias* y lo que distingue unos a otros.

Resumiendo, la Iglesia que presenta el Concilio es:

- Una Iglesia que se entiende a partir de la **unidad** misteriosa y radical que existe en la Trinidad
- Una Iglesia que se entiende, antes que ninguna otra cosa, a partir de la **igualdad** fundamental de todos los cristianos,
- Una Iglesia cuya igualdad se entiende a partir del **pueblo**. Porque la Iglesia realiza en sí el proyecto del "pueblo de Dios" que, desde el Antiguo Testamento hasta la plenitud de los tiempos, es la expresión de cómo Dios quiere realizar la salvación de los seres humanos
- Una Iglesia que **aparece y se hace visible** de tal manera que la gente se siente atraída hacia las cosas de Dios, hacia el Evangelio de Jesús. Por eso el Concilio afirmó que la Iglesia es *sacramento* "de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1)
- Una Iglesia en la que **todos son y se sienten responsables porque pueden participar y de hecho participan**, porque todos la sienten y la viven como cosa propia y en lo que se sienten comprometidos

¿Qué puede hacer la Iglesia, en la medida de lo posible, para que las mujeres y los hombres de nuestro tiempo encuentren en ella un camino para acercarse a Cristo?

El Concilio lo dice en las palabras con que empieza la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual:

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia (Gaudium et spes 1).

Esta es la clave. La Iglesia tiene que ser, antes que ninguna otra cosa, la comunidad de seres humanos que se sienten verdaderamente solidarios de los gozos y de las tristezas de todas las personas, especialmente de quienes peor lo pasan en la vida.



Esto requiere diálogo con la sociedad y la cultura de todos los tiempos. Estar dispuesta a aprender de lo que pasa en el mundo y en la vida, en cada situación, en cada cultura..., vivir compartiendo las alegrías y los sufrimientos de cada momento y de cada ser humano en sus concretas circunstancias.

VI CONCLUSIÓN

Terminamos recogiendo algunos aspectos contenidos en el desarrollo del tema "sobre la Iglesia" que vimos en el año 2004.

La experiencia renovadora del Espíritu¹⁷

"La tradición neotestamentaria es unánime. El Resucitado genera una experiencia nueva y poderosa que es calificada como *"irrupción del Espíritu"*. Donde se hace presente el Resucitado, se hace presente la fuerza del Espíritu, es decir esa actuación sorprendente y poderosa de Dios, que la tradición bíblica llama *"el Espíritu de Dios"* y que el cuarto evangelio recoge en la escena en que el Resucitado sopla sobre sus discípulos diciendo: *"Recibid el Espíritu Santo"* (Jn 20, 22).

El pecado que más puede desvirtuar el ser y el quehacer de la Iglesia es ignorar al Espíritu del Resucitado. Nunca la institución, la autoridad, el magisterio, la teología o la organización pueden sustituir lo que sólo puede nacer de la fuerza del Espíritu. *"La Iglesia ha de ser una Iglesia 'espiritual' si quiere permanecer fiel a su propia esencia"*¹⁸

La pérdida de la experiencia del Espíritu y la falta de contacto vivo con el Resucitado dificultan el seguimiento de Jesús. Sin el Espíritu, Jesucristo se queda en un personaje del pasado al que admirar pero que no hace arder nuestro corazón ni transforma nuestra vida. Sin el Espíritu el Evangelio se convierte en letra muerta ya sabida, la Iglesia en pura organización. Sin el Espíritu, la misión pierde su autenticidad, la celebración se reduce a un rito vacío, la acción caritativa se convierte en servicio social. Sin el Espíritu, la libertad se asfixia, la comunión se resquebraja, los carismas se extinguen, el pueblo y la jerarquía se distancian. Sin el Espíritu, se produce un divorcio entre teología y espiritualidad, entre doctrina y praxis. Sin el Espíritu se pierde la esperanza, y la vida de la Iglesia se vuelve mediocre.

La historia del cristianismo es la historia de una experiencia que contagia y se transmite de unas generaciones a otras, Si no se da la reactualización continua de esta experiencia, la fe queda vacía de la experiencia original. Es importante transmitir la doctrina, recordar las exigencias del evangelio, animar a la práctica religiosa, pero esto pierde sentido si falta la "comunión mística" con Jesús como Espíritu que da vida.

La razón de ser da la Iglesia no está dentro sino fuera de sí misma. La Iglesia que nace de la experiencia pascual no existe para ella, sino para el mundo. *"Evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar"* (Evangelii nuntiandi, 14). La Iglesia está llamada a ser testigo de la alegría del Resucitado, a poner vida donde se produce muerte, a luchar contra la injusticia que produce víctimas, a ser *"comunidad de esperanza"*, hacedora de paz y reconciliación. **La Iglesia o es testigo de su Señor o no es IGLESIA.**

Cuestiones para el grupo

1. ¿En qué medida te sabes y te sientes parte activa y decisiva de la Iglesia? ¿cómo se materializa esa pertenencia?
2. El Vaticano II supuso un impulso actualizador y modernizador de la Iglesia poniendo el énfasis en su dimensión de pueblo de Dios y en su apertura servicial al mundo. ¿cómo podemos contribuir hoy nosotros a que la Iglesia sea de verdad sacramento de salvación?

¹⁷ PAGOLA, José Antonio. *La llamada de Cristo resucitado a su Iglesia*. Idatz

¹⁸ Rahner, K. *Cambio estructural de la Iglesia*, Cristiandad, Madrid 1974,102.



Bibliografía consultada

"Catecismo de la Iglesia Católica"

"Documentos del Concilio Vaticano II"

"La Iglesia que quiso el Concilio" Castillo, José María, PPC

"Esta es nuestra fe" González-Carvajal, Luis, Sal Terrae

"Credo. El símbolo de los Apóstoles" Küng, Hans, Trotta

"Confesión de fe crítica" Llano Escobar, Alfonso, Intermedio

"La llamada de Cristo resucitado a su Iglesia" Pagola, José Antonio. Idatz

"Lo que nosotros creemos" Schneider, Th., Verdad e Imagen

"Creer" Sesboué, Bernard, San Pablo

Sugerencia: A veces, con la alegría del reencuentro de los miembros del grupo, con la transmisión de novedades y vivencias, a la hora de comenzar la oración comunitaria, no hemos logrado desconectar del ruido con el que llegamos a la reunión, y se hace difícil encontrar el silencio en nuestro interior para dejar al Señor que nos hable en la intimidad. Por ello, no nos olvidemos antes de iniciar la oración, de que quién nos convoca, y con el que dialogamos en común es nuestro Señor y Dios.



Comunidad Cristiana Ntra. Sra. del Recuerdo

Junio 2009, 9ª reunión

...DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A VIVOS Y A MUERTOS... CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y LA VIDA ETERNA. AMÉN

LA ORACIÓN

Acoge, Señor, mi vida entre tus manos y, en el atardecer de cada día, amásala y hazla tierna hogaza repartida.

Acoge, Señor, mi mano entre tus manos cuando la oscuridad venga a mí encuentro, y guíame por las sendas y vericuetos que llevan a tu Reino.

Acoge, Señor, mi sonrisa en tus labios cuando mi corazón su ritmo acorte, y bésame para que acepte mi suerte y madure.

Acoge, Señor, mi mirada en tus ojos cuando la luz del sol se haga suave, y lávala para que vea sólo lo que Tú quieres.

Acoge, Señor, mis sueños en tu regazo, ahora que sé lo que es estar roto, y acúname para que descanse y despierte como Tú me sueñas y me quieres.

Petición (Propia de todo el mes)

Vengo ante Ti, Señor, con mis dudas, mis incertidumbres y mis miedos. Sé que tú nos has prometido la Vida y la plenitud. Pero todo es desconocido, la muerte nos asusta y para afrontarla sólo tenemos tu Palabra, y sabemos que sólo Tú tienes palabras de vida eterna. Te pedimos, Señor, que siempre confiemos y esperemos en ella, que sepamos poner nuestra vida en tus manos, con la seguridad de que nos estarás esperando para darnos la plenitud de tu Vida y tu Amor.

Puntos para la oración

Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y a muertos

"El juicio de Dios no consiste en dictar una sentencia, ni en separar justos de malvados, sino en implantar la justicia donde no existe, en hacer justo al injusto y en hacer bueno al justo. Es preciso y es bueno que Jesús venga a juzgar, él que murió perdonando a sus verdugos" (J. Arregui. La fe de Jesús nos sostiene). El juicio de Dios es la mano misericordiosa tendida al hombre para rescatarlo. La última palabra de Dios para con el hombre no es la de condena, sino la de la salvación. Cristo ha muerto para rescatarnos. Somos creados por amor, y seremos llevados a la plenitud, gracias a Cristo, también por el Amor. Y es del amor de lo que seremos juzgados, Dios sabrá separar en cada uno de nosotros nuestra cizaña de nuestro trigo, y sabrá descubrir lo bueno que hay en nuestro corazón. S. Ireneo decía *"la gloria de Dios es que el hombre viva"* – y añadía – *"los que ven a Dios reciben la vida"*. Esto es lo que esperamos, recibir de Dios la vida que ya no tendrá fin y permanecer en su presencia. La esperanza es siempre de cosas buenas, las malas no las esperamos, las tememos ¿Por qué el juicio despierta en nosotros temor? *"El que no perdonó a su propio Hijo, antes lo entregó por todos nosotros ¿cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Siendo Dios quien justifica, ¿Quién condenará? Cristo Jesús, el que murió, aún más, el que resucitó, el que está a la derecha de Dios, es quien intercede por nosotros, ¿quién nos separará del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús?"* (Rom 8,32-35) ¿Vivo en esperanza, sabiendo que el Amor de Dios es el que nos salva? ¿Cómo me imagino el juicio de Dios? ¿Con temor? ¿Con confianza? ¿Con paz? ¿En qué Dios creo, el que salva o el que condena?

Sin embargo los que más hablan del infierno son los místicos porque sólo los que aman pueden sentir el horror de lo que significa vivir sin Amor. La Salvación es gozar



del Amor de Dios plenamente, para siempre, alcanzar el Reino que con cada Padrenuestro hemos pedido que viniera a nosotros; y eso es lo que Dios ha soñado para nosotros desde la Creación. Y ese derroche de Amor hacia nosotros tiene que despertar una respuesta de amor por nuestra parte. Jesús ha venido a salvarnos enseñándonos el camino; seguir a Jesús es vivir como él, descubriendo constantemente – a través de los acontecimientos, de la Palabra de Dios, de la conciencia – qué es lo que el Padre quiere de nosotros en cada momento. Jesús nos deja el mandamiento del Amor, amor a Dios y amor al prójimo como Él nos amó. Las Bienaventuranzas nos ayudan a ver, a través de los acontecimientos, quiénes han de ser los destinatarios de ese amor para que se instaure el Reino de Dios, y los benditos del Padre tomarán posesión del reino preparado para ellos desde la creación del mundo. La dignidad del hombre está en ser capaz de relacionarse desde el amor y así ser imagen y semejanza de Dios. El pecado es la ruptura de esa relación ¿Qué nota creo merecer en el examen del Amor? ¿Qué seres humanos siguen siendo invisibles para mí? ¿Todos los hombres tienen las mismas necesidades? ¿Recibo el amor que merezco? O lo que es más importante ¿entrego el amor que merecen los demás? ¿Cuánto Amor necesita el hombre? ¿Dónde tengo puesto el corazón y dónde está la fuente de mi Amor?

Creo en la resurrección de la carne

"No esperamos la muerte, sino la vida plena, no esperamos el fin del mundo, sino la recreación de todas las cosas" (J. Arregui) La muerte no tiene la última palabra. "Aunque el hombre exterior se está destruyendo, nuestro hombre interior se renueva de día en día (2 Cor 4,16). Hay que morir para resucitar, pero si el cristiano espera la resurrección de la carne es porque Jesús ha resucitado. No hablamos de oídas, no se trata de un deseo, se trata de un hecho ocurrido en la persona de Jesús de Nazaret, verificado por sus amigos, testigos de la resurrección, que con temor y temblor, nos describieron una presencia de Jesús, al que no reconocen a primera vista porque no está ya sujeto a leyes físicas (atraviesa muros, aparece y desaparece, etc.) pero que ciertamente es Él, su cuerpo conserva las señales de la Pasión, el Resucitado es el Crucificado. *"...en la resurrección de los muertos, se siembra lo corruptible, resucita incorruptible; se siembra lo miserable, resucita glorioso; se siembra lo débil, resucita fuerte; se siembra cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual"* (1Cor 15, 42-44) S. Pablo nos describe algo que se escapa a nuestra comprensión. Resucitaremos tal como somos, nuestra persona, pero de una manera distinta, nuestro cuerpo mortal será transformado. La resurrección no es demostrable empíricamente, pero es un hecho fundamental en la fe cristiana. "Si Jesús no ha resucitado, vana es nuestra fe", y la Resurrección de Jesús es anticipo de la nuestra. No se trata de echarle imaginación sobre el cómo será, sino de creer y esperar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha precedido y nos ha preparado una morada junto a Él, lo que nos hace exclamar "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en un principio, ahora, y siempre, por los siglos de los siglos" ¿Me inquieta pensar en nuestra resurrección? ¿Confío en que Dios misericordioso nos está esperando para darnos la Vida? La fe en la resurrección es como un salto en el vacío, como un nuevo nacimiento, vamos a lo desconocido pero con la certeza de que estamos llamados por el Amor para vivir el Amor. ¿Cómo afronto la limitación, la pérdida de vigor, la enfermedad? ¿Y la muerte? ¿Vivo en esperanza? ¿Doy razón de ella?

La vida eterna

Esperamos que Dios sea todo en todas las cosas y todos los seres sean totalmente en Dios. El mundo y los hombres han sido creados por un derroche del Amor de Dios y estamos llamados a la consumación y unión total en Él. Es nuestra esperanza y es lo que nos tiene que hacer ser portadores de esperanza para la humanidad. Nuestro pasar por la historia preguntándonos por el futuro, por el destino final, está unido a nuestro fundamento por el origen, que hemos sido elegidos y



creados por Amor de Dios. La Creación es para la Salvación. Dios nos ha creado para salvarnos, para ser UNO con el Padre *"para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti"* (Jn 17,21). Y eso sucederá al final de los tiempos, en la plenitud de la vida eterna. *"Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo"* (Jn 17,3) ¿Qué significa para ti la vida eterna? ¿Esperas con fe y gozo entrar en ella? El no ser demostrable ¿te hace temerla o quizá ignorarla?

Pero el mundo hoy está muy roto, y no podemos dejar que nuestra visión del más allá, se convierta en algo que nos aleje de la vida real. Jesús Resucitado nos muestra sus manos y nos envía al mundo *"Id y predicad el Evangelio"*. Somos hoy sus manos, y el cielo hay que ir construyéndolo aquí y ahora. No podemos hablar de lo bueno que sin duda nos espera, si no somos capaces de hacer más humano y habitable nuestro mundo. Llamados a la plenitud, sí, pero que esta esperanza de futuro no nos haga olvidar nuestro presente. ¿El esperar la vida eterna te hace actuar de otra manera? ¿Puedes imaginar tus sentimientos y actitudes si todo acabara en esta finitud? ¿Intentas dar razón de tu esperanza? ¿Qué podemos hacer para que se haga de la tierra un cielo? El ángel que se aparece a los discípulos en la Ascensión del Señor les pregunta ¿qué hacéis mirando al cielo? Es a la tierra, a nuestro mundo, al que tenemos que mirar, consolar, ayudar, al que tenemos que hacer presente que la salvación ha comenzado ya; Jesús es el que la hace presente, y nosotros hoy somos sus testigos. Esperanza de un futuro en plenitud en el Reino de Dios y que en la tierra vivimos de forma imperfecta. Vida eterna es conocer a Dios, sabernos sus hijos predilectos, destinados a gozar de su presencia para siempre.

Amén

Llegamos al final de nuestra reflexión sobre el Credo. En él está contenido todo lo que creemos, toda la fe que profesamos y que intentamos, con limitaciones, vivir. Ha sido un recorrido intenso, a veces duro y de difícil interpretación. Pero las realidades que contempla exceden, con mucho, nuestra capacidad de comprensión. Sólo nos queda la confianza que nos da la fe. Dios Padre, que por medio de su Hijo, nos rescata de nuestra limitación y nuestro pecado, para llamarnos a la plenitud en Él. Surgen de nuevo las preguntas ¿qué creo, qué puedo esperar? para poder dar razón de nuestra esperanza a todo el que la pida (1Pe 3,15) y sobre todo a nosotros mismos ¿qué razones tengo para creer, y para esperar?

Sólo nos queda decir AMÉN, así sea, dando un sí a todo lo que confesamos creer. Nos sentimos criaturas de un Dios Padre que nos ha creado por amor y nos tiene destinado un sitio con Él, donde le veremos cara a cara. Ver a Dios es divinizarse, por eso dice S. Juan *"seremos parecidos a Él porque le veremos tal como es"* Cuando seamos plenamente en Dios podremos decir, de verdad el AMÉN del Credo. *"La vida misma, la creación entera, será un gran canto de sí y de Amén. Pero también entretanto decimos Amén cada vez que rezamos el Credo o cada vez que oramos. Y a veces, cuando no acertamos a decir otra cosa y no podemos más, también decimos Amén."* (J. Arregui)

Para orar

Hemos intentado anticipar la vida eterna procurando conocer más al Padre y a su enviado Jesucristo; en nuestro intento hemos rogado al Espíritu Santo que nos asistiera con sus dones para comprender un poco mejor lo que confesamos en nuestra fe. Pero hemos topado con el Misterio que nos *"ha puesto en nuestro sitio"* de humildes criaturas y al mismo tiempo grandes a los ojos de Dios pues somos destinatarios de su misericordia y su gracia para llegar a ser UNO con Él.

La oración de J. L. Martín Descalzo nos acerca de una forma preciosa a ese Misterio de esperanza y de Amor que Dios nos regala.

Y entonces vio la luz. La luz entraba
por todas las ventanas de su vida.



Vio que el dolor precipitó la huida
y entendió que la muerte ya no estaba.
Morir sólo es morir. Morir se acaba.
Morir es una hoguera fugitiva.
Es cruzar una puerta a la deriva
y encontrar lo que tanto se buscaba.
Acabar de llorar y hacer preguntas;
ver al Amor sin enigmas ni espejos;
descansar de vivir en la ternura;
tener la paz, la luz, la casa juntas
y hallar, dejando los dolores lejos,
la Noche- luz tras tanta noche oscura.

LA REUNIÓN

Oración inicial del grupo

"Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo sólo para esta vida, somos los hombres más dignos de compasión"

A. Invocación inicial.

Lector: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Todos: Dios Padre nuestro: el testimonio de unos hombres aterrorizados que ante un ambiente gravemente hostil salen a proclamar que Jesús, condenado y ejecutado, ha resucitado y vive, debe ayudar a nuestra fe en Cristo, testigo de Dios y de su amor ilimitado por los hombres, hasta poner la vida al testimonio de su misión.

Como dice San Pablo, "si Cristo no resucitó, nuestra fe es ilusoria y somos los hombres más dignos de compasión. Ahora bien, Cristo ha resucitado y todos recobrarán la vida por Cristo". La muerte, justa o injusta, no es el final, es la puerta que da paso a la verdadera vida que no acabará.

Y de eso da testimonio el propio Jesús cuando se despedía de sus discípulos: "Fiaos de Dios y fiaos de mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, voy a prepararos un puesto".

Quiero agradecerle el Espíritu pedido por Jesús para los que creen en él, le aman y guardan sus mandamientos, para que esté con nosotros siempre asegurándonos que nuestra vida viene de Dios y va a Dios.

Ahora danos tu gracia para preguntarnos: ¿Creo realmente que Jesús vive y que cumple su promesa de "estar con nosotros siempre, hasta el fin del mundo"? ¿Lo transparente en alegría ante los que me encuentro?, ¿en paz ante los acontecimientos?, ¿en imitación del servir que él nos enseñó?

¿Confío en Ti, Padre, y por eso no vivo más que para cumplir lo que tu Hijo nos dejó encargado, "que nos amáramos unos a otros como él nos amó hasta hacerse hombre y dar su vida por nosotros"? ¿soy fiel al mandato de Jesús que, como tú, Padre, le habías enviado a él, él nos envía a nosotros?

Quiero pedirte tu Espíritu, Jesús, para que nos sostenga en todo momento y nos haga dar gloria a Dios con nuestra vida de cada día. (Breve pausa)

B. Lectura sobre el Evangelio según Juan (Jn 11,25-26)

"Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aunque muera, vivirá; y quien vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Lo crees?"

C. Espacio de oración personal.

Tiempo de silencio para interiorizar la Palabra y, en su caso, libremente, oración en voz alta de los miembros que lo deseen.

D. Rezo en forma de Salmo sobre [221] de los Ejercicios Espirituales



Lector: Teniendo presente que Cristo, siendo Dios, por amor se hace hombre,
Todos: *Dame gracia, Padre, para alegrarme y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor resucitado.*
Lector: Considerando que, siendo Dios, por amor no dudó en compartir todos los aspectos y limitaciones de una vida en todo igual a la nuestra,
Todos: *Dame gracia, Padre, para alegrarme y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor resucitado.*
Lector: Contemplando que para mostrarnos la verdadera imagen de nuestro Dios, todo amor y misericordia, aceptó confiado en su Padre el fracaso y dolor humanos de ser considerado blasfemo y condenado a muerte,
Todos: *Dame gracia, Padre, para alegrarme y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor resucitado.*
Lector: Mirando que, condenado injustamente, muere pidiendo perdón por los hombres, que le rechazan y le quitan la vida,
Todos: *Dame gracia, Padre, para alegrarme y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor resucitado.*
Lector: Y después de todo ello, experimentando que su Padre glorifica y da testimonio de la verdad de su vida y de la fidelidad a su misión, constituyéndole el Nombre sobre todo nombre, ante quien toda rodilla debe doblarse en la Tierra, y juez de vivos y muertos,
Todos: *Dame gracia, Padre, para alegrarme y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor resucitado.*

E. Oración final (sobre el Evangelio de Mateo, Mt 25,31-46)

Todos: Danos, Señor, la gracia de creer profundamente que, al final de nuestra vida, Aquél en quien creímos de verdad y tratamos de imitarle en ella, “cuando llegue con majestad, se sentará en su trono de gloria y compareceremos ante él todos. Separará a unos de otros, colocará a unos a su derecha y otros a su izquierda y dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre a heredar el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era emigrante y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis, estaba enfermo y me visitasteis, estaba encarcelado y me visitasteis y acudisteis” pues el cielo es una casa que se edifica aquí y se habita allí.
 Santa María, madre de Jesús y madre nuestra, ruega a la Santísima Trinidad para que en todo “hagamos lo que él nos diga”.

PRESENTACION DEL TEMA

Símbolo de los Apóstoles	Credo de Nicea-Constantinopla
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.	Y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos.
Creo en la resurrección de la carne y la vida eterna.	Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro
Amén.	Amén.

En algún momento, cualquiera de nosotros se habrá hecho alguna de estas preguntas fundamentales sobre nuestra existencia: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos? y ¿a dónde vamos? Cada uno de nosotros, si pretendemos vivir de manera reflexiva, como nos corresponde como seres humanos, tenemos que buscar una respuesta a estas preguntas fundamentales, pues en ellas está implícita la motivación de nuestra vida y nuestra forma de vivir. En el tema de hoy vamos a tratar de abordar la respuesta de la fe cristiana a la última de estas preguntas.



La experiencia humana nos pone inexcusablemente ante los ojos la realidad y la conciencia de nuestra propia finitud. Si algo es verdaderamente cierto es que estamos abocados a morir. Por otro lado, comprensiblemente, ante la muerte el hombre experimenta unos sentimientos dominados por la incertidumbre, el desconcierto, la impotencia y el miedo. Y, sin embargo, la fe cristiana dice que hay algo más después de la muerte.

Analizar los textos evangélicos que tratan de explicarla y tratar de ver, a la luz de los signos de los tiempos, las nuevas formulaciones que hoy hacen algunos teólogos sobre las aseveraciones de la Biblia, es el cometido de esta reunión. Quizá conviene que, en el trasfondo de cuanto digamos, queden flotando siempre dos afirmaciones bíblicas fundamentales a estos efectos: *"Dios quiere que todos los hombres se salven"* (1Tm 2, 4), y *"Para Él todo es posible"* (Mt 19, 26).

Pensamos que el mejor fruto de esta reunión podría ser el interiorizar que, para la fe cristiana, la muerte no es la última palabra de nuestra existencia, sino que con ella Jesús nos abre la puerta para entrar en la Casa del Padre.

1. Y de nuevo vendrá con gloria

Los judíos esperaban la venida del Mesías. No reconocieron en Jesús al Mesías y, aún hoy, de un modo u otro, le siguen esperando. Los cristianos sí reconocemos a Jesús como el Mesías y, después de su resurrección, esperamos una segunda venida de Jesucristo en la consumación de los siglos. La Iglesia, cuando habla de la venida en gloria al final de los tiempos (parusía), se refiere al mismo Jesucristo que vivió en nuestra tierra, y que vendrá de nuevo, no a reeditar sus actividades terrenas, sino a consumir la nueva vida que había prometido.

En el cristianismo primitivo se esperaba esta segunda venida terrenal de Jesús como inmediata, hasta el punto de que Pablo la ve como inminente y, en un principio, esperaba contemplarla en vida. *"Señor nuestro, ven"* (1 Cor 16, 22). Los primeros cristianos piensan en esa venida como algo inminente y como acontecimiento esperanzador. Luego, sobre todo en la Edad media, se deformará esta visión positiva y esperanzada y se pensará en la venida del Señor como en un día de condena y de ira (*Dies irae*), en el que Él vendrá a pedir cuentas. Algunos llegan a pensar que la mayoría de los hombres serán condenados.

Los textos evangélicos, escritos desde una mentalidad en general apocalíptica aunque, como sabemos, en el contexto de una cultura helenística, describen "el final de los tiempos" como una llegada, pública y gloriosa, del Señor con la solemnidad de la aparición pública y el recibimiento consiguiente de un soberano de la época. *"Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre con gran poder y gloria"* (Mt 24, 30). Mateo describe determinados trastornos apocalípticos que considera previos a la venida del Mesías: sociales, religiosos, presencia de falsos profetas y mesías, turbulencias, perturbaciones cósmicas (Mt 24, 1-51: discurso escatológico). Esas visiones apocalípticas hacen referencia directa, muy probablemente, a la destrucción de Jerusalén vivida por el evangelista, pero remiten en definitiva a la época final, escatológica, en que el Señor se manifestará definitivamente en la historia como salvador y juez. ¿Cuándo ocurrirá esto?: *"De aquel día y hora nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo del hombre, sino sólo el Padre"* (Mt 24, 36). Hay que estar en espera y vigilancia porque no sabemos cuándo va a llegar el Señor: cualquier momento puede ser, y de hecho es, el decisivo.

Hoy no podemos vivir la realidad del decurso de la historia de la misma manera que los judíos, los judeocristianos y los cristianos helenistas del siglo I. Ni somos tan apocalípticos, ni el destino real de los diversos mesianismos históricos que se han desplegado a lo largo de los siglos ha dejado en nuestra conciencia un recuerdo demasiado positivo. Sin embargo, nuestra fe en el Jesús resucitado nos hace esperar, al final de nuestras vidas y al final de los tiempos, la patentización completa de la salvación operada a través de Él, el triunfo final del Reino de Dios tal y como se desprende del mensaje de las bienaventuranzas. Creemos que al final los pobres (y no



los autosuficientes), los misericordiosos (y no los "duros"), los pacíficos (y no los violentos), los que sufren persecución por el Reino (y no los instalados en la comodidad), los limpios de corazón (y no los "marrulleros"): esos verán a Dios, poseerán la tierra, serán saciados, recibirán consuelo, alcanzarán misericordia.

Esta esperanza nuestra, tan vinculada a lo nuclear de nuestra fe, no es una esperanza inerte y pasiva. Como subraya el teólogo Jürgen Moltmann, vivir cristianamente en la esperanza de la parusía es mucho más que vivir en una simple espera. Supone una actitud activa y transformadora, es vivir anticipando lo que ha de venir, en una espera creativa.

2. Para juzgar a vivos y muertos

Decir que Jesús es el Hijo de Dios supone afirmar que Él es el quicio de la historia, el modelo y la piedra de toque con relación a los cuales Dios juzgará (y por nosotros ha de ser valorado) cualquier proyecto humano, cualquier decurso biográfico. Todos los hombres, los pasados, los presentes y los futuros, serán juzgados definitivamente por Jesús, el Hijo del hombre.

El juicio de Dios consistirá, pues, en la presentación de nuestras personas, nuestra vida, ante los ojos de Dios, y el criterio por el que se regirá el Hijo del hombre en ese juicio no será otro que el amor, la servicialidad, la solidaridad, la caridad en nuestra relación con los demás hombres y mujeres, sobre todo con los necesitados. *"Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui peregrino y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, preso y vinisteis a verme"* (Mt. 25, 34-36). *"Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis"* (Mt. 25, 40). Como expresó bella y compendiadamente san Juan de la Cruz: "Al atardecer de nuestra vida se nos examinará de amor".

Todo eso implica, por supuesto, que nuestras actitudes y nuestros comportamientos no son irrelevantes a la hora de acoger el mensaje del Reino. Es necesaria la conversión, el cambio de nuestras actitudes egoístas y egocéntricas. En la predicación de Jesús, el mensaje sobre el juicio de Dios implica, sobre todo, una llamada a la conversión, a cambiar nuestras vidas, mientras Dios todavía nos da tiempo de salvación. El destino humano definitivo se juega ya en este mundo, no en la otra vida. Lo que importa son las decisiones que uno tome en el tiempo que le toca vivir. La muerte pone fin a la vida del hombre como tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia divina manifestada en Cristo. "Este es el tiempo oportuno, este es el momento de la salvación". Tras nuestra muerte, comparecen ante Dios no sólo nuestras obras, buenas o malas, sino toda nuestra persona, nosotros mismos con todas nuestras circunstancias y con la orientación fundamental de nuestra existencia. Se verá entonces si realmente esta ha estado abierta a Dios, dispuesta a su servicio, que es también el servicio hacia nuestros hermanos, sobre todo los humildes y necesitados, imágenes privilegiadas de Dios, vicarios de Cristo. Dios dirá sobre todo ello la última palabra, una palabra en todo caso de misericordia.

La idea, específicamente cristiana, de igualdad de todos los hombres como hijos de Dios sugiere también una igualdad en la responsabilidad práctica delante de Dios: ricos y pobres, buenos y malos, poderosos y débiles comparecerán igualmente ante Él. Pero el tenor del mensaje evangélico sobre el juicio de Dios anuncia también una esperanza irrenunciable para todos los que sufren injusticia. El juicio de Dios se propone finalmente que triunfe de modo definitivo la justicia, incluso allí donde durante la existencia temporal e histórica no ha existido. La resurrección de Cristo nos hace concebir la esperanza de que Dios rehabilite a los que han sufrido en esta vida, a los que han sido menospreciados, maltratados e injustamente perseguidos. Finalmente –y éste es uno de los núcleos fundamentales del anuncio de Jesús, de su buena noticia- serán felices (bienaventurados) los pobres en el espíritu, los mansos,

los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los compasivos, los limpios de corazón, los constructores de paz, los que padecen persecución: ellos heredarán el reino de los cielos, poseerán la tierra, serán consolados, serán saciados, alcanzarán misericordia, verán a Dios, serán hijos de Dios, será suyo el reino de los cielos (Mt. 5, 3-10; Lc. 6, 20-23).

En todo caso, el juicio de Dios no se puede concebir según las normas de nuestra jurisprudencia (preguntas, recriminaciones, testigos, informes, etc., que llevan a una sentencia absolutoria o condenatoria), ni a la medida de nuestra cicatería. Cuando se nos invita a estar preparados para ese juicio, no se nos invita a escudriñar nuestras acciones (mucho menos las de los demás: “no juzguéis y no seréis juzgados”) escrupulosamente en vista de una posible condena, sino a estar disponibles a la voz de Dios sobre nuestras vidas, atentos como el buen samaritano a las necesidades de los demás, analizando y enjuiciando nuestras disposiciones y actuaciones bajo los criterios, no del beneficio propio ni de la autojustificación, sino los de la bondad, la justicia y la misericordia divinas. Sea como sea, nuestro corazón alberga siempre injusticia, codicia, envidia, resentimiento y egoísmo. Necesitamos que Dios nos justifique, nos salve, restaure en nosotros la justicia y la bondad.

3. Espero la resurrección de la carne

Al abordar el tema de la muerte y resurrección del hombre nos encontramos con las mismas dificultades que encontrábamos al analizar la muerte y la resurrección de Jesús.

Una primera dificultad, lingüística y conceptual, se presenta ya en cuanto queremos formular con palabras comprensibles, es decir comunicables, lo que cree la fe cristiana. Las dos fórmulas canónicas del Credo nos plantean ya un dilema: ¿Resurrección de la carne o resurrección de los muertos? En el credo de los apóstoles se habla de resurrección de la carne, expresión más en consonancia con la mentalidad bíblica y oriental, que veía al ser humano como una totalidad material y espiritual: somos nosotros mismos, nuestra realidad completa, nuestra “carne”, los que estamos destinados a resucitar. En el credo de Nicea, la expresión *resurrección de la carne* (que debió resultar problemática ya entonces y resulta bastante insólita para la sensibilidad lingüística actual) fue sustituida por esta otra: *resurrección de los muertos*.

Como ya sabemos de sobra, las primeras comunidades cristianas nacieron en el seno de la tradición judía semítica, pero vivieron y se desarrollaron en medio de una cultura helenista. Esta última estaba muy influenciada por el platonismo, que separaba tajantemente el cuerpo del alma: el alma era espiritual e inmortal y el cuerpo era material y mortal. El esfuerzo moral de ser humano consistía en gran medida en tratar de liberar al alma de las cadenas de su cuerpo.

La antropología cristiana es heredera de esta doble tradición, por un lado semítica y por otro, helenística. Los textos de san Pablo, al hablar de la resurrección, están muy marcados por la influencia de esa separación de cuerpo y alma, propia (aunque, por lo demás, no exclusiva) de la antropología platónica; no obstante, una lectura actual de esos mismo textos de s. Pablo puede encontrar también en ellos claras referencias a la resurrección del hombre entero y aun de la humanidad en general.

Como consecuencia de esta influencia platónica dualista en la teología, durante mucho tiempo la fe en la resurrección de los muertos/de la carne ha sido formulada de modo que apenas es posible diferenciarla de la creencia filosófica en la inmortalidad del alma, que quedaba sí en cierta manera “bautizada”: tras la muerte, el alma de cada uno permanecería separada del cuerpo, en una situación de espera que se prolonga durante el intervalo de tiempo que existe entre el juicio particular (inmediato a la muerte) y el juicio universal (al final de los tiempos). Ese día las almas se reunificarán con los cuerpos.

Santo Tomás de Aquino, que tanta influencia ha tenido en la teología posterior, aunque como buen aristotélico se aparta de la concepción platónica dualista, no rompe completamente con ella, como tampoco lo hizo Aristóteles. Tomás en ocasiones habla de manera que el alma y el cuerpo aparecen consideradas casi como dos sustancias diferentes, aunque su antropología explícita afirma que en el ser humano se dan sustancial e indisolublemente ligadas entre sí. La realidad del hombre resulta, para santo Tomás, de la unión sustancial del alma con el cuerpo. En la vida eterna, por tanto, aunque es racionalmente concebible la existencia separada del alma, la realidad compuesta del hombre (cuerpo-alma unidos formando una única sustancia) demandaría la supervivencia del hombre entero. Algo que sólo resulta posible afirmar últimamente mediante el recurso a la fe en la resurrección "de la carne".

La teología actual intenta explicar las cosas desde una antropología algo menos dualista, probablemente más acorde con los conocimientos sobre el ser humano que nos aportan las diversas ciencias, aunque en todo caso no exenta de problemas. ¿Qué es el alma? Si es algo que nos constituye y explica nuestra actividad vital, afectiva e intelectual, ¿en qué queda y cómo puede subsistir tras la muerte, sin estar unida al cuerpo? ¿Cómo podemos entenderla? ¿Cómo se pueden articular su función antropológica y su carácter espiritual?

K. Rahner, incorporando quizá explícitamente ideas teilhardianas, viene a afirmar que el hombre, después de su muerte, se sitúa en el inicio de un proceso personal que sólo concluye con la consumación de los siglos en el conjunto de toda la humanidad. Schneider propone la idea personalista en la que, cuando muere un ser humano, su alma o espíritu abandona su materialidad visible y asume, por el poder transformador de Dios, una corporeidad transfigurada, entrando en una vida nueva. Sesboüé insiste en que la resurrección no puede entenderse como una continuidad prolongada de nuestro modo de existencia actual, sino como una transformación de nuestra vida, por obra de Dios, en una vida nueva. Pablo mismo se refiere a la dificultad de concebir el cómo de la resurrección: "*se siembra –dice- corrupción, resucita incorrupción, se entierra un cuerpo terrenal y como resucita un cuerpo celestial*" (1 Cor 15, 35-54). En definitiva, no tenemos idea de cómo será ese cuerpo resucitado, pero sin duda no será como el cuerpo terrestre, pues la resurrección no es la reanimación de un cadáver. No volveremos a la vida terrena. "*Yo soy la resurrección y la vida*" (Jn 11, 25). Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona. Nosotros resucitaremos como El, con El y por El.

En el sermón de Pascua de este año, orando por las víctimas del terremoto italiano, Benedicto XVI, decía que "una de las preguntas que más angustia la existencia del hombre es la de ¿qué hay después de la muerte? La fe permite responder que la muerte no tiene la última palabra, porque al fin es la vida la que triunfa, aunque todavía queden muchos, demasiados, signos del antiguo dominio de la muerte que hay que combatir con las armas de la justicia y de la verdad, de la misericordia, del perdón y del amor".

4. La vida eterna

Cuando pensamos en la eternidad, solemos considerarla como una sucesión infinita de momentos temporales, distribuida en línea horizontal, más o menos continua e indefinida, que se prolonga por siempre después del fin de los tiempos. Ni la cosmología, ni la epistemología, ni en general la filosofía actuales avalarían esta concepción popular, que tildarían de demasiado ingenua e inconsistente. ¿Qué significa, por ejemplo, "por siempre", contrapuesto a cualquier conjunto de momentos temporales? ¿Qué significa una línea temporal que se adentra más allá del fin de los tiempos?

Quizás conviene precisar, antes de nada, que espacio y tiempo son categorías humanas (o, según Kant, "formas a priori de la sensibilidad humana") de las que no podemos escapar si queremos hablar con precisión de aquello que realmente podemos

conocer de manera rigurosa y científica, es decir de las realidades materiales. Pero no se trata de iniciar aquí un debate filosófico al respecto. Sí, simplemente, de poner de relieve que, al hablar de eternidad, nos situamos en un ámbito extraño a la ciencia, diferente a ella y a cuanto ella competentemente puede abordar: el terreno de las realidades materiales, espacio-temporales.

a) Cielo

Cuando, en el campo de la fe, hablamos de la vida eterna, nos queremos referir al futuro sin fin de amor, de comunión y de felicidad que Dios nos ofrece, al permanente ahora que nos aguarda, gracias a Dios, una vez liquidada nuestra vida temporal y corporal, un permanente ahora, un sí ante Dios, en el que quedan abolidas nuestras categorías de espacio tiempo. La eternidad de Dios es la posesión simultánea y perfecta de una vida interminable, que es la vida peculiar de Dios de cuya eternidad también nosotros podremos participar (Schneider).

La tradición cristiana ha llamado a esto "cielo". Pero ¿qué es el cielo? No es sino la condición, "el lugar", de la promesa que Dios ha hecho al hombre: "*Venid benditos de mi Padre a recibir el Reino, preparado para vosotros desde la creación del mundo*" (Mt 25, 34). Podemos, pues, decir que el cielo no es otra cosa que el Reino de Dios, Dios mismo. "*Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*" (Mt 5, 8). Sólo podemos "imaginar" la verdadera realidad del cielo haciendo referencia a las parábolas del Reino.

Vivir en el cielo es estar con Cristo, que nos abrió sus puertas. Pero el cielo no es sólo un noviazgo espiritual entre Dios y cada uno de nosotros. La vida eterna es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a El, cuyo misterio nos sobrepasa. Es vida eterna de individuos en comunión de la totalidad. Situación de reconciliación definitiva con nosotros mismos, con nuestros hermanos, con el mundo y con Dios. "La gloria de Dios es que el hombre viva" (s. Hilario), y la vida del hombre es la visión de Dios que nos da la felicidad (visión beatífica). Según s. Pablo, el universo visible también está llamado a ser transformado al final de los siglos.

Quizá conviene que digamos algo acerca de dos conceptos, que están presentes en la tradición y se hallan muy relacionados con el del "cielo": el "purgatorio" y el "infierno".

b) Purgatorio

La idea del purgatorio surge de la lectura del texto del libro de los Macabeos. "*Por eso mandó hacer un sacrificio expiatorio a favor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado*" (2 Mac 43-4). Con el tiempo esta idea bíblica de expiación degeneró en concepciones fantásticas del purgatorio (lugar parecido al infierno, de donde por medio de las indulgencias se podría acortar su estancia) y en formas de espiritualidad desviadas (flagelaciones y autocastigos). Lutero se reveló contra el escándalo que provocaban. La teología actual concibe el purgatorio como un encuentro directo con Dios, inmediatamente después de la muerte, en el que el hombre se presenta con sus virtudes y sus defectos, sintiéndose culpable de su resistencia a sus continuas llamadas. El hombre al verse indigno ante Dios siente gran dolor al comparar el amor ilimitado de Dios, con nuestro débil amor y este sentimiento de ingratitud le llevará a desear el abrazo del Padre. La vida purgativa termina, así, en la vida unitiva. La iglesia llama purgatorio a esa purificación final de los elegidos completamente distinta del castigo de los condenados. Para entrar en la transparencia de Dios hay que desprenderse de todo lo demás. Benedicto XVI afirma que el purgatorio no debe concebirse como un fuego castigador, es el fuego que siento en el encuentro con el Señor, fuego que me transforma y me libra de toda escoria, para poder entrar en el Reino. "El purgatorio no es un castigo, sino una última gracia que Dios nos da para purificarnos" (L. González-Carvajal).

c) Infierno

En cuanto al infierno, podemos referirnos a él como la posibilidad real de fracaso en el asunto de la salvación. Los textos bíblicos hablan, continua y claramente, del infierno y de la condenación como esa posibilidad real de fracaso. En el judaísmo tardío y en las primeras comunidades cristianas pervivía la idea de que no podían quedar impunes los crímenes de los malvados, ni las injusticias terrenas y que el injusto será ajusticiado eternamente. Ahora bien, ¿cómo combinar esto con el amor de Dios al hombre y con su deseo de salvación universal? Orígenes de Alejandría, en el siglo III, expresa un pensamiento totalmente contrario a una condenación eterna. Duda del carácter eterno de la condenación, pensando que las penas serán temporales. Piensa que todos los hombres finalmente serán redimidos, porque hay un tiempo de purificación, pero al final todos los seres participarán de la salvación de Jesucristo. (Apocatastasis= doctrina de la salvación universal). La iglesia no aceptó esta doctrina pues existía el peligro que cada uno podría hacer lo que quisiera, bueno o malo, sabiendo que al final se salvaría. Ahora bien, esto plantea algunas preguntas: ¿Cómo puede existir una pena eterna que no conduce a nada positivo? ¿Va a ser el hombre más misericordioso que Dios, al establecer una pena de cadena perpetua limitada, en la que algunos incluso tienen la posibilidad de salir por buena conducta?

El problema del infierno hay que situarlo en el conflicto que surge ante la bondad absoluta de Dios para salvar a todos los hombres y la libertad que Dios dejó en el hombre para poder renunciar a su salvación. Sólo el que es libre puede amar; y el que es libre puede también negarse a ser amado y a amar. Dios le da al hombre la libertad para escoger el bien, pero el hombre, ejerciendo su libertad, puede escoger entre el bien y el mal, entre el amor y el egoísmo. Dios es tan justo como misericordioso. El infierno no puede ser creación de Dios (todo lo que tiene origen en Dios es bueno), ni ha destinado a nadie a la condenación (predestinación). Tampoco el infierno es creación del hombre. El infierno es consecuencia de que el hombre, libre y conscientemente, opta por una vida sin Dios. El eventual fracaso no sería un castigo impuesto por Dios, sino la autoexclusión voluntaria de la felicidad de Dios y con Dios. Dios no puede introducir en su Reino a alguien que se niegue a ir. El infierno es un respeto que Dios tiene a la libertad del hombre.

Por otro lado, mientras que la victoria final de Cristo y del conjunto de la humanidad es para el creyente una certeza absoluta, la condenación sería, en el peor de los casos, una posibilidad para personas individuales. La Iglesia no ha emitido una sentencia de condena definitiva nunca, ni siquiera de Judas. La iglesia sabe que la salvación eterna está prometida a toda la humanidad, como a un todo, pero no necesariamente tiene que ser concedida a todos y cada uno de sus miembros. Por lo demás, actualmente la mayoría de los teólogos conciben que el infierno consiste no en un lugar infernal, sino en la exclusión del acceso a la compañía de Dios. Esa exclusión de la visión beatífica de Dios produce en el condenado un intenso dolor.

En todo caso, volvamos a lo fundamental. *"Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él"* (Jn 3, 16). El examen de las escrituras confirma que el único fin de la historia humana es la salvación. Salvación y condenación no son dos destinos igualmente probables. Jesús anunció sólo la salvación (Lc 4, 18-19). Dios nos prometió la gloria y nos ofrece todo lo que necesitamos para llegar hasta Él. Nuestra esperanza se sustenta en la fe en las promesas de Dios y en la fuerza del Espíritu santo. En la medida en que nos confiemos a Cristo, en la medida en que el Espíritu nos ha poseído ya, nos ha acogido a la vida eterna. Benedicto XVI recordando a San Pablo dice: *"Si nuestra esperanza en Cristo acaba con esta vida somos los hombres más desgraciados. Es urgente descubrir nuevamente perspectivas capaces de devolver la esperanza"*. Mientras permanezcamos en el mundo la esperanza cristiana no puede traducirse en un estado de espera inactivo y añorante, debe ser una esperanza activa y vivificadora. El sentido de la vida humana, según nuestra fe, es ser hombres como Jesús, corresponder al amor incondicionado del Padre, hasta la entrega de la propia vida. La madre Teresa de Calcuta nos decía: *"Por muchas que sean las dificultades o problemas, existe una*



alegría que nunca se te podrá arrebatar: que Cristo ha resucitado y vive en ti". El Espíritu Santo, presente en nosotros, nos recuerda que ya hemos resucitado con Cristo por el bautismo, participando en la vida celestial de Cristo de alguna forma, alimentados por la Eucaristía de su Cuerpo. La fe en Jesucristo alimenta nuestra esperanza.

5. Amén

La última palabra del Credo, amén, ha pasado en hebreo al Nuevo Testamento y a las liturgias cristianas. Expresa el vivo deseo de que tenga efecto lo que se dice. Empleada en un sentido más amplio, puede expresar tanto la fidelidad de Dios hacia nosotros como nuestra confianza en Él. Creer es decir amén a las palabras, a las promesas, a los mandamientos de Dios, es fiarse totalmente de Él.

Después de nuestra profundización durante este año en el Credo, sólo nos queda proferir un solemne Amén: Así sea, así es, esto es la verdad.

Cuestiones para el grupo:

1. Hasta hace poco tiempo los creyentes se acercaban a las postrimerías (muerte, juicio, infierno y gloria) con una pastoral, fundamentalmente, de temor. ¿Cómo te acercas tú?

2. Al descubrir que Dios no es temor sino misericordia y salvación, en qué se apoya tu libertad para responder plenamente (*magis*) a Cristo

Bibliografía

Catecismo de la Iglesia Católica: pgs. 159-163; 232-248.

Josep Giménez, sj. *Las preguntas que llevamos dentro*, Cuadernos Cristianismo y Justicia, nº 160, marzo 2009, pgs. 14-31.

Luis González -Carvajal, *Esta es nuestra fe*, pgs. 285-300.

Theodor Schneider, *Lo que nosotros creemos*, editorial Sígueme, pgs. 286-295; 411-460

Bernard Sesboué, *Creer*, editorial San Pablo, pgs. 605-627.